

BOGOTÁ
CUENTA

BOGOTÁ
CUENTA
CASA INVENTADA

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández
Alcaldesa Mayor de Bogotá

**SECRETARÍA DE CULTURA,
RECREACIÓN Y DEPORTE**

Nicolás Montero Domínguez
*Secretario de Cultura, Recreación y
Deporte*

**INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES-
IDARTES**

Catalina Valencia Tobón
Directora general

Maira Ximena Salamanca Rocha
Subdirectora de las Artes

Carlos Mauricio Galeano Vargas
*Subdirector de Equipamientos
Culturales*

Leyla Castillo Ballén
Subdirectora de Formación Artística

Adriana María Cruz Rivera
*Subdirectora Administrativa y
Financiera*

Gerencia de Literatura

Adriana Martínez-Villalba
Gerente de Literatura

Ricardo Ruiz Roa
*Coordinador de Escrituras de Bogotá,
2020-2021*

Carlos Ramírez Pérez
María Camila Jaramillo Laverde
María Eugenia Montes Zuluaga
Olga Lucía Forero Rojas
Wilmar Molina Vargas
Yenny Mireya Benavidez Martínez
Equipo de la Gerencia de Literatura

Yolanda López Correal
Asesora de Publicaciones
María Barbarita Gómez Rincón
Coordinación editorial

Andrea Salgado

Selección, edición y cuidado de textos

Edgar Ordóñez

Revisión de textos

Mónica Loaiza Reina

Diseño

Panamericana Formas e Impresos
Impresión

© Instituto Distrital de las Artes-
Idartes

© Mauricio Sosa Hebi, Natalia
Soriano, Mateo Romo, Lucía Orozco
Cifuentes, Luz Angélica Alvarado
Velandia, Carlos José Marín Calderín,
Ileana Trujillo Vela, Paula Alejandra
Garzón, Danna Catalina Rocha Ruiz,
Lía Margarita Rodríguez, Jonattan
Méndez González, Mayra Ricardo
Zuluaga, Dora Helena Restrepo
Zapata, Yireth Daniela Segura García,
Daniela Mendoza, Lucy Kolter Arrieta,
Laura Jáuregui, Nohora Astrid Torres
Buitrago, Carlos Santiago Rubio Roa,
Natalia Montejo Vélez, Óscar Mauricio
Morán Gómez, Flor Myriam Peñuela
Capacho, Diana Jurado, Marcela
Sepúlveda Rueda, Simón Cortés
Bernal, Andrea Mojica, Carolina
Zorrilla Quijano, Daniel García León,
Grecya Herrera Jiménez, Juan David
Laserna Botero, Lina Díaz, Mayerli
Martínez Prada, Natalia Quintero
Gaviria, Germán Ignacio Bello,
Eduardo Alirio Mojica Nava, Carol
Juliana Méndez Aristizábal, Yuliana
Echeverri Pineda, Lucien Avellaneda

Marzo de 2022

ISBN impreso: 978-628-7531-20-8

ISBN PDF: 978-628-7531-21-5

Idartes

Carrera 8 n.º 15-46

Bogotá, D. C., Colombia

(57-1) 379 5750

contactenos@idartes.gov.co/

www.idartes.gov.co

BOGOTÁ CUENTA CASA INVENTADA



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES



CONTENIDO

20
Ecos de la
guerra

- 10 Presentación
Catalina Valencia Tobón
- 14 Casa inventada
Andrea Salgado

- 22 Bogotá en llamas
Mauricio Sosa Hebi (Taller Distrital de
Narrativa Gráfica)
- 28 Juego de niños
Natalia Soriano (Red de Talleres de
Escritura-Taller 8)
- 30 La semilla y el árbol
Mateo Romo (Red de Talleres de Escritura-
Taller 9)
- 32 Bullerengue invernal
Lucía Orozco Cifuentes (Red de Talleres
de Escritura-Taller 13)
- 36 Camino por Caloto
Luz Angélica Alvarado Velandia (Red de
Talleres de Escritura-Taller 10)
- 38 Disparos
Carlos José Marín Calderín (Red de
Talleres de Escritura-Taller 7)

- 40** Mujer de acero
Ileana Trujillo Vela (Red de Talleres de Escritura-Taller 4)
- 42** Sobre el Llano Verde
Paula Alejandra Garzón (Red de Talleres de Escritura-Taller 2)
-
- 46** Siempre oí canciones
Danna Catalina Rocha Ruiz (Taller Distrital de Narrativa Gráfica)
- 52** Por un momento
Lía Margarita Rodríguez (Red de Talleres de Escritura-Taller 1)
- 56** Marlon
Jonattan Méndez González (Red de Talleres de Escritura-Taller 7)
- 66** Dibulla tejida con hilos de sol
Mayra Ricardo Zuluaga (Red de Talleres de Escritura-Taller 4)
- 70** Cuentos de mar y amar
Dora Helena Restrepo Zapata (Red de Talleres de Escritura-Taller 1)
- 74** Para bañarse el alma con agua de la calle
Yireth Daniela Segura García (Red de Talleres de Escritura-Taller 13)
- 76** Dos pájaros en la mano
Daniela Mendoza (Red de Talleres de Escritura-Taller 2)
- 80** El sabor de los mangos
Lucy Kolter Arrieta (Red de Talleres de Escritura-Taller 15)
-

84 Parábolas cósmicas y espirituales

- 86** De osos y cuervos
Laura Jáuregui (Taller Distrital de Narrativa Gráfica)
- 92** La ofrenda
Nohora Astrid Torres Buitrago (Red de Talleres de Escritura-Taller 6)
- 98** El último humano que viajó a las estrellas
Carlos Santiago Rubio Roa (Taller Distrital de Cuento)
- 106** La leyenda de la cumbre
Natalia Montejo Vélez (Red de Talleres de Escritura-Taller 5)
- 110** Seis cuentos cortos
Óscar Mauricio Morán Gómez (Red de Talleres de Escritura-Taller 11)
- 114** El origen de los pájaros
Flor Myriam Peñuela Capacho (Red de Talleres de Escritura-Taller 15)
-

116 Memorias íntimas

- 118** Nuestra resistencia viva en la memoria
Diana Jurado (Taller Distrital de Narrativa Gráfica)
- 122** Objetos opacos
Marcela Sepúlveda Rueda (Taller Distrital de Poesía)
- 124** No era pesada la casa
Simón Cortés Bernal (Taller Distrital de Poesía)
- 126** La decisión del cuidado
Andrea Mojica (Taller Distrital de Crónica)
- 136** Encarcelada
Carolina Zorrilla Quijano (Red de Talleres de Escritura-Taller 6)

- 142** Capítulo 5
Daniel García León (Taller Distrital de Novela)
- 152** Autorretrato
Grecya Herrera Jiménez (Red de Talleres de Escritura-Taller 14)
- 156** Riega
Juan David Laserna Botero
(Taller Distrital de Poesía)
- 158** Unplugged del pelo
Lina Díaz (Red de Talleres de Escritura-Taller 9)
- 160** Cómo incendiar un bosque
Mayerli Martínez Prada (Red de Talleres de Escritura-Taller 8)
- 164** Entre la cordura y el ruido
Natalia Quintero Gaviria (Red de Talleres de Escritura-Taller 14)
-
- 170** Oblicuo
Germán Ignacio Bello
(Taller Distrital de Narrativa Gráfica)
- 176** Llueve en la Jiménez con quinta
Eduardo Alirio Mojica Nava (Red de Talleres de Escritura-Taller 12)
- 180** La desolación
Carol Juliana Méndez Aristizábal
(Red de Talleres de Escritura-Taller 12)
- 188** Solo son niños
Yuliana Echeverri Pineda (Red de Talleres de Escritura-Taller 3)
- 194** Los perfiles peregrinos
Lucien Avellaneda (Red de Talleres de Escritura-Taller 3)

PRESENTACIÓN

CATALINA VALENCIA TOBÓN

Directora general
Idartes

Los talleres de escritura son el espacio de encuentro de lectores ávidos, enamorados de la literatura. A ellos asiste gente de todas las edades: desde adultos mayores hasta adolescentes con ganas de acercarse al arte de escribir en la práctica, más que teóricamente; profesores de primaria, bachillerato y universidad que buscan herramientas para trabajar con sus alumnos; publicistas que quieren saber más sobre el arte de contar historias; intelectuales jubilados que por fin tienen tiempo para escribir esa historia por largo tiempo madurada en su mente; amantes de los cómics, psicoanalistas, artistas, guionistas y periodistas que necesitan herramientas para trabajar con la realidad de una manera más literaria; arquitectos que sueñan con construir ciudades imaginarias; médicos, ingenieros y músicos; grupos siempre diversos que comparten el amor por la literatura y cuyas intenciones van siempre más allá del deseo de publicar. Son personas que escriben porque el ejercicio expande su comprensión del mundo y satisface su deseo de relacionarse íntimamente con la literatura; escriben porque quieren compartir la experiencia con los integrantes de su grupo que con ellos recorren el mismo camino, y más adelante, con otros que hacen parte de los círculos en los que transcurre su vida. En pocas palabras, escriben para compartir. Es difícil darle un destino más noble a la literatura.

Este libro que usted tiene en sus manos es precisamente el resultado de los deseos de comprensión y relacionamiento de los participantes de los talleres de la Red de Escrituras Creativas y de los Talleres Distritales, personas que establecieron un diálogo doble: con la literatura y con el grupo del que hicieron parte, y con el que formaron una comunidad de intercambios nobles y transformadores.

Esta antología, más que una simple recolección de textos, constituye un diálogo vital, prueba del poder que tienen las palabras para vincular a los seres humanos en su camino de imaginar y crear.

Queda solo felicitar el gran trabajo de cada uno de los talleres de la Red de Escrituras Creativas y de los Talleres Distritales de Novela, Cuento, Poesía, Crónica y Narrativa Gráfica, así como a cada

uno de los escritores que hacen parte de este ejercicio. En la Gerencia de Literatura del Idartes estamos convencidos de la capacidad de transformación del pensamiento que tienen los talleres de escritura, y de la necesidad de continuar creando espacios donde, mediante la reflexión y el diálogo, se pueda imaginar el futuro. Una comunidad que imagina es capaz de transformar la realidad.

CASA INVENTADA

ANDREA SALGADO

La casa, entendida como el espacio en el que transcurre la vida de los seres humanos, es el lugar desde donde se observa el exterior, un marco de referencia, una estructura mental, unos lentes con distintos filtros; y, al mismo tiempo, es el lugar puesto en observación, el interrogante central, la pregunta vital. El laberinto, por otro lado, es sinónimo de acertijo y de trampa. Para encontrar la salida se necesita capacidad lógica e intuición, pero quien lo está recorriendo sabe de antemano que existe la probabilidad de quedarse eternamente en las circunvoluciones del trayecto, porque salir no depende solo de sí mismo, sino de fuerzas externas, las del poder o del azar. Una casa es siempre un laberinto, un texto literario es siempre una casa (una forma de mirar y de mirarse), y también un laberinto (un nudo, una salida o un trayecto). Existen tantas casas como géneros y estilos, pero me atrevería a decir que tan solo hay cuatro motivaciones para escribir: reflejar la casa, cuestionar la casa, deformar la casa (ponerla bajo otra luz para desmitificarla), tumbar la casa e inventar una nueva.

Las piezas recogidas en esta, la séptima edición de Bogotá Cuenta, son cuentos realistas, fantásticos, de ciencia ficción, suspenso y terror; mitos, fábulas, crónicas, relatos autobiográficos, piezas gráficas, poemas, poemas en prosa y fragmentos de novela. Algunos reflejan, otros cuestionan, otros deforman, otros tumban e imaginan, y aunque diversos en cuanto a sus temáticas y aproximaciones, mientras los iba recogiendo y acomodando en categorías, pensaba en cómo todos (pese al lugar común del escritor como elegido, favorito de las ninfas y las musas, oído de Dios; pese a la obsesión occidental por la originalidad: la propiedad individual de las ideas) se parecían, eran hermanos; compartían inquietudes similares, partían de los mismos lugares de enunciación. En resumen, eran hijos de una misma cultura, de un espacio y de un tiempo. La colección comienza con la sección “Ecos de la guerra”. Se trata de piezas que señalan a los victimarios, que les dan voz a la víctimas, que muestran el papel de la mujer en el conflicto y se adentran en las heridas de los cuerpos y los territorios. Aunque

prevalece la idea de que Bogotá vive en una burbuja aislante, insensible a los sonidos e imágenes de la guerra que acontece en el resto del país, cada una de estas piezas contradice esa noción.

“Nadie salva patria ni escucha los disparos”, dice Natalia Soriano en su poema *Juego de niños*. La oración, sencilla, profunda y bella, hace visible el sentimiento de impotencia frente a una masacre que, como en los cuentos de hadas, acontece en un tiempo determinado e indeterminado (hubo un tiempo y un no-tiempo). El poema aparece como evidencia de la imposibilidad de huir de la verdad, de taparse los oídos. Esta ronda infantil de la muerte que construye la autora se vuelve ineludible. Es el eco de la guerra de todos los tiempos, del pasado y el presente, pero también del tiempo indeterminado del que surge un arquetipo: “el sordo que no salva patria”. El poema nos convierte en ese sordo, y al hacerlo, nos confronta.

La palabra *saudade*, de origen portugués, designa un sentimiento cercano a la melancolía que produce estar lejos de lo que se ama, e implica el deseo de resolver esta distancia. Según el escritor Manuel de Melo, es un “bem que se padece e mal de que se gosta” (bien que se padece y mal que se disfruta). La segunda parte de esta colección se titula “Saudade de la tierra”. Las piezas que la componen han sido escritas desde la añoranza por autores que sienten Bogotá como una casa ajena, Migrantes de dentro y fuera del país que luchan por acomodarse al estilo de vida y al paisaje de cemento de la capital, y que, desde ella, evocan el paraíso perdido.

Escribe Lía Margarita Rodríguez en su poema *Por un momento*: “Lejos de mi desierto / en medio de la canícula / porque siempre es canícula / al mediodía en esta isla sin arena”.

Este capítulo también recoge el deseo de aquellos que, aunque insertos en las lógicas de Bogotá, van en busca de sus raíces, de las palabras de sus antepasados, de tierras que les son ajenas y frente a las cuales se descubren. Todas estas piezas tienen en común que han

sido escritas desde la exaltación, el padecimiento y el disfrute de lo que se encuentra lejos.

Cuando en el 2019 Olga Tokarczuk recibió el Premio Nobel, señaló que la gran mayoría de literatura producida entre el siglo xx y las dos primeras décadas del siglo xxi se había concentrado, casi en su totalidad, en explorar al individuo. Y esto nos ha permitido un entendimiento de las emociones sin precedentes en la historia de la humanidad, pero, al mismo tiempo, nos ha ido aislando a los unos de los otros. *Estamos ante una literatura hecha por un coro de solistas*, dijo. Esto nos hace imaginar a muchos cantantes, muchos yoes, cada uno en su propia isla cantando la canción del individuo, incapaces de entonar juntos una misma canción. Tal vez, dijo Tokarczuk, la literatura necesita recobrar la dimensión de la parábola que se encuentra implícita en la construcción de los relatos sagrados, los mitos, las fábulas y los cuentos de hadas.

La tercera parte de este libro se titula “Parábolas cósmicas y espirituales”, y las piezas que la componen crean mitos contemporáneos sobre los temas de siempre (la vida, la muerte, la avaricia, el amor, el bien, el mal, la felicidad, la belleza, la autoestima, etc.). Representan un regreso a la raíces espirituales de los ancestros, y también un viaje de la imaginación hacia lo desconocido.

Estas son las palabras de Nohora Torres en su relato sobre un político que regresa a casa para hacerse fuerte y vencer a sus contrincantes en las elecciones:

—La *awicha* tiene sus formas de hablarte —dice la voz nítida de su madre. Lo reprende por no sentarse ante la abuela, arrugada frente al fogón, y escucharla repetir su retahíla de tiempos inmemoriales en la lengua de la alpaca, esa que no ha vuelto a usar desde que lo internaran de niño en el colegio de los Salesianos.

Pese a que la idea de la ausencia de parábolas, expresado por la nobel, parece una verdad universal, desconoce la cercanía de algunos pueblos, como el nuestro, la oralidad en la que se aprenden a construir, sin esfuerzos, mitos y leyendas, así como también desconoce el deseo latente de varias generaciones de aprender a mirar el mundo desde sistemas de pensamiento distintos de los de Occidente.

“Memorias íntimas”, la tercera parte de este libro, recoge piezas que hablan de la experiencia privada de sus autores o personajes. En los últimos tiempos, a las afirmaciones de Olga Tokarczuk, sobre cómo la expresión de la individualidad en la literatura ha creado un coro de solistas, se les suma la acusación que se le hace a la literatura del yo de haberse convertido en una forma de escritura autocomplaciente y narcisista, hasta el punto de ser comparada con la *selfie*. Si bien la escritura autorreferencial parece encontrarse viviendo una auge por la obsesión contemporánea por las historias de la vida real, la verdad es que, en países como el nuestro, la expresión del yo siempre ha estado supeditada a la relevancia pública de quien la practica, de tal modo que pocas veces las mujeres y las minorías tienen la posibilidad de expresarse a través de la escritura, lo que nos priva de miradas distintas de las reguladas por los cánones del mercado editorial. “Memorias íntimas” recoge textos de ficción y de no ficción que nos hablan en primera persona sobre las dificultades, los retos, manías, enfermedades, obsesiones y deseos de un otro que se convierte en un nosotros, como se puede apreciar en el siguiente fragmento de Grecya Herrera: “Hace un año iba en un avión rumbo a La Guajira, hace un mes acaricié y me acariciaron, hace una semana perdí un pedazo de uña, hace un día no me baño y hace una hora que estoy sentada frente a este texto”.

La última parte de este libro, “Perdidos en la casa del horror”, como su nombre lo expresa, recoge piezas que se acercan al suspense, el horror corporal y lo escatológico. En ellas, los personajes se encuentran en una trampa que bien podríamos llamar religión, clase, ideología política o binarismo de género. Son escritos claustrofóbicos y asfixiantes, y pocas veces muestran una salida. De toda la antología,

son los que más se acercan a la exageración y al absurdo, y sin embargo, parecen ser los que de forma más transparente nos dejan ver la enfermedad espiritual que produce cualquier tipo de opresión.

Escribe Carol Juliana Méndez: “Mientras expiraba, Sarai le pidió a Dios que la llevara lejos, pero en La Desolación hacía tiempos que Dios estaba muerto. A lo lejos, un gavilán alzó vuelo dejando una estela con su batir furioso de alas”.

Lo que tiene usted en sus manos, querido lector, es el esfuerzo de 38 autores por reflejar, cuestionar, deformar (poner bajo otra luz, para desmitificar), derruir las narrativas en las que se encuentran inmersos, e inventar juntos unas nuevas. Juntos, porque, como ocurre en la utopía de Ursula K. Le Guin *Los desposeídos*, donde una de las clases más importantes por las que debe pasar un miembro de la comunidad se llama “Hablar y escuchar”, cada una de las piezas que componen este libro son producto del ejercicio de personas distintas que se sientan juntas, hablan y escuchan, y en el intercambio, escriben.

ECOS DE LA GUERRA
ECOS DE LA GUERRA
ECOS DE LA GUERRA
ECOS DE LA GUERRA

BOGOTÁ EN LLAMAS

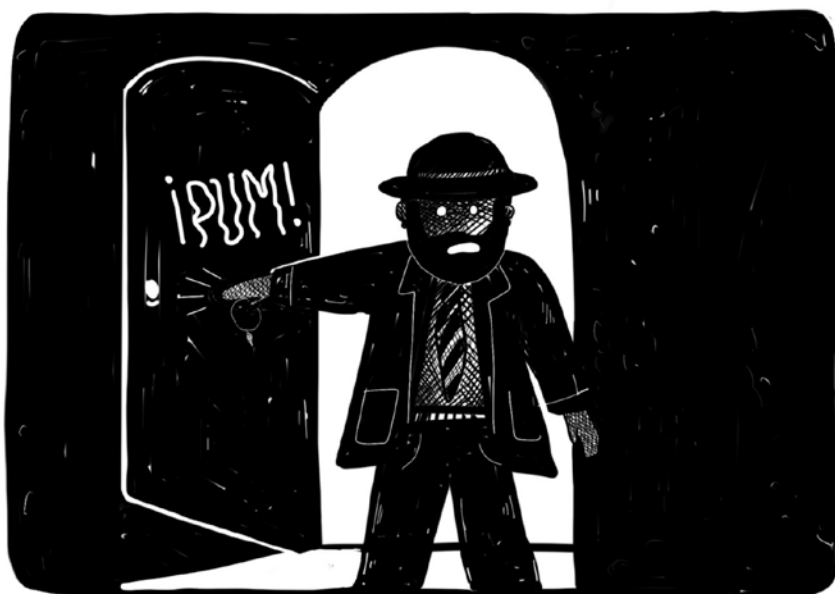
TALLER DISTRITAL DE NARRATIVA GRÁFICA

MAURICIO SOSA HEBI

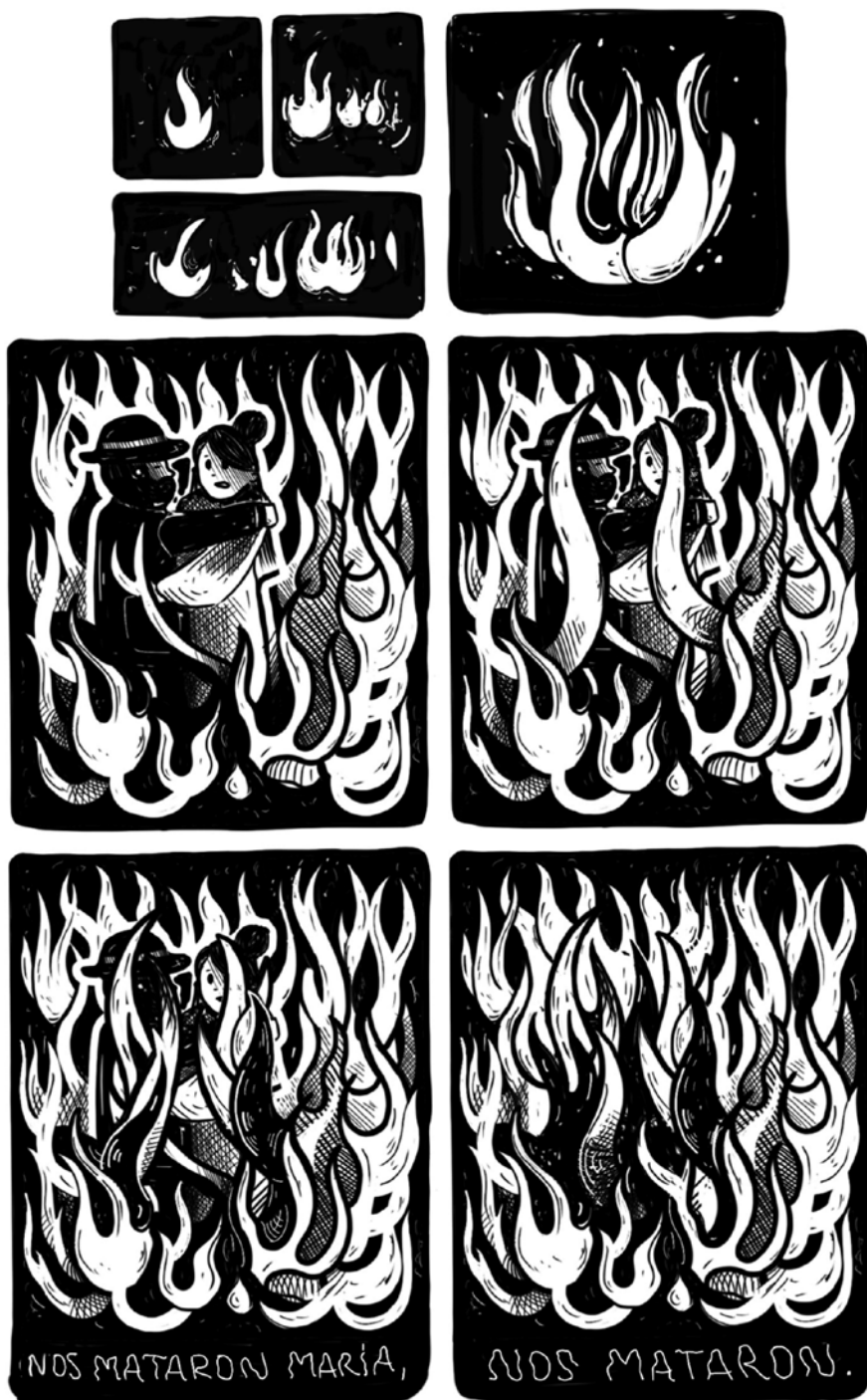
Bogotá, 1990. Es tatuador e ilustrador. Estudió Artes Plásticas y Visuales. Su estilo gráfico está influido por el *ukiyo-e*, la gráfica popular y por dibujos producidos por casas de animación como Fleischer Studio. Le gusta combinar los procesos creativos de la escritura y el dibujo en diferentes formatos de la narración gráfica.











JUEGO DE NIÑOS

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 8

NATALIA SORIANO

Bogotá, 1998. Integrante del colectivo La Cuarta Raya del Tigre. Recientemente obtuvo su grado en Creación Literaria por la Universidad Central. Poemas suyos han sido publicados en diversos medios.

No olvides cuando jugabas canicas con los ojos del gato, ponchados, con la cabeza del zorro, y golosa, sobre las lápidas de los abuelos. No olvides la vez que disfrazaste una lechuza de ataúd y que te destacaste en cogidas con los espíritus de la casa y en manitos calientes con las arañas de la iglesia. ¿Cuántos saltos lograste con los intestinos del perro? Recuerda que jugaste escondite con el tiempo. Él sigue contando y pronto saldrá a buscarte.

* * *

Cuatrocientos cincuenta hombres vestidos de selva llegan al pueblo. Son una orquesta de fusiles. Vienen a jugar escondite con los pobladores. Un encapuchado, que parece un huevo negro, se para en la cancha de fútbol y comienza a contar; luego grita: ¡Listos o no salimos a buscar! Y dispara al cielo; un ángel cae. Todos los hombres salen a correr; las puertas de las casas se desmayan, dejan sin amparo a sus dueños. Dios también se esconde. A los cunclillados los reúnen en la cancha de fútbol, a algunos los lanzan al río, se convierten en barcas; a otros los ahorcan con la cuerda para amarrar el tabaco y les cortan las orejas para que no escuchen los rezos de sus madres. ¡Uno, dos, tres, por Luis y Víctor! Ambos pierden el juego. Unos se esconden en el monte o en la vida de otros. ¡Uno, dos, tres, por la madre que araña la risa del asesino! Los campesinos prefieren ser culpables para salir ganadores. Juegan durante seis días; los cerdos cenan hígado y manos de maíz; huele a carne de cunclillado, y los gallos de pelea pierden contra las libélulas de plomo. ¡Uno, dos, tres, por mis dedos que están en el río!, grita alguien. Los encapuchados beben cerveza para ver doble la victoria. Nadie salva patria ni escucha los disparos. En la ciudad juegan damas chinas mientras en el pueblo los huevos negros soplan sangre de las gaitas y tocan los tambores con los huesos de Víctor.

LA SEMILLA Y EL ÁRBOL

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 9

MATEO ROMO

Cali, 1992. Es Abogado, especialista y estudiante del programa de maestría en Filosofía del Derecho de la Universidad Libre, con estudios en Literatura (Universidad Central) y experiencia en edición y corrección de textos. Recientemente cursó un taller de escritura creativa realizado por el Idartes, dirigido por la profesora Tatik Carrión Ramos. Allí escribió el texto "La semilla y el árbol". En la antigüedad, pero sobre todo en la modernidad, el orden dado por convención ha subordinado el orden dado por naturaleza, algo que corre paralelo con la tesis de que el ser pensante es superior al ser netamente sintiente. El texto "La semilla y el árbol" tiene como propósito hacer un acto de resistencia poética contra dicho postulado.

Cuando una guerra comienza, la inteligencia primitiva aflora. Volvemos a la piedra, al fuego, aunque no para hacer escudos o fogatas, sino muros y mazmorras, hornos y hogueras. Durante la guerra también regresamos al nomadismo. Huimos, nos escondemos, solo que no del trueno, sino del disparo.

Ya no hay lanzas de madera ni pesadas hachas. En la fábula de la guerra solo hay dos personajes: “halcones” y “roedores”, según el cazador. El bisonte está tranquilo; la cacería es entre pueblos.

—En la guerra actuamos como animales —me dice la voz de un forastero en un sueño dentro de otro sueño.

—¡Qué extraño! —le contesto.

Escapo a la selva y lo que veo confronta a lo escuchado: todo en la naturaleza se encuentra en equilibrio. La fauna y la flora son un complemento. Nunca el colibrí le ha declarado la guerra a la flor y nunca la araña ha matado a la mariposa por el color de sus alas.

El lobo se me acerca y me murmura al oído:

—Detrás de la idea de que actúan como animales hay una cándida ilusión: la creencia de que la guerra es pasional. El espejismo oculta una verdad vergonzante: que la guerra tiene como detonante la expropiación de las emociones por el predominio de la razón, y que solo tras devenir en Quirón y asumir su doble naturaleza, de seres-pensantes y seres-sintientes, estarán en paz con su inmensidad íntima y potencialmente con el entorno.

Despierto del doble sueño. No veo camino de vuelta al bosque imaginado. La casa es talada y nuestros hermanos sufren lo insufrible. El ave, por ejemplo, ya no migra: ahora se exilia. ¿Cómo reconocernos sin espejo?

BULLERENGUE INVERNAL

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 13

LUCÍA OROZCO CIFUENTES

Bucaramanga, 1992. Es maestra de Artes Escénicas por la Universidad Distrital Francisco de Caldas. Actriz, improvisadora teatral, *clown* y bordadora. Sus intereses giran en torno a temas como el feminismo, la metafísica y la relación del arte como una potencia creadora y un vehículo para entender el mundo circundante y el mundo interior.

Allá está tu madre.
Abajo está tu madre, Azúcar:

mecida bejuco por alegre y llamador
ha tapiado la ventana de su boca,
que es la misma tuya,
la que cerraron en viernes de horror.

Sus prietas pestañas encarnadas,
espinazo de gato negro,
maldito,
acusan al monte para que le devuelva tu olor.

Tu madre
se soba el vientre
rascándose las penas con baile de norte,
con baile de continente viejo y rincón.
No le ha enseñado nadie,
sale solo en trapiche
de tradición y dolor.

Desde su útero roto
cabalga su nervadura,
repta tu ausencia
dejando en el alma sórdido estupor.

Esa serpiente de tu adiós
sin tu adiós.

El vómito de su voz sonajero
se derrama violento
para cantar lo indecible,

que aquel dios paternal
exterminador,
aquel dios lejano que ni te conoció,
ha traído lluvia de machete
a los más olvidados del olvido.

Y de la lluvia el hongo
que pone colorado el cañaveral
el monte
la montaña
el valle
la ciénaga
la sabana
el liquen que aún no alcanza la capital.

Este muermo rojo,
abrumante depredador,
pudre la mata y deja tan sola
esta madre raíz,
que se destila profundo,
tierra adentro.

Quemaron tu cuerpo en un intento de borrarte.
Tu madre baila porque no puede llorar.
Su arrullo entre lágrimas,
le abrió un hueco al cielo.
Allí te va enterrar.
Ha sembrado o devuelto tu corazón estrella
lejos de este suelo imposible de habitar.

Esa es tu madre,
cualquiera de las cinco,
de las diez, de las mil

que acaricia el viento
tratando de tocar
tu pelo rucho
que ya no tocará.

Arrurré,
croa tu madre
salpicando premonición al Cauca y su caudal,
llegando a la vertiente del Pacífico,
Pacífico sin paz.

Lo sabes tú, Azúcar,
que en el firmamento estás,
¿Ya has visto este invierno que viene?
¿Ya has visto los nubarrones que cargados de bala empiezan a bajar?
Ya conociste la ira de nuestro Dios enjaulado,
de nuestro Padre Dios inmoral.

CAMINO POR CALOTO

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 10

**LUZ ANGÉLICA
ALVARADO VELANDIA**

Antropóloga y estudiante de Medicina en la Universidad Nacional de Colombia. Miembro activo de la Orquesta Filarmónica Antonio Nariño como intérprete de saxofón alto y violín. En el 2017 participó en el Taller Local de Escritura Creativa de la localidad de Los Mártires. En el 2019 fue seleccionada para participar en el Taller Distrital de Poesía Ciudad de Bogotá. En 2020 asistió al taller de poesía "Un perfil de la poesía norteamericana: Preguntas de viaje", al taller de poesía "Ciudad de Bogotá: Los impresentables" y al Taller Virtual de Escritura de Idartes # 10.

Cauca
Las águilas negras

La madrugada se viste de ganas para ir a mercar.
La madre obedece al cielo:
recoge una canasta, sus miedos y un ángel.

En la finca de enfrente se escuchan los gallos;
el pequeño corre tras ellos, imitando su canto al alba.
Ella lo despide con una pirueta en el pelo.

El sol, con su mirada recta hacia la tierra,
trae de regreso a la madre.
A su mundo se lo han llevado.

Sus pasos recorren campos y potreros.
Por fin los cabellos del ángel reposan entre sus dedos.
El viento, cómplice de un cuerpo perdido.

Encadenado al tronco de un minuterero en pausa,
su mundo se esconde en una bolsa,
y la madre espera sentada en el portón,
donde sí ruedan el tiempo
y la culpa.

Llegado el día, le entregan la única pluma
que encontraron de las alas del ángel.
Bajo la sombra de una cruz
ella empieza su luto.

DISPAROS

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 7

CARLOS JOSÉ MARÍN
CALDERÍN

Tierralta, Córdoba, 1978. Periodista y escritor, magíster en Comunicación. Es el director de Un Río de Libros, Feria de la Lectura de Montería. Trabajó en los diarios *El Universal*, *El Meridiano* y la revista *Semana*. Es autor del libro de crónicas y reportajes *Palabras mías, historias ajenas*, y de la biografía *Pablo Flórez, juglar del porro cantado*. Sus trabajos periodísticos han sido publicados en medios nacionales. Ganó la Beca Nacional de Creación del Ministerio de Cultura, la Beca Internacional de la Fundación Gabo y cuatro premios de periodismo.

Entre las serranías de Abibe y San Jerónimo,
subiendo hacia el parque Paramillo,
la guerra no ha terminado, Wislawwa.
Acá no limpian
la sangre después de los disparos
porque se encapsula con el polvo de las calles
y sirve para el diálogo:
“Fue aquí”.
“Cayó hacia allá”.
Pero acá las cámaras sí se han ido ya.
Esta guerra se volvió repetitiva:
muertos normales,
iguales, pobres.
Las historias de los que habían sido
ya no decían nada.
Porque no eran.
Porque no fueron.
Acá, donde contaba de niño los tiros
cuando no había tanto ruido,
donde la gente decía y dice
“Oye, mataron a otro”,
acribillaron a dos exalcaldes,
a un coronel,
a un expersonero,
a un líder indígena,
al sobrino del obispo,
a dos curas, uno de ellos amigo de mi padre,
a María del Pilar frente a su hijo...
De acá, un poblado con un río
que ha sido también cementerio,
donde me insultaron por escribir la crónica
“El pueblo donde cada calle tiene un muerto”,
de acá soy yo.

MUJER DE ACERO

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 4

ILEANA TRUJILLO VELA

Garzón, Huila, 1991. Una tarde de abril, una mujer dio a luz a una niña que se aferraría a la vida como nadie. Pudo morir en el parto, pero se sobrepuso a ello. Ese fue el primer indicio de una existencia en continua metamorfosis. Veinte años después conocería la ciudad que le permitió explorar las letras, sufrir las letras, amar las letras, vivir las letras. Estudió un pregrado en Administración, pero el llamado a crear crecía como un aullido que no cesa, hasta que un día decidió que no quería dedicarse a otra cosa que no fuera escribir. Cree fervientemente que solo a través de las artes se está más cerca del amor. Demócrata convencida. Peregrina espiritual. Pacifista.

I

Una mujer de acero enciende
la llama en una hoguera de leña,
y con un azadón da fe de la abundancia
en el verdor de las montañas.

II

Ha llegado el crepúsculo fulgente
y una mujer de acero:
botas de caucho, sombrero, piel al sol,
cosecha con sus manos, hechas de metal,
los cultivos con que se alimentan
los pueblos y ciudades.

III

El sol se oculta y cae la noche,
mas las mujeres de acero,
mi abuela ¡inmensa en sí misma!,
y las esposas de los hombres
que habitan la vereda,
vuelven las armas de combate cotidiano
(sus manos de carne y hueso)
hacia sus hijos,
dando así pecho al futuro.

Y mucho más allá de todo esto,
la luna alumbra las casitas de bahareque
para dar testimonio
de los amores que se hacen
en las profundidades de las horas.

SOBRE EL LLANO VERDE

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 2

PAULA ALEJANDRA GARZÓN

Es artista audiovisual egresada en el 2018 y aspirante a literata. Lee y escribe desde que tiene memoria. Descubrió su pasión por la poesía a temprana edad y recibió varios premios en la etapa escolar. Ha seguido leyendo y escribiendo hasta ahora. El presente año publicó su libro *Conversaciones en Em*. El amor por los libros la ha llevado a trabajar como librera desde el 2019 en la librería Tornamesa. Actualmente es ilustradora *freelance* y trabaja en un nuevo libro de poesía y cuento.

*En honor a Juan Manuel
Montaño, Leyder Cárdenas,
Jean Paul Perlaza, Jair Andrés
Cortés y Álvaro José Caicedo,
víctimas de la masacre en
Llano Verde el 11 de agosto de
2020.*

Dime niño
de brazos dormidos
de versos silentes

¿qué diré a tu madre
cuando llegue el día pero tú
no dejes de ser noche?

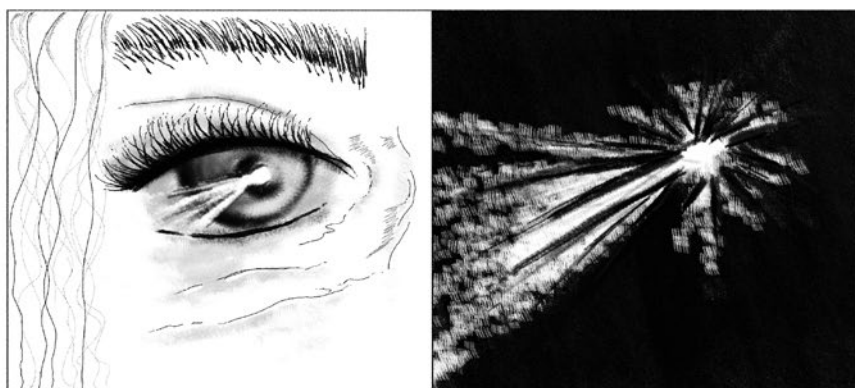
SAUDADE DE LA TIERRA
SAUDADE DE LA TIERRA
SAUDADE DE LA TIERRA
SAUDADE DE LA TIERRA

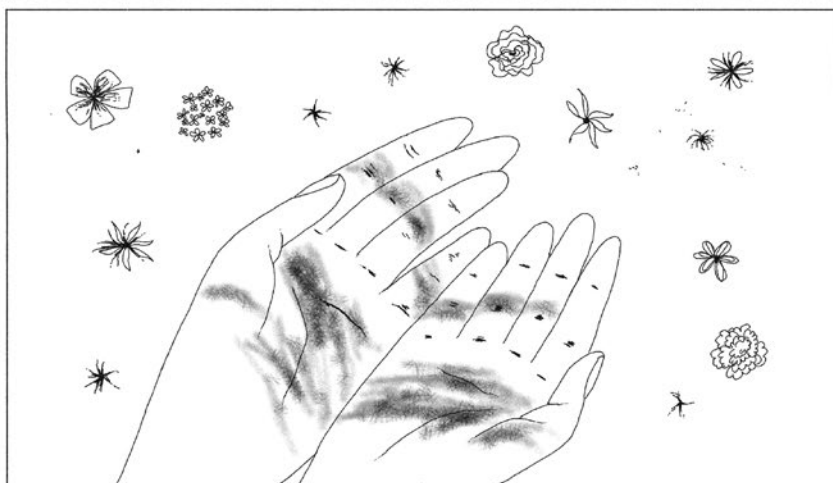
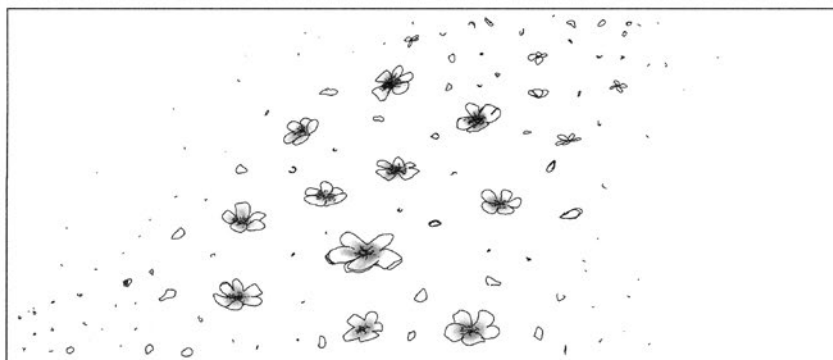
SIEMPRE OÍ CANCIONES

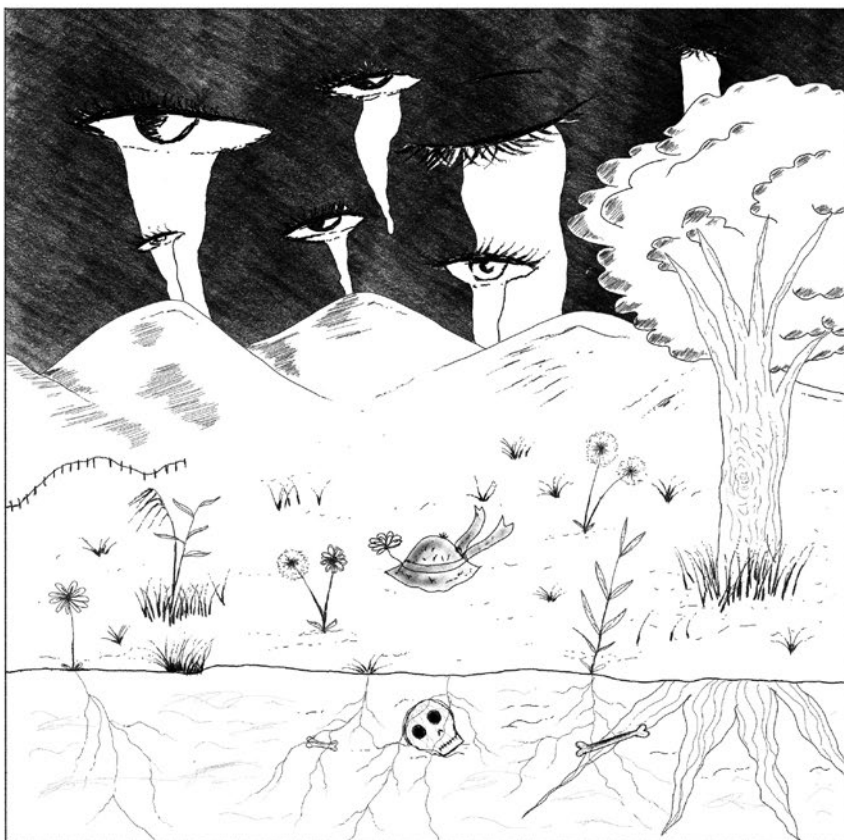
TALLER DISTRITAL DE NARRATIVA GRÁFICA

DANNA CATALINA ROCHA RUIZ

Bogotá, 1998. Estudió Artes Plásticas en la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Se graduó con la tesis titulada *Hilvanada en la espera*. Su trabajo ha sido incluido en muestras en el Espacio Odeón y en la III Muestra de Video Arte Faenza. Hace parte del colectivo Algo para Contar, que promueve la escritura, la lectura y la memoria territorial en barrios como Villa Nidia. Además, ha trabajado en la fundación CIAES como tallerista de narrativas gráficas para BiblioRed.







Siempre oí canciones de cómo se derrumbaba aquella fortaleza que mantuvo a mi abuela en su pueblo, de cómo la parca se lleva a la mujer que la trajo a la vida. Recuerdo aquel jardín en la borrasca y cómo con su manto tejido preserva la bella tradición de la costurera.

POR UN MOMENTO

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 1

LÍA MARGARITA
RODRÍGUEZ

Fonseca, 1987. Ingeniera industrial con especialización en Estado, políticas públicas y desarrollo. En medio del frío capitalino, y afrontando la distancia que imponen las personas del interior en su trato diario, decidió escribir para recuperar su propia voz —y su acento—, y para entender los anhelos y conflictos que se esconden en su interior. De cabello crespo y pensar lento, pone las comas donde se le ocurre y no donde corresponde, porque, la verdad, no tiene ni idea del lugar que deben ocupar en un texto. Acaba entonces por construir párrafos que dejan sin aire al lector o que, por el contrario, tienen pausas exageradas. Guajira de nacimiento, barranquillera de corazón y ciudadana bogotana por residencia. De tierras morenas, de río y de mar, de parranda, guitarra y verso, así es ella: pura costeñidad y cheveridad.

Lejos de mi desierto,
en medio de la canícula,
porque siempre es canícula al mediodía
en esta isla sin arena.

Atascada en el cemento,
no he llegado a ninguna parte.
Cemento por donde mire,
solo cemento,
cemento alto, cemento bajo,
solo cemento,
cemento gordo, cemento flaco,
solo cemento.
Y gente inmóvil en un trancón de cemento.

Acá se habla un idioma que no he aprendido.
Los policías del lenguaje corrigen, enseñan:
no es grapadora, es cosedora,
y yo me confundo,
porque la cosedora no cose, pero grapa.

Ellos, los otros,
tampoco distinguen las cosas.
Un colicero no es un guineo,
una estera no es un tapete,
el queso crema no es suero.

El queso es apenas un cubo blanco sin sabor
ni sal,
como la palabra “veci”.

Supermercado, sucursal de la tierra,
empleada de la finca.
Se importa el guineo desde el Caribe.

Soy la embajada de un territorio sin oficina ni presupuesto.

Estoy armando mi desierto propio.
Recolecto la arena cuando barro mi domicilio,
pero no me alcanza.
Pequeños desiertos en construcción.
La arena es mi hermana pequeña,
escasa.

La ciudad pone cemento donde antes había tierra,
sepulta a la madrina querida de mi casa.

Brotan edificios, como árboles,
de las semillas del cemento.
Palmeras sin cocos.
Cemento fértil que engendra millones de hijos in vitro,
buscan madre y padre.
Todo el mundo adopta a precio de oro.

Doy pisadas en guaireñas
rojas
por calles que no me conocen.

Camino perdiendo mis pasos.
Los pies de este lugar no tienen oído.
Me pierdo.
No hay camino hacia el destino.
El laberinto

lo llevo
dentro.

El sol se aleja,
aunque aquí está más cerca.
No me pinta.

Me vuelvo blanca
por momentos.

El domingo,
las manos de mi madre, de mi abuela, de mis tías,
de los ombligos del mundo,
visitan mi cocina.
Se meten en mis platos.

Hacen amasijos de maíz y queso,
arroz de camarón seco y sala'o al sol.

Se ha abierto un agujero en el tiempo del mundo.
Allá es aquí por un momento.

MARLON

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 7

JONATTAN MÉNDEZ GONZÁLEZ

Bogotá, 1996. Licenciado en Educación Básica con énfasis en español e inglés. Magíster en Educación Bilingüe. Actualmente trabaja como docente de inglés. Aparte de enseñar a niños, adolescentes y algunos adultos, disfruta de escribir y leer. Tanto poesía como narrativa caben en este ejercicio.

I

Procura vivir, no para convertirte en un héroe, sino para conservar tu vida.

¿Qué es el respeto, sino el miedo profundo que encarna en nosotros? ¿Cómo trascender ante la inferioridad que mi ser representa? ¿Cómo liberarme de mí cuando nunca he sabido quién soy en realidad? Todo lo que poseo es mi nombre, que tampoco es mío. El resto me ha sido dado por otros.

Apenas puedo recordar un par de momentos en los que he sido artífice de mi propio destino. No más que elecciones sutiles que no me llevaron a ningún lugar, pero que me enseñaron lo que es sentirse libre. Fui a la universidad porque mi papá no quiso que fuera militar, como él. Me decía que el monte era un lugar frío donde la muerte siempre estaba sobre los hombros del inocente. Insistió en que fuese un economista, como él siempre quiso ser. Me hizo creer que una oficina era el mejor lugar para darle forma a mi propia historia. Yo lo respetaba lo suficiente como para no refutar sus palabras.

En Bucaramanga el empleo no florecía, y la mayoría de las empresas ya contaban con el personal requerido. Hui a Bogotá, donde el frío espanta a la madrugada y el sol asfixia en la tarde. Renté un apartaestudio en el norte y pasé las primeras semanas buscando trabajo. Me rondaba tanto el miedo que prefería no almorzar uno o dos días, porque de pronto me quedaba sin lo del arriendo. Diez días después de haber llegado encontré un trabajo en una empresa que quedaba en un edificio de dieciséis pisos y ventanas oscuras y cerradas, que no permitían miran hacia el exterior. Por falta de experiencia me dieron la oficina del rincón. Me llamaban “el Nuevo”, y de vez en cuando, en las reuniones, me hacían ir por tintos y galletas para los demás.

Con el tiempo, cuando aprendí lo que era moverse por Bogotá, encontré mejores ofertas de trabajo, pero recordaba a mi mamá

cuando me decía que mejor pájaro en mano, que con eso alcanzaba y que más bien, apenas viera la oportunidad, me lanzara por un ascenso. Así lo hice después de dos años de ocupar la misma oficina donde no entraba la luz del sol.

Toda mi vida marcada por el miedo infundido por mis papás también me llevó a renunciar a los amores que con el tiempo encontré. ¿Hacer una familia? ¿Hacerse a responsabilidades que nadie quiere? ¿Fingir con una sonrisa que tener hijos es el mejor regalo de todos? Me tiemblan las manos no más de pensarlo; con tan solo una imagen mental de lo que significa tal compromiso me basta para salir corriendo.

Es probable que este miedo escape de mí, igual que yo escapo de todo. No quiero ser un héroe ni un villano; me conformo con ser yo. Bueno, si algún día descubro quién soy y puedo así conservar mi vida. Si es que en algún momento recupero la voluntad y puedo decidir por este esqueleto con poca carne que arrastro por inercia y hambre.

II

Desprendido de sí, como si viviese en otro mundo. Así lo definían quienes lo conocían, como extraviado en los recovecos de su personalidad distante. Su humor dependía de cosas mínimas e insignificantes. Si el Transmilenio pasaba tarde, lleno de gente, justo cuando se había quedado dormido después de silenciar su alarma, ¡una tragedia! Ya no rendía en la oficina; su mirada se tornaba brusca y desafiante y, como si fuera poco, su boca se volvía un afilado cuchillo que al primer comentario era capaz de aniquilar a cualquier despistado que se le cruzara en el camino. No obstante, si lograba un puesto en el transporte y su reloj le mostraba que tenía tiempo para comer algún bocadillo o tomar un café antes de comenzar la jornada, su día se convertía en un ir y venir de sonrisas con sus compañeros.

Su pelo corto era herencia de la rutina de su padre, quien siempre decía que el peinado mostraba la pulcritud en las personas y que los hombres no debían, por nada en el mundo, dejar que su pelo creciera. Con el tiempo, Marlon supo que esta costumbre se había arraigado en su ser, y le fastidiaba cuando por exceso de trabajo o descuido, su pelo crecía más de la cuenta. Aunque era alto, su figura era delgada y fantasmal. En diciembre, cuando se reunía con su familia, varios de sus allegados le insinuaban que debía visitar a un médico, que seguro estaba desnutrido y que no era normal que una persona tan alta fuese tan flaca. “Un primo se murió de eso”, una vez le dijeron. En alguna ocasión contestó, pero la respuesta fue que se encontraba en su peso ideal y que la única solución sería incrementar su masa muscular, quizá en un gimnasio. Él pensaba que reunirse en un espacio cerrado, lleno de espejos donde parecía obligatorio juzgarse a sí mismo y juzgar a los demás, lo hastiaría. “Una oficina, pero con rutina de bíceps”, decía en silencio mientras se convencía de que no valía la pena el esfuerzo.

A las cinco, cuando normalmente dejaba la oficina, caminaba hacia El Polo, en la esquina norte de la ochenta con veinticuatro. Allí se sentaba en una tiendita que se negaba a desaparecer, la de doña Martha, que, sin siquiera preguntarle, le iba sirviendo una cerveza Águila bien fría. Si el día había sido bueno, dos cervezas y un Gala bastaban para que deseara irse a casa. De lo contrario, llegaba incluso a tomarse media canasta. Doña Martha, algunos días perdía la paciencia cuando Marlon comenzaba a gritarle, a modo de queja, que Galy Galeano no era el gran cantante que sus tíos le habían mostrado cuando niño. Aun así, se gastaba todas las monedas en la rockola para poner sus canciones.

Treinta y un años, los últimos seis vividos en Bogotá, adonde llegó después de haberse graduado. Su familia, de San Gil, no constaba sino de sus padres y una hermana menor. Tanto papá como mamá habían sido militares (así fue como se conocieron), pero solo Tarsicio, su padre, vistió el uniforme hasta que alcanzó la pensión. A su madre,

Patricia, le tocó pedir la baja porque quedó embarazada de Marlon, y para Tarsicio, su padre, tal evento solo significaba que ahora ella debía quedarse en el hogar y criar a su futuro hijo. Cuando creció y se graduó del bachillerato, lo mandaron a estudiar a la UIS para que fuera el gran economista que Tarsicio no pudo ser por no tener con qué pagar la carrera.

A eso de las nueve, con dos o quince cervezas en la cabeza, llegaba a su apartaestudio, en la ciento cincuenta y seis con séptima. Detrás de la Notaría Treinta y Tres. Con lo que se ganaba podía pagar una casa en Cajicá y tener un carro del año para ir y volver cada día, pero entonces habría tenido que renunciar a la caminata hasta la tienda y las cervezas Águilas donde doña Martha. ¿Qué persona sensata haría eso?, se preguntaba cada vez que iba de pie en el bus articulado que lo llevaba de vuelta a su hogar. Siendo conocedor, como lo era, del sistema financiero, prefería ahorrar, pues tenía un propósito en mente. La historia de su nombre, heredada de la afición de su padre por un actor, lo motivaba para aguantar unos añitos más de oficina, de Transmilenio, de sonrisas hipócritas y cumplidos innecesarios. Unos años más y ya no tendría que preocuparse por no levantarse después del primer alarido de su celular en las mañanas.

III

*¿Vives con tu familia? Bien,
porque un hombre que
no vive con su familia no puede
ser un hombre.*

El porqué de mi nombre es bastante peculiar. Mi papá solía ver películas en un viejo VHS que teníamos conectado a un televisor de colores opacos, que con uno que otro golpe, funcionaba para ver las

novelas de la noche y los muñequitos de los domingos. Teníamos varias colecciones de películas “clásicas”, que guardábamos en cajas de cartón, y cuyas carátulas iban destiñéndose con el paso del tiempo. *El rostro impenetrable*, *Piel de serpiente* y, por supuesto, *El padrino*. Las tres, en ese mismo orden, se convertían en la matiné que compartíamos una vez cada dos meses, cuando a don Tarsicio, mi padre, le daban un domingo de descanso. Repetía, obsesionado con la imagen de hombre que dominaba la cámara como si hubiese sido actor desde antes de nacer, cada una de las líneas de don Vito Corleone. A veces nos miraba con el ceño fruncido y la ceja izquierda levantada. Su rostro tomaba una figura desafiante, y para cuando había captado toda la atención, recitaba: “Un hombre que no vive con su familia no puede ser un hombre”. Luego me daba un golpe leve sobre el hombro derecho y me recordaba que gracias al gran Marlon Brando mi nombre había sido escogido.

La vejez les trajo a mis papás un cambio de actitud. Eso y que mi hermana menor, Carolina, ya estaba entrando a la adolescencia y era tiempo de mostrar la rigidez parental de la que tanto yo me quejé en su tiempo. Las películas, ahora en DVD, se veían en silencio. Gran parte del tiempo, mi mamá se iba a la cocina a lavar las ollas. Estaba cansada de repetir filmes que le recordaban su juventud. El mundo, afuera, avanzaba a pasos de gigante, mientras adentro aún parecían los noventa.

Recuerdo que me gradué para Navidad. Tenía veinticinco entonces. Solo los visitaba durante las festividades. Aunque había felicidad en casa, por mi grado y porque de nuevo estábamos juntos, mi papá estaba bajo de tono. No logré descifrar qué lo consternaba, que lo tenía sufriendo cuando se suponía debía estar feliz. Pensé que hablar de Brando lo haría sentir mejor. Hice un par de chistes con muecas que no funcionaron. En tono sarcástico, cansado de lidiar con el mal genio del viejo, juré que me iría a morir a Tahití, igual que Brando, ya que solo así completaría las obsesiones que mi padre proyectó en mí... ¡Ay, vida, si las palabras no tuviesen tanto poder!

IV

Domingo por la mañana. Con el televisor prendido mientras fritaba un huevo para el desayuno, escuchó sin querer al presentador de noticias declarando una tragedia. Al parecer, esa semana un político presidente, pero corrupto, había sido encarcelado. En palabras del señor en la pantalla, se había cometido una injusticia. La yema del huevo se le endureció. El huevo completamente frito le parecía repulsivo. Igual lo puso en un plato pequeñito que solo usaba como cenicero, pero que esta vez, con toda la loza de la semana sucia, tuvo que usar. Cuando se sentó en el comedor, escuchó en su celular el intro de *All my love* y supo que era su hermana.

—¿Desde cuándo madrugas los domingos? Lo que es mejor, ¿desde cuándo contestas mis llamadas a la primera?

—Desde que le cambié el *ringtone*. Ya sé que no es de la empresa jodiendo y puedo contestar sin problemas. Mis papás, ¿cómo están?

—Ushhh, yo estoy bien, por si acaso.

—Tranquila, hermanita, no me he olvidado de nada. ¿Cómo vas con la universidad?

—Mis papás están bien. Han estado ayudando a la vecina, doña Mercedes, que la hospitalizaron por una neumonía, pero ya está en la casa recuperándose.

—¡Qué mañita la de responderme las preguntas en desorden! Pobre la vecina, sí, saludos de mi parte si la ves.

—Ya, ya, no hay necesidad del regaño. En la universidad me va bien. Apenas llevo dos semestres, pero me ha gustado, así que no tengo queja.

—¿Entonces por qué me llamas tan temprano un domingo? Mis papás están bien y tú vas bien con el estudio.

—Pues porque me preocupa mi hermano mayor. Anoche soñé algo feo...

—¿Qué soñaste? ¿Me mataban, supongo? Muertos en Bogotá hay todos los días, no sabe uno es cuándo le toca...

—No tenías tanta suerte en mi sueño. Te estrellabas en un carro mientras manejabas borracho. Quedabas en silla de ruedas.

—Yo no tengo carro, ni me gustan.

—Así no funcionan los sueños: no estoy diciendo que vas a estrellarte en un carro, pero algo malo puede pasarte, y eso me preocupa.

—Carito, tú eres la única persona a la que no le diría mentiras. No está pasando nada extraño. Trabajo, como, duermo bien de lunes a viernes, sábados y domingos duermo más o menos horas, pero nada de lo que debas preocuparte. ¡Dios mío!

V

*Nunca digas lo que piensas a
alguien fuera de la familia.*

Un nido de arañas como muestra del desapego a la limpieza. Un diploma con un fin, un pase a un salario no tan miserable. A la derecha, un perchero sin chaquetas, regalo de un tío ya fallecido. “Para la fría nevera, muchos abrigos”, en sus propias palabras. Junto al perchero, un contenedor de tres niveles: el de abajo para las lentejas, el arroz y la pasta; el del medio para el azúcar, la sal y dos bolsitas, una con tomillo y otra con laurel; el de arriba para el pan y los ponquecitos Ramo. Entre el diploma y el contenedor, una cama, de las pequeñas, en conjunto con una mesita de noche, ambas pegadas a la pared con ventana. Sobre la cama, tres almohadas con fundas percutidas, una cobija gris con diseño de tres tigres y una sábana color caoba claro. En la ventana, una cortina anaranjada cubriendo el tubo del soporte de tres camisas, dos pantalones y un suéter aún húmedo. Para el computador, una silla Rimax azul. Al final, un cuarto pequeño, un apartaestudio barato, un hogar sin alma.

No había realmente mucho que decir sobre mi cuarto. Nunca quise hacerme a uno más grande. ¿Para qué, si igual lo abandonaría? ¿Para qué, si igual Tetiaroa me esperaba? Un atolón donde cada isla cuenta una historia, donde al fin podría recorrer los pasos de Brando, donde al final sabría por qué mi papá escogió el nombre, la razón de la admiración profunda del viejo. Al fin conocería el motivo de mi existencia.

Seis años en la misma empresa. Lo único que había cambiado era el tamaño de la oficina y los gigabytes de información que debía manejar mensualmente. Si me pagaban más o menos, dejó de importarme al tercer año. Solo gastaba el dinero en el arriendo, comida, pasajes y las cervezas donde doña Martha. El resto se quedaba guardado hasta que la ropa se dañara y fuese necesario reemplazarla. En diciembre gastaba uno o dos millones en regalos para mis papás y Carito. No necesitaba más.

Aprendí que un atolón es un conjunto de islas, normalmente en forma de círculo o diamante, que se puede comprar para convertirla en un paraíso personal. Así lo hizo Brando, cansado de Hollywood y sus estupideces. Compró Tetiaroa y la convirtió en el lugar de sus sueños. Siento que pasa lo mismo conmigo. Los días ya no visten de azul (creo haber escuchado esa expresión en una película de los noventa). Me cansé de esta ciudad, de esta gente que ni conozco. Me harté de encerrarme en una oficina pensando que estoy construyendo un futuro mejor. Mi vida no ha sido más que los minutos que faltan para morirme, y de ser así, moriré como lo hizo el que me heredó su nombre. Iré a Tetiaroa a calmar mis miedos, y cuando estos descansen en la profundidad de mi memoria, divagaré por cualquier tierra, en la caducidad de la pobreza, hasta morir.

Me despedí de doña Martha con una propina de cincuenta mil. Apenas me tomé un par de cervezas mientras compraba el tiquete a Tahití. Llegué al apartaestudio, no sin antes llamar a Arnulfo o Arturo, no recuerdo muy bien. En fin, era el indigente del barrio. Le di otros cincuenta mil si me ayudaba a vaciar y vender la cama, el escritorio

y todo lo demás. Se demoró dos horas. Cuando me preguntó por el diploma, le pedí que lo quemara. No me iba a servir para nada.

Escribí una carta a mis padres y otra a Carolina. Las dejé en el Servientrega del barrio. Para cuando lleguen ya estaré lejos y no tendrán cómo contactarme. Algún día los buscaré de nuevo, cuando descubra en realidad quién soy y su influencia sea apenas un vago recuerdo. Nadie más sabrá de mí, sino mi familia. Lo aprendí de don Vito. A nadie más le contaré lo que me pase. Si esta vida me ha llamado para vivir lo que mi padre nunca pudo ser, lo menos que puedo hacer es seguir los pasos de su *alter ego*.

DIBULLA TEJIDA CON HILOS DE SOL

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 4

MAYRA RICARDO
ZULUAGA

Bogotá, 1991. Ha sido viajera y lectora desde pequeña, lo cual la ha llevado a recorrer diversas geografías de Colombia y Latinoamérica en búsqueda de experiencias de lectura itinerante y las voces de la gente y sus territorios. Estudió bibliotecología, y desde hace diez años se apasiona por la mediación de lectura, lo cual la ha llevado a hacer parte de diversos proyectos de creación de salas de lectura para la primera infancia. Actualmente desarrolla su proyecto sonoro literario "Botica de palabras para seguir siendo", en el que dedica cuentos, poemas, libros álbum y fragmentos literarios por teléfono como un tejido de palabras para encontrar a seres que se quieren y extrañan a pesar de la distancia.

La entrada a este pueblo pequeño frente al mar Caribe es una raíz de ceiba que se abre entre la línea recta de una troncal. Un camino caliente, rodeado de planicies verdes, árboles de vientre antiguo que engendraron a todos los seres del mundo. Destellos dorados caen sobre las palmas cocoteras que se levantan esbeltas como mujeres negras. Vuelan guacamayas pintadas por los colores del viento, y el sonido acuoso de un mar lejano avisa que voy llegado a la costa.

La carretera pareciera no tener fin. En su tránsito se van levantando pequeñas casitas de madera cobijadas por el cuerpo de las palmeras. Las mujeres y los hombres saludan con la mano dando la bienvenida.

Se oye a lo lejos el repique de acordeones y corre un perro flaco por la playa ladrándole al motor de una lancha que ruge como un trueno. No le dan alcance.

A medida que me acerco, la carretera se abre como brazos de río. Se dibujan ahora pequeñas casas construidas en material, como le llaman acá a las de cemento y ladrillo. Tienen la pintura desvencijada y están corroídas por la sal; las puertas con cañaguat y los palos cargados de mangos anuncian el cuerpo reposado de las mujeres color caoba que en la tarde, bajo su sombra, jugarán piqués de dominó sentadas sobre sillas de mimbre descoloridas. El destello de un sol anaranjado colándose por la angosta calle que da a la playa, iluminándolas. Y en la playa, a esa misma hora, la red de mar tejida de puntos azules y gavio- tas blancas que bailan con la espuma en búsqueda de pececitos para llenar el buche y seguir el vuelo. Los botes pesqueros van llegando cargados con historias de altamar; algunos llenos del sustento para la semana, otros solo con la risa y la mano sobre la atarraya ahuecada, anunciando que ya habrá otra madrugada para volver a zarpar.

En tu mar se te junta el río. Te vuelves con él un solo cuerpo caliente y frío, una sustancia de maderas de agua dulce y conchas de sal. Cada atardecer, en esta danza, cambias, y tu geografía es isla, a veces, riachuelo, y otras, una onda de mar.

La noche trae con la brisa que solo tus orillas conocen el aroma de los fritos, de las empanadas de bonito y también las palabras de don Lázaro, sentado en su silla de mimbre, contando de sus días y noches entre La Popa y Punta de Gallinas, del pueblo de Palomino, que fue entregado por el río al mar, de sus largos años encerrado por marimbero en una celda. Las autoridades lo capturaron con el primer cargamento de mariguana que transportó. Era la primera vez que salía de casa, y lo hizo para conseguir un poco de dinero y ayudar a su mamá.

Dibulla, lugar donde la vida se hizo leyenda por medio del juglar cantor. Se cuenta que en tu plaza, en la que los árboles de mango hacen caminos, un día, hace muchos años, pasó el viejo Francisco cantando su canción con ese acordeón que le ganó en un duelo al mismísimo diablo. Desde entonces, el vientre de tu mar pare a cantores vallenatos, hijos de las historias, juglares que van creciendo en la entonación de sus abuelos y hermanos; de esos hombres inmensos como la raíz del morichal, de piel de roble y canto dulce de flamenco, hermanos de agua y sierra que guardan la memoria ancestral de la cordillera.



Cuando te dejé, la carretera que nos llevó a ti se volvió un tejido de hilos de sol, terruño mezcla de sal y agua, camarón recién sacado en la madrugada. Tardes memorables de fuego y música a la luz de la luna, del cacique, el rey de la junta, que pelaba cocos con sus imponentes dientes de marfil leopardo para luego brindar su agua con una carcajada. A la orilla de tu río, el mar se hizo una canción, mezcla de costa y viento al ritmo de un acordeón.

El mangle de mi memoria se quedó colmado de la humedad de tu recuerdo. Quedaron tejidas las caídas del sol anaranjadas, los arrebales rojos y dorados de tu sol, la planicie inmensa de tu *marrió*, los palos de mango que tanta sombra dulce me brindaron en las tardes ardientes, cuando el inclemente calor pelaba hasta la suela de las llantas.

CUENTOS DE MAR Y AMAR

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 1

DORA HELENA
RESTREPO ZAPATA

El Carmen de Atrato, Chocó, 1983. Es la menor de cuatro hermanos de un hogar campesino; hija de un hombre caficultor que, después de sus arduas jornadas de trabajo, siempre tuvo tiempo para despertar en ella la imaginación con la lectura y la creación de diferentes artefactos. Desde la infancia sintió interés por el dibujo y la literatura. En el año 2006, con una maleta cargada de palabras, dibujos y sueños, se trasladó a Bogotá, donde cursó una licenciatura en Educación Artística, y posteriormente se especializó en Desarrollo Humano. Siempre ha usado la literatura, en especial los cuentos cortos y la poesía, como instrumento pedagógico que genera vínculos emocionales en la educación. Sueña con publicar, en algún momento de su vida, algo que ella llama *poemas dibujados*.

1

Quiero guardar mis lágrimas. Es que me gustan las tortugas marinas, y quizá si dejo que se acumulen, mi interior se convertirá en un pedacito de océano donde puedan habitar y comerse a mordiscos cada pedazo de mi angustia.

2

Caballitos de mar hechos de palabras que flotan en la caracola de mi oído, me susurran recuerdos, algunos dulces, como agua de río, otros salados, como agua de mar. Murmullos de tierras lejanas en mi cabeza, olas acercándose a la playa, me llevan y traen, me mecen, me acunan y no me dejan caer; me arropan con una gruesa y suave manta tejida con las blancas espumas de las olas del mar.

3

Se arrastran y serpentean como criaturas marinas debajo de mi piel. Son una maraña de sentimientos encarnados. Robustos arrecifes cosquillean desde el interior de mi dermis. Ha pasado el tiempo, y los colores del coral aún se me ven en la cara cuando pienso en las veces en que nuestros cuerpos se mecían como olas del mar, entraban, salían de la arena, llevándose bocanadas de espuma espesa y blanca en cada retirada.

4

Gigantes pisadas se ven en la playa, huellas como grietas que hieren la arena. ¿Serán elefantes que quieren flotar? ¿Qué cargan a cuestas:

peso y tormentas? ¿Serán burbujas de mar? Corren presurosos entre recuerdos abriendo caminos hasta llegar a la orilla. Se sumergen, y sus heridas se van borrando con las fuertes corrientes de agua y de sal.

5

Y muy en el fondo, en lo más profundo del océano, está con todos sus tentáculos, aferrado a la oscuridad, ese recuerdo temido que no quiero dejar flotar. Agazapado entre los recovecos de rocas porosas, se ve cómo asoma uno a uno sus apéndices. Curioso y ávido, tímido y temeroso, se aferra nuevamente a la seguridad que le dan las oscuras rocas del fondo del mar.

PARA BAÑARSE EL ALMA CON AGUA DE LA CALLE

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 13

YIRETH DANIELA SEGURA GARCÍA

Bogotá, 2002. Nació en el seno de una familia cafetera. Estudió en el Instituto Santa María de la Cruz. Obtuvo la licenciatura en Español y Lenguas Extranjeras en la Universidad Pedagógica Nacional. Sus intereses generales se centran en la emancipación del ser por medio del arte, el conocimiento y la creación. Se interesa por las ciencias humanas y por algunas áreas del deporte.

Si se encuentra sin esperanzas en su cambuche, espere hasta que pueda vivir una noche de octubre o de noviembre, pues en esa época es cuando las nubes, cargadas de agua, se estremecen y entran en acción. Cuando las vea en el cielo, tome la decisión de salir a la calle. La vestimenta depende de usted. La gente suele usar sacos pesados, chaquetas grandes y zapatos de invierno. Los zapatos no le servirán de nada: los dedos de los pies de todos modos se le arrugarán. Meta su mochila en una bolsa: es indispensable que la plata y los libros no se mojen; recuerde que los libros son un bien preciado y que las moneditas hacen falta pa' comer. Oiga el sonido de las gotas que chocan y resbalan por las tejas de zinc de sus vecinos. Deje que el agua empiece a caer, y salga; sumérjase en el agua fría y empiece a correr como un poseso mientras ríe y pisa los bollos de mierda de los perros, que ya no se ven, pues han sido devorados por el agua. ¡Es su carrera, su festejo en medio de este aguacero penetrante y poderoso! Aguce bien sus oídos, absorba el sonido, aproveche ese aroma de pavimento limpio: no es un privilegio que se pueda gozar todos los días en esta urbe podrida, en esta selva de cemento. Déjese caer y que choque su culo contra el piso mientras se moja los calzones y se mea de la risa deslizándose por algún lugar resbaloso o por una calle inclinada. Disfrute del agua que se filtra entre su ropa y de las gotas que caen contra sus párpados y le hacen cerrar los ojos. Y mientras se empapa, no olvide exclamar con emoción: ¡Qué lavada tan hijueputa!

DOS PÁJAROS EN LA MANO

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 2

DANIELA MENDOZA

Bogotá. Estudiante de Ciencias Políticas. Asistente al Taller 2 de la Red de Talleres de Escritura Idartes 2020.

El ruido seco sonó contra la baldosa cuando estaban desayunando. Daniela vio la pequeña mancha negra al pie de la columna y entendió que el pichón había caído de su nido. Una caída de cuatro metros.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó a su mamá.

Tenía fobia a los pájaros, y aunque el sonido de la caída la hizo retorcerse de asco, sentía un deseo vivo de ayudarlo.

—Si la mamá del pichón nos ve aquí, no viene por su hijo —le dijo su mamá.

Durante todo el día la mancha negra estuvo moviéndose tímidamente en el suelo sin que nadie viniera por ella.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó Daniela de nuevo a su mamá—. ¿Esperar? ¿Criarlo y darle arroz crudo o lombrices mientras crece y puede volar? Y si lo tocamos, ¿no volverá la mamá o lo matará al descubrir nuestro olor? ¿Se lo comerá una culebra si lo dejamos ahí? ¿Qué haremos luego con la culebra?

No se había decidido nada cuando llegó la mamá pájara. Intentó levantarlo por las patas, por un ala, e incluso por el pico, pero no pudo. Volvió a irse.

Entonces mamá e hija tomaron una decisión: había que bajar el nido para que el pájaro pasara ahí la noche, pues si se ponía el pájaro arriba, en el nido, y no el nido abajo, en el pájaro, se corría el riesgo de que volviera a caerse. Bajarían el nido con las manos camufladas en hojas y guantes y ramas, y con la ayuda de una orqueta. Daniela se subiría a la escalera, lo bajaría sin tocarlo, y casi sin respirar para no impregnarlo de su olor de humana. Se convertiría en un fantasma bajando un nido.

—Mamá, ¿segura de que no hay más pajaritos?

—Segura.

—¿Por qué?

—Porque si los hubiera, ahí estaría la mamá.

Pareció una explicación muy lógica, así que empezó la bajada del nido. Cuando lo tenía casi todo sobre la orqueta, Daniela sintió un

terror caliente. Era un pájaro diminuto y cubierto de pelusa lo que sintió debajo de su mano, tocándole la piel. Pensó en la textura que tiene la flor del diente de león. Tembló. Sintió deseos enormes de llorar y de sacudirse la mano, pero tenía que mantenerse totalmente quieta. Le pidió ayuda a su mamá, quien rápidamente subió a la mesa y tomó su lugar, e intentó volver a encajar el nido. El nido se ladeó, tambaleó, y el segundo pichón cayó con idéntico sonido.

Se miraron. Entre reír o llorar, esta vez decidieron la risa.

Consintieron y acostaron a los dos pájaros en una caja de cartón con huequitos.

—No tan grandes, para que ningún gato se los pueda comer por ahí —dijo la mamá.

Amanecieron muy juntos encima de esas pajas tejidas en perfecta circunferencia que hacen las aves con su memoria universal. Al día siguiente las cosas pintaban bien, así que la mamá de Daniela los acomodó sobre una baldosa que puso entre las tres ramas de un árbol, y los dejó ahí para que vinieran los papás por ellos. A lo mejor estos papás eran pájaros sin nariz o eran pájaros que se rebelarían contra la costumbre de no querer a los pichones si resultaban oliendo a humano. Y así fue. Llegaron y los alimentaron durante el día. Hija y mamá respiraron aliviadas.

A lo lejos, más allá de la mata de monte, se veía venir la tormenta. El gris entrando entre el azul y el verde. Llegó la brisa fría que en el llano anuncia que va a llover, y levantó las hojas del suelo; levantó también la baldosa en la que estaba el nido, y esta vez los hermanos cayeron desde una mayor altura.

—¡Ahora sí los matamos!

Daniela corrió; su mamá, también. Estaban en el suelo. Vivos. Se movían en la tierra. Parecía que nada les dolía. Los recogieron entre las dos pidiéndoles mil perdones.

No más nido. No más intentar ponerlos en un árbol. Fueron puestos en un balde con pajas y hojas y colgados de una puntilla de la casa.

—Y que vengan a visitarlos si quieren.

Ahora, al balde llegan los papás todos los días. Les dan de comer. Les enseñan a volar girando ellos mismos a su alrededor en círculos muy pequeños.

Los hermanos se paran en el borde del balde sin atreverse a volar. Y observan con ojos negros y abiertos.

EL SABOR DE LOS MANGOS

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 15

LUCY KOLTER ARRIETA

Cartagena, 1979. Nació en las orillas del Caribe, donde la inmensidad del mar se une con la del firmamento creando una línea imaginaria nombrada *horizonte*.

Cuando el navegante se interna en el océano se da cuenta de que la línea se aleja a medida que la embarcación avanza, que el límite no existe, es una mera ilusión. Le gustan los libros porque no tienen fin, porque el universo cabe, en una palabra, en una letra infinita, en una cinta de Moebius que nos lleva en simultánea arriba y abajo, al final y a recomenzar.

La serpiente se arrastró entre los pies de la niña. Ambas se miraron. Era la primera vez que la niña veía una. No sabía que su nombre era Bejuquilla Verde, y tampoco sabía que debía temerle. Entonces, no lo hizo, y en cambio, extendió las manos para tocarla. La serpiente era delgada, no medía más de un metro de largo. Vivía en el enorme árbol de mango que gobernaba el fondo del patio, y había descendido persiguiendo un ratón que se le había perdido entre la yerba, que había comenzado a crecer con rapidez desde el inicio de las lluvias. No se percató de lo cerca que estaba de la vieja casa hasta que se encontró con la niña y se detuvo a mirarla hipnotizada: su cabeza dorada, sus ojos tan verdes como los de ella misma, le hicieron pensar que las dos eran iguales, y quiso mirarla más de cerca.

Cuando la serpiente se le enrolló en la pierna, la niña la levantó. Era muy liviana y hermosa. Bejuquilla Verde extendió su lengua cuanto larga era y la agitó. Es bien sabido que las serpientes reconocen el mundo a través de la lengua, pero esto también lo desconocía la niña, quien estiró la suya, imitándola, para descubrirlo: la brisa sacudía las ramas de los árboles, y ambas podían saborear el aroma de los mangos, pero con el gusto dulce de la fruta llegó otro que, aunque la niña no reconoció, Bejuquilla Verde sí: así sabía la muerte.

Solo cuando lo tuvo demasiado cerca, la niña se dio cuenta de que aquel sabor provenía de su madre. La mujer había visto la escena desde la ventana de la cocina y, resuelta, empujó la puerta, que, ante el impacto, chilló (siempre les faltaba aceite a las bisagras). De ahí en adelante, la madre fue más precavida: evitó despertar al perro que dormía bajo el limonero, así como pisar las hojas secas que se agolpaban al lado del gallinero para luego ser arrojadas al fuego. De entre ellas tomó un tronco, ni muy grueso ni muy delgado, y, cuando estuvo detrás de su hija, elevó el brazo, implacable.

Al verla, el miedo recorrió a la niña de arriba abajo, al pensar que el azote iba dirigido a ella. Sabía que tenía prohibido salir al patio, así como andar descalza o sentarse en el suelo. Recordó el castigo de la última vez, cuando la habían descubierto levantando piedras para

mirar las hormigas, y cerró los ojos con fuerza: quizá, si no la miraba, su madre desaparecería y se llevaría con ella ese sabor. Pero no fue así.

Cuando sintió que el palo, en lugar de pegarle, se insertó entre sus manos y le arrebató la serpiente para lanzarla de regreso al suelo, abrió los ojos. Trató de gritar, no pudo; trató de moverse para impedir que su madre golpeará al animal, pero tampoco pudo: estaba paralizada. El nuevo sabor le invadía la boca y amenazaba con descender por la garganta. No podía describirlo y, sin embargo, estaba segura de que no debía comerlo. Entonces vomitó.

La serpiente tampoco se movió: aceptó su destino con serenidad, elevó por última vez la lengua para percibir los mangos mientras el palo la hacía trizas contra el suelo. De su cuerpo yerto nacerían flores.

La brisa continuaba meciendo los mangos, que parecían lejanos para los pequeños pies manchados de barro y vómito; sin embargo, ahora, que ya podía moverse, un impulso la hizo correr hacía el árbol y le hizo trepar hasta llegar a la rama más alta, donde, de un nido sujeto al tronco, otra bejuquilla verde eclosionaba curiosa. Ambas se miraron. La niña auscultó el viento y supo que todo estaría bien. Entonces, tomó una fruta madura y, tras morderla, sonrió: era maravilloso el sabor de los mangos.

PARÁBOLAS COSMICAS Y ESPIRITUALES
PARÁBOLAS COSMICAS Y ESPIRITUALES
PARÁBOLAS COSMICAS Y ESPIRITUALES
PARÁBOLAS COSMICAS Y ESPIRITUALES

DE OSOS Y CUERVOS

TALLER DISTRITAL DE NARRATIVA GRÁFICA

LAURA JÁUREGUI

Bogotá, 1993. Estudió Artes Plásticas en la Academia Superior de Artes de Bogotá, con énfasis en las áreas tridimensionales y cerámicas. Está interesada en el dibujo y la escritura, los procesos de investigación-creación, la interdisciplinariedad, el cuerpo y las artes performativas. Su experiencia laboral se ha enfocado en proyectos de acceso al arte, sobre todo con población de primera infancia.



Cuervo observaba con encanto el brillo amarillo de los ojos de Oso Rojo.

Los suyos hace tiempo estaban grises.

Oso Rojo sabía que, a veces, cuando Cuervo hablaba, había una luz anaranjada que le encendía los ojos. Luego esta se apagaba.

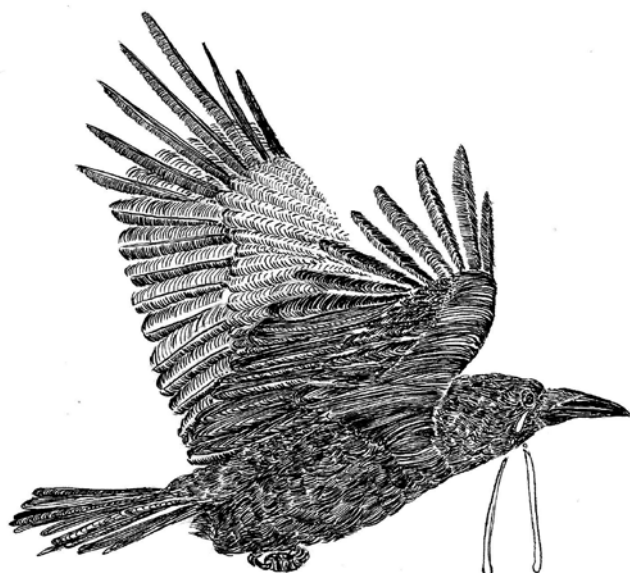
Así que un día, mientras hablaban dijo:

—Si no confías en ti, Cuervo, nadie más lo hará.

Cuervo se sintió desnudo y sus ojos le pesaron sin saber por qué.

Oso Rojo se quedó en aquel lugar del bosque, y Cuervo voló de regreso hasta su casa.





C u e r v o o s o
 C u e r v o b o s q u e
 C u e r v o á r b o l
 C u e r v o b l a n c o
 C u e r v o a i r e
 C u e r v o v u e l o
 C u e r v o i n t o
 C u e r v o i c i a s o s o
 P e r o g r a c i a s o s q u e
 G r a c i a s b o l
 G r a c i a s á r b o l
 G r a c i a s i r e
 G r a c i a s t r i s t e z a
 G r a c i a s



Solo ahora podemos imaginar la sospecha del cuervo al acercarse al agua: su sentir no estaba en la confianza del futuro vuelo, sino en la belleza de ese instante, en las presencias replicadas por el pulso de sus patas en el agua. Sus ojos brillaban anaranjados.



LA OFRENDA

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 6

NOHORA ASTRID TORRES BUITRAGO

Bogotá, 1986. Nacida bajo el signo del tigre de fuego en la hora del buey, según el calendario chino. Con ascendientes tan contradictorios, no le extraña que sus primeros amigos fueran de tinta antes que de carne y hueso. Buscando vivir de sus lecturas, se desempeña como docente de lengua castellana desde que dejara la Universidad Nacional, tras graduarse en Letras Clásicas y Español. Realizó estudios de posgrado en Pedagogía de la Lectoescritura la UPTC (2011) y descubrió que siempre se es maestro mientras no se pierda el carácter de aprendiz. Escritora por necesidad existencial, publicó *Manual felino* (editorial Albaricoque, 2015), fecha en que se graduó del máster en Estudios Literarios de la USTA.

Rogelio Aliaga Mamani se levanta con acidez. No por eso deja de beber un café bien cargado antes de arreglarse. La corbata y la camisa sin una arruga, los puños almidonados, el paño del traje suave, y la cálida lana, le dan una sensación de bienestar en esta mañana fría. Hoy es un día importante. Se lanzará a la campaña electoral por el Distrito Siete. Esta es la tercera vez que lo hace. Sabe que alguien tiene que hacerlo, y mejor que sea él, alguien que sabe lo que es ganarse la vida con el sudor de la frente, y no uno de esos niños criados en algodón importado de los liceos limeños.

—Jefe, hoy es la cita del pago. Ya tenemos todo listo.

—Muy bien, Aníbal. Avísales a los muchachos que salimos en cinco minutos para donde el Yatiri.

Siente algo de hambre, pero le habían especificado que no podía beber alcohol ni comer alimento sólido a fin de estar preparado para la limpia, así que se abstiene de tocar los caldos humeantes de chivo que están devorando los muchachos en la cocina. Se sube al auto, revisa que las ofrendas estén a punto. Pronto arranca en un convoy que abandona la ciudad y se interna en la serranía. El viaje es largo. Cuando despierta se siente mecido en el auto. Aníbal conduce con suavidad y destreza. El aroma del yerno neblinoso y el frío cortante le termina de espantar el sueño.

—Ya llegamos. Él lo está esperando dentro de la cabaña.

Se arrebujó en su gabán y sale resignado del auto. En este punto de su vida, Rogelio se considera un hombre moderno, pero no puede dejar de cumplir con las responsabilidades tradicionales de un curaca. Participar de este ritual arcaico hace parte de la imagen que debe reflejar para mantener los votos de su pueblo mayoritariamente iletrado y enraizado a sus creencias ancestrales. Además, no están de más las ayudas espirituales, piensa. Ahora mucho menos, inquieto que se siente desde que su contrincante en la partida electoral, el del Verde, según dicen las malas lenguas, está respaldado por un famoso *ch'amakani* del Titicaca. Mejor curarse en salud, porque las trapacerías de esos hombres aliados del demonio no son

cosas de este mundo. Se estremece involuntariamente, pero decide no hacer caso al miedo (por demás, infundado) que pasa por su mente al pensar en las creencias de su comarca empobrecida. No. Ni el diplomado en Gerencia Pública ni las acciones mayoritarias en las Acerías del Sur le han permitido abandonarlas.

La casucha a la que se acerca, de palos de madera y rocas apiladas, está empotrada en el filo de un pico agreste, como cortado a cuchillo sobre las nubes. Se parece más al nido de un cóndor que a una cabaña para seres humanos. En el umbral, colgadas de mil formas, enredadas sobre sí mismas, las hierbas se entremezclaban con tallas en madera de máscaras sonrientes, angustiadas, simiescas, que lo reciben con sus cuencas vacías.

—Bienvenido seas, Rogelio. Acércate —le dice la voz quebrada del anciano que lo espera en la oscuridad.

Sus ojos brillantes son lo único que deja ver la lumbre encendida en el centro de la choza; el resto de su cuerpo está sumergido en la penumbra.

Rogelio avanza en el recinto teniendo cuidado de no chocarse con los cacharros ocultos que alcanza a medio vislumbrar. Un humor agrio lo golpea: incienso, palo santo, coca, grasa quemada de chivo, y... prefiere no saber qué más. Se le revuelve el estómago y respira para controlar las arcadas, pues sería una ofensa vomitar. Se para a pocos metros del anciano que, a la luz del fuego, susurra y masculla mientras le da vueltas con su manos marchitas a una calabaza. El lenguaje de su infancia comienza a tomar vida.

—Tu *jatunayayu* se ha vuelto débil, Rogelio. La hoja de coca me ha dicho que olvidas las líneas de tu sangre. No te confundas, pues nadie escapa de los surcos de la propia tierra, *Yuqa*. Ahora bebe, si te atreves.

El yatiri se alza frente a él. Su cuerpo moreno ya no le parece quebradizo. Rogelio se siente asustado y pequeño ante el anciano, como el crío mocososo de la serranía que alguna vez fue, pero no le deja ver su temor. Toma de su mano correosa el calabazo, lo destapa y

bebe la preparación amarga y ocre. Cierra los ojos. La respiración se acelera en su pecho junto con un pulso constante que siente palpitante en los oídos.

No sabe si los tambores están dentro o fuera de sí mismo. Cuando los abre, la oscuridad se ha vuelto densa, casi tangible bajo la yema de sus dedos. La voz del yatiri es una sola, mas parece estar en todas partes. El canto lo envuelve y se eleva con el humo blanco que sale por encima de las brasas casi apagadas. A veces es leve como el canto de un ave; a veces, grave como la soledad en medio de la puna. Escucha la danza de los granos de maíz que se acompañan con su respiración. Se resiste un rato. Ha buscado olvidar durante tanto tiempo esa sensación de debilidad, de pequeñez, que le ha calado durante toda la vida los huesos. Tiembla sin poder reprimirla, cae de rodillas ante la lumbre cubierto de sudor frío.

—La *awicha* tiene sus formas de hablarte —dice la voz nítida de su madre. Lo reprende por no sentarse ante la abuela, arrugada frente al fogón, y escucharla repetir su retahíla de tiempos inmemoriales en la lengua de la alpaca, esa que no ha vuelto a usar desde que lo internaran de niño en el colegio de los Salesianos.

Finalmente se rinde a la oscuridad. Su cuerpo se vuelve blando, sin fuerzas siquiera para alzar la cabeza ni las manos. En ese estado de aprehensión, el pecho se le llena con el silbido de un hombre pájaro que adivina entre las sombras. En un rincón de la choza ve unos ojos de esmeralda que llamean, e inhumanos lo atraviesan. Nunca antes se había encontrado con ellos. Le habían enseñado a temerles, pues solía ser lo último que viera el hombre antes de sucumbir bajo las fauces de la bestia. Con hiel en la boca, incapaz de reaccionar, escucha su rugido gutural e imagina el paso tenso de unas patas poderosas que se acercan hacia él con sigilo. Ahí viene a quebrarle los huesos como los de un cordero indefenso. Se detiene muy cerca, su cuerpo paralizado siente el vaho tibio de su aliento. Va a ser devorado por el *jach'a titi*. Atenazado por el horror, por la conciencia de saberse desvalido,

inerte ante el espíritu hambriento, grita desesperado en una lengua que creía haber olvidado.

—¿*Kunsa lurtha Jach'atiti*? (¿Qué quieres?).

Las fauces de la bestia se abren sobre él mientras la zarpa, sobre su pecho, lo aplasta contra la tierra. No puede respirar. Siente una lengua hambrienta sobre su cuello palpitante; el animal le sonríe antes de desgarrarlo por dentro.

Sus entrañas, aún tibias, son devoradas; así como su carne y los huesos, que son triturados bajo las formidables garras.

Para cuando termina la ceremonia, ya la luna brilla como un cuerno helado en la cumbre bajo las últimas luces del crepúsculo. La ofrenda ha sido aceptada por los espíritus. Señal de ello son los círculos negros que dibujan las enormes aves que se alejaban en el firmamento.

Aníbal se siente fatigado, pero está contento. Junto con los más jóvenes se ha hecho a la faena de preparar la *luqtayaña* que se ofrenda como sacrificio. Pronto llegará su señor, se dice sonriente y se sienta a esperar, satisfecho por el buen augurio. A lo largo de la tarde, los muchachos habían bebido pisco, habían cantado, habían bailado y bromeando entre ellos en voz baja para espantar el temor de sus razones a la casa del *kurantiru*, mas el aire ominoso de lugar los había amilanado poco a poco, de manera que se arroparon en los autos a coquear silenciosos.

Ya está bien entrada la noche cuando Aníbal reconoce una sombra que se desprende de la cabaña del yatiri. Los rayos de la luna comienzan a iluminar el cuerpo enjuto y moreno de su jefe, que desciende elástico y seguro entre las peñas oscuras. Al verlo acercarse, Aníbal siente un escalofrío en la espina dorsal. Tiene la sensación de que en el rostro de su antiguo jefe centellean dos brasas. Unos momentos después, Rogelio se encarga de sacarlo de esta visión con un espaldarazo brutal y una carcajada amplia de dientes, que ahora, piensa Aníbal, parecen más afilados que esta mañana. Dando grandes

zancadas, Rogelio se dirige a sus muchachos. De su garganta surge una voz áspera, como de trueno en la lejanía:

—*¡Jilatanak, Mapita sartasiñani, masuma jach'a urutaki!*
(¡Levantémonos de una vez, hermanos, para ese gran día que nos espera!).

Los muchachos ululan al unísono con alborozo. Aníbal respira aliviado. Los dioses han escuchado sus ruegos en el firmamento. Finalmente ha llegado el verdadero jefe, el *Jacha Mallku* que los guiará a la victoria. Ya no habrá miedo en sus corazones.

EL ÚLTIMO HUMANO QUE VIAJÓ A LAS ESTRELLAS

TALLER DISTRITAL DE CUENTO

CARLOS SANTIAGO
RUBIO ROA

Bogotá, 1996. Su padre es un ingeniero bogotano, su madre, una bachiller apuleña, y su hermana mayor, licenciada. Le inculcaron el interés por la lectura desde niño. A la edad de ocho años ya escribía cuentos, que compartía con su hermana. En la adolescencia lo conmocionó la lectura de *Cien años de soledad* en la casa de su abuelo, en una vereda de Apulo. Motivado por el amor a la vida del campo, ingresó a la carrera de Zootecnia en la Universidad Nacional. Se alejó de la literatura por un tiempo, pero su vocación literaria regresó al escuchar las historias de los campesinos. En el 2021, luego de una profunda crisis personal y vocacional, decidió dedicarse a la literatura, y empezó a escribir cuentos y algunas poesías.

I

El sol ilumina tus menguantes pupilas, vives por segunda vez. Después de tanto tiempo vuelves a observar una estrella. Estás ahí, joven de nuevo, absorbo con las primeras luces que ves en una eternidad. Y te recuerdo, cuarenta años más viejo, cuando tu cuerpo deshabitado abandonó la tierra para buscarle una segunda oportunidad a tu alma, para encontrarle una cura a la muerte.

Tu viaje interestelar comenzó siendo un niño. Mirabas los ojos de la noche y te preguntabas si te observan a ti, solo a ti. Un día, tu abuelo murió y te hizo entender que estar vivo significaba la muerte: tener que abandonar el barco de tu cuerpo. Temiste. Intentaste olvidarlo todo, pero uno a uno tus tíos, y luego tu padre, se hundieron en la tierra, atacados por el cáncer. Cada velorio fue un viaje al futuro, siempre el mismo: tu rostro trigueño se ajaba y amarilleaba; tus labios, rosados y carnosos, se volvían una grieta dolorida; tus bonitos ojos verdes perdían la luz, no reflejaban las estrellas; tu cabeza perdía el cabello castaño que la abrigaba. Tenías frío. Huesos y vísceras era lo único que dejaba el tumor después de devorar años de recuerdos. Y, de nuevo ahí, al borde de tu muerte, te sentías vivo de nuevo.

Tomaste la decisión de no morir. Acudiste a la religión. No te dio respuestas convincentes; acudiste a la ciencia, no había cura. Entonces, ya sin esperanzas, miraste al cielo. Aquellos ojos que te vieron crecer te hicieron guiños. Allá, entre todos esos mundos, una civilización de inmortales debía poseer la panacea que buscabas. Como tus pequeños ojos verdes no podían hacer cortes muy profundos, te especializaste en el uso de scalpelos para diseccionar el universo. Apuntaste tus telescopios, recibiste, seccionaste e inspeccionaste cada onda. La búsqueda fue estéril: en el cielo ningún corazón palpitaba.

Un día, los doctores encontraron un tumor en tu estómago. Durante años remendaste tu barco. Lograste tapar el agujero de tu estómago, por el que se te comenzó a meter la muerte, pero se abrió

otro en la próstata. Mandaste a extirparla para liberarte del peso; y así, de cirugía en cirugía, te mantuviste a flote hasta que el cáncer empezó a comerse tu cerebro. Decidiste entonces rendirte. Sin el capitán, ¿quién lo navegaría?

Cuando ya no pudiste apuntar los telescopios, recordaste las historias que contaba tu padre. Alzaste por última vez la mirada, señalaste las Pléyades con la esperanza de que los humanos de la antigüedad hubieran cifrado en sus mitos aquello que no pudiste encontrar. Como no querías hundirte en la tierra, hiciste poner tu cuerpo en un sarcófago de criogenia, y zarpaste en una nave para buscar la inmortalidad entre aquellos que alguna vez fueron dioses. Te hundiste en el espacio, y el tiempo dejó de existir. Fue así como comenzó el viaje.

II

Cuando la cápsula atravesaba la nube de Oort, la desvié algunos grados. Las Pléyades salieron poco a poco del cristal traslúcido que instalaste por si revivías súbitamente. Fue una decisión acertada: hacía muchos milenios que las civilizaciones de esa zona se habían extinguido en medio de guerras interestelares. Dirigí tu cápsula hacia un sector cuyas condiciones serían, en el futuro, propicias para la vida.

Viajé contigo, viendo cómo perdías volumen, y tu piel ennegrecida comenzó a envolver tus huesos. Tu pelo, unas hebras grises, volvieron a crecer. No tenías ojos, pero una nebulosa verde por la que atravesamos me los recordó. Viajamos, tú, la momia y yo, entre el polvo que aún no era de estrellas; viajamos entre estrellas rojas, azules y cafés; entre estrellas que morían blancas y estrellas que morían negras; que morían dando vueltas y regurgitando rayos gamma. Procuré ajustar el rumbo para que ninguno de aquellos cuerpos masivos extendiese sus brazos y nos atrapara, pero no nos

privamos de los amaneceres adiamantados de los planetas congelados, ni las tormentas de terror de los planetas gaseosos, y todavía conservo en mi memoria las lluvias de piedras preciosas de los planetas gigantes, que me hacían querer adornarte como el faraón intergaláctico que eras.

Las estrellas que observaste en vida cambiaron de lugar. La luz moribunda de algunas expiró, y otras, recién nacidas, brillaron hacia el firmamento terrestre, pero se aburrían: ya no había humanos que observar. Espacio y tiempo dejaron de existir cuando la nave tuvo una avería y fue digerida por las entrañas cálidas de un joven planeta rocoso. Por fortuna, mantuve tu cuerpo, tu barco, casi intacto en la cápsula (los restos de carbono y nitrógeno de tus neuronas marchitas) junto a unos discos de oro que conservaban el testimonio de la existencia del espacio, el tiempo y los seres humanos, así como las coordenadas para localizar el planeta en el que por siglos habitaron los tuyos.

Poco antes de que la cápsula se estrellara con la Vía Láctea, Andrómeda nos capturó. En medio del caos de estrellas que colisionaban, encontré un mundo en el que la vida germinaba. Pensando en cómo te iba a presentar ante esos seres inmortales, si incrustado en una capa de roca sedimentaria o en el lecho del océano morado, recordé un cuento de Arthur C. Clarke, y quise que fueras el centinela que esperaba en la luna. Vimos juntos, tú sin ojos y con esa actitud indiferente que te caracterizaba, crecer aquella civilización. Pero esta no es su historia, sino la tuya, la de la momia de una especie que no pudo ganarle al destino.

Me vi tentado a bajar para conocer su Gilgamesh y su Odiseo; para averiguar si sus infiernos eran circulares o hexagonales; si aquí Raskolnikov no era asesino y Karamazov no era parricida; si existían Colombia y Macondo. Me contuve. Esperé contigo hasta que estuvieron listos. Te encontraron mientras cavaban en la montaña (desde donde los habíamos estado observando) para extraer minerales preciosos

III

Tus órbitas vacías que hospedaron la luz de soles y planetas, se llenaron. Abriste los párpados y sentiste el ardor de eones de oscuridad. Tus ojos pidieron descanso, pero la luz atravesó la piel. Una imagen en tu mente: la corona de una estrella, plasma ardiendo a 5500 °C. Por unos segundos sentiste el calor en tu piel. Intentaste mover tu barco para navegar por un océano de gases ionizados hacia la frescura del espacio. Ninguno de tus miembros, aún fosilizados, respondió. Apretaste los párpados. Los golpes de un ariete contra tu pecho y unas contracciones violentas te alertaron de un motín. Viste a un marinero en llamas escapando y sentiste tu piel arder. Apretaste los párpados con más fuerza, intentando que el plasma no traspasara hasta tus entrañas. El marinero saltó de borda, descendió por tu mejilla y, arrepentido por su cobardía, fue a refugiarse entre tus labios.

El sabor salado y la frescura que dejaron sus lágrimas fue suficiente para tranquilizarte. Abriste los ojos, congestionados todavía, y descubriste que vivías, otra vez, vivías. Estabas en una habitación blanca y vacía. Aunque no pudieras ver de dónde provenía, una luz la alumbraba de manera uniforme. Creíste estar en aquella eternidad que habías rechazado, que este era el castigo por tu falta de fe: la inmovilidad perpetua en un mundo de dos dimensiones.

Cerraste los ojos y sentiste el corazón palpitando de nuevo. Te extrañó la corporalidad de tu alma. Abriste los ojos y bajaste la mirada, esperando ver una línea recta, pero encontraste un cuerpo tridimensional. Viste ese cuerpo desnudo, ese cuerpo de hombre joven. Creíste haber reencarnado. Te preguntaste qué habías hecho para que los dioses hindúes te bendijeran, si nada sabías de ellos. Sin embargo, junto al ombligo estaban los cinco lunares que siempre veías cuando te jabonabas la barriga. Esa piel morena; esa piel morena llana; esa piel morena llana agarrada al músculo, y no al hueso; y esos labios carnosos acariciados por la lengua; esos dientes que la lengua recorría. Esa piel, esos labios, esos dientes, ese cuerpo: tenías veinticinco años otra vez.

IV

Tu llegada al planeta fue el acontecimiento más importante para esta civilización. Conquistaron la muerte (en realidad, prolongaron la vida hasta un punto que no conocían). Habían minado sistemas planetarios y parasitado la energía de soles, pero no habían sido capaces aún de encontrar otras vidas en el universo. Tu llegada los curó de su soledad.

No supieron de dónde provenías. Investigaron en la luna y calcularon la fecha de tu llegada. No encontraron ningún indicio. Las únicas pistas estaban en tu sarcófago, grabadas en unos discos que no entendían. La forma de descifrar esos jeroglíficos era utilizándote, a ti, su piedra Rosetta.

Durante mucho tiempo, un grupo, conformado por los mejores científicos del planeta, tomó lo que quedaba de tu cuerpo y te desarmó en pedazos, que analizó hasta la última partícula, para luego tratar de juntarlos de vuelta. Casi desapareces. Sin ninguna esperanza, me dispuse a abandonarte. No obstante, no pude. Uno de los científicos más jóvenes del equipo logró resolver el enigma del ADN. A partir de algunas hebras de piel seca, te replicaron decenas y decenas de veces para entender cómo funcionabas. Te sacaban los órganos, los estudiaban, y los replicaron en el laboratorio para hacerte imperecedero. Con tu cerebro emplearon otra técnica, una que tu especie hubiera conocido como “restauración de tejidos con células madre”. Tenían la esperanza de que, mediante ese método, la información contenida no se perdiera. Después de mil pruebas, lograron obtener una versión perfeccionada de tu cuerpo de veinticinco años.

V

Les tomó tiempo comprender tu lenguaje. Lo tomaron con calma al principio, pero para cuando comenzaron a entenderlo, el daño de tu cerebro era de nuevo irreversible.

Al principio, solías hablar de la enfermedad que mató a tu familia, del temor a la muerte, del oficio del astrónomo, de la búsqueda de vida, del plan para encontrar la vida eterna en un grupo estelar llamado las Pléyades. Durante algún tiempo ayudaste, de muy buena gana, a descifrar los discos de oro. Te gustaba recordar que el mar era azul, que el cielo era azul, que el sol era amarillo, y el pasto verde, como tus ojos. A medida que ibas perdiendo capacidades, a Marte y Júpiter los confundías con tus padres, te hacías llamar Plutón y a diario desvariabas con unos hombres de bata blanca que te robaban todas las pertenencias. Al ver que ya no eras útil, se concentraron en los discos. Muchos ya no servían; algunos, como tu cerebro, solo a medias. Aun así, tuvieron acceso a una gran cantidad de información: mapas de la tierra, esquemas del cielo nocturno, fragmentos de historia, ciencia y arte, y lo que más les interesaba: estimaciones de la ubicación de tu planeta en la Vía Láctea. Hicieron cálculos para corregir el desplazamiento estelar, ubicaron un punto en el que podría estar el *Sistema Solar*. Apuntaron sus telescopios. No encontraron ninguna señal de vida. En cambio, descubrieron, en los límites del presunto Sistema Solar, un planeta no registrado en la información que les diste. Quizá, para el momento en que dejaste su planeta, este aún no había sido detectado. Supieron que, cuando tu sarcófago se topó con ese planeta inesperado, cambió de trayectoria y vino hacia ellos.

Las naves que habían empezado a construirse cuando te encontraron, Hombre Lunar, partieron en búsqueda de los tuyos. Llegaron al tercer planeta que orbitaba a la enana amarilla BB151215 y encontraron solo una roca seca. La humanidad se volvió a extinguir cuando perdiste la memoria.

Te conservamos acá en este museo, con tu cuerpo vivo y tu cerebro muerto, en una exposición que reproduce un observatorio terrícola. Siempre que puedo, paso a saludarte y te leo esta historia que escribí para ti. “El sol ilumina tus menguantes pupilas...”, digo y te levantas de la cama, vas al telescopio y observas el cielo. Cuando termino de leerte la historia, apartas el ojo de la lente, vuelves a la cama y te vas quedando dormido.

LA LEYENDA DE LA CUMBRE

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 5

NATALIA MONTEJO VÉLEZ

Bogotá, 1982. Se desempeña como docente en UniMinuto en el Programa de Comunicación Social-Periodismo.

Dirige el programa radial sobre literatura *El árbol rojo*.

Es profesional en Estudios Literarios con una maestría en Filosofía por la Pontificia Universidad Javeriana. Desde muy joven ha sido una apasionada de la lectura y la escritura, sobre todo, de la poesía y la narrativa. Ha participado en varios de los talleres de creación literaria propuestos por el Idartes.

Los indígenas arhuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta tienen la costumbre de pedirle permiso a la montaña para que nada interrumpa su ascenso. Con las manos junto al corazón, entonan el rezo que hace que las nubes se retiren y le den paso al sol. Esa tarde de la que les voy a contar, el mamo hizo la oración, pero ellas no respondieron a su plegaria. Intentó varias veces, pero la cumbre estaba cubierta de niebla. La montaña estaba decidida a no dejarlo subir. Sabio que era, se retiró y empezó el descenso. Un hermoso atardecer comenzó a verse a sus espaldas. Se burla de mí, pensó, el universo se ríe de mí como de un chiste. Dio la vuelta y volvió a ascender con actitud desafiante. ¿No era él acaso un simple hombre enfrentado al poder de la naturaleza, un simple mortal? Pero no, no dejaría que nada ni nadie lo deshonrara.

Al acercarse a la cumbre, las nubes volvieron a tapar el camino; pero ya era tarde para devolverse, pues su desenfreno lo había llevado más allá del punto de retorno. Extraviado en medio de la niebla, no supo qué hacer. Sintió angustia y se culpó. No debía haberse dejado hostigar por las travesuras climáticas. Ahora se encontraba completamente perdido.

En el pasado, recordó, muchos hombres insensatos fallecieron al entregarse a los juegos de la montaña. Se rumoreaba en la aldea que las almas de aquellos hombres soberbios aún estaban buscando la salida. Se decía que sus gritos de súplica, de cuando en cuando, bajaban con el viento que venía del norte. Cada vez que ese sonido aturdidor llegaba al poblado, los habitantes los honraban con su silencio.

Ahora era él mismo, el mamo. Estaba atrapado por su capricho. Las nubes, aquellas que lo cegaron y lo dejaron desamparado entre la aridez de las piedras que cubrían la entrada a la cumbre, danzaban victoriosas. Después de la descarga de angustia se calmó como solo los prudentes saben hacerlo. Se puso de rodillas y dijo en voz alta:

—Amada Montaña, sé que fui el hombre que jamás quise ser. Pido el perdón que no merezco. Sigo siendo un hombre, aunque ya esté viejo. Sigo siendo tonto, aunque mi pueblo me llame sabio. Mi soberbia

me llevó a esta encrucijada. Me resigno a morir en tus tierras como castigo, pero no quiero fallecer sin antes haber recibido tu perdón.

En ese momento, la montaña dejó a la vista su rostro. Era una anciana. Una que había decidido jugar a embolatar el tiempo. El mamo se sorprendió. Pensaba que la montaña era inmortal y no envejecía.

La anciana lo miró fijamente y le respondió:

—Dime, hombre viejo, ¿acaso no te conozco? ¿Acaso no me recuerdas?

El mamo se quedó pensando unos segundos y, luego, como un flechazo de la memoria, vio su primer ascenso. Era joven y estúpido. Recorría sus caminos sin ninguna prudencia. En la subida tuvo un contratiempo que lo dejó inconsciente, una caída que, de no ser por la fortuna, habría sido mortal. Después de recuperarse, le llegaron a la mente las imágenes de un sueño vago y sin importancia. Había en él una mujer hermosa; se habían amado. El mamo entonces entendió. La montaña vieja ahora le estaba reclamando lo justo. Le demandaba honrarla con el amor que no le había dado en el pasado. Cada vez que él la visitaba, ella había esperado que la recordara. Esta mujer que se encaprichaba con los hombres y los volvía sus juguetes, quería verlo detenido en el tiempo, idolatrándola. Había pasado una vida entera, y él nunca le había dado gusto.

—Fui muy paciente, jamás lo fui con nadie. Esperé tanto tiempo esta mirada que ahora ya no me satisface —le dijo la anciana.

El mamo la vio con todas sus arrugas y entendió la desilusión que había cargado ese rostro durante tanto tiempo.

—Soy un hombre, nada más que eso. No merecía tu amor, como ahora no merezco que me salves. Solo tu perdón me liberará.

La montaña dejó caer la lluvia, y el mamo se desvaneció en la niebla.

Los pobladores dicen que, de cuando en cuando, un cóndor real abre sus alas y baja de la cumbre en donde se encuentra su hogar.

SEIS CUENTOS CORTOS

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 11

ÓSCAR MAURICIO MORÁN GÓMEZ

Bogotá, 1980. Psicólogo por la Universidad Nacional de Colombia y magíster en Psicoanálisis, Subjetividad y Cultura por la misma universidad. Se ha desempeñado como docente e investigador en diferentes instituciones de educación superior. Lector de Franz Kafka, Jorge Luis Borges y Dino Buzzati. En la actualidad prepara su primer libro de cuentos.

1. El pordiosero

Cuando el semáforo está en rojo, se acerca a los carros y golpea sus llantas con un palo. Provoca susto en algunos pasajeros. Los niños lo miran con curiosidad. Parece muy antiguo, como si los elementos lo hubieran desgastado. Recibe unas cuantas monedas y se aparta con la luz verde. Desaparece de la mente de todos cuando los carros arrancan.

2. El jeque y el diablo

En un palacio de Oriente vivía un jeque que disfrutaba de lujos espléndidos y poco le interesaban las preocupaciones de otros hombres. El diablo advirtió esto y se propuso tentarlo hasta ganar su alma. Así que se presentó en el palacio bajo distintas apariencias y le susurró al oído propuestas fantásticas para multiplicar su oro. El jeque, sin embargo, escuchó con indiferencia. Entonces el diablo ideó otro plan. Se presentó bajo la apariencia de un visir, declaró que ser digno de riquezas implicaba conquistar antes la pobreza, y le propuso ganarse la vida en las calles durante un año. El jeque tomó esto como un desafío a su honor y aceptó. Trabajó en lo que pudo sin revelar su identidad. Sintió hambre, cansancio y la incertidumbre de vivir con pocas monedas al día. Al término de un año de amarguras, regresó. Moderó sus lujos, pero ahora le inquietaba la posibilidad de perder su inmensa fortuna, así que dedicó años a revisar sus bóvedas y libros contables. Envejeció siendo un hombre áspero, tacaño y solitario. El diablo comprobó que el miedo a perder lo que se tiene extravía el alma tanto como la codicia. Se presentó de nuevo ante el jeque. Esta vez sin ocultar su verdadera cara.

3. La confusión

Drácula camina por su solitario castillo. Siente que algo lo acecha desde un espejo. Se acerca con cautela, a pesar de que no lo ha reflejado en siglos. Aparece entonces una cara sombría y decrepita que lo mira con ojos muertos. El conde retrocede bruscamente sin entender si esa cara es suya o no.

4. Una simple alegría

Un perro iba al asadero del barrio con la esperanza de recibir algún bocado. Era paciente. Podía estar echado por un largo rato en el andén viendo pasar el día. A veces le iba mal, y un empleado del asadero le arrojaba agua sucia o lo ahuyentaba con un palo. A veces le iba bien, y un comensal, con fastidio, le tiraba un hueso. Entonces el perro lo devoraba con avidez, como si fuera el tesoro más grande del mundo. Me gustaba verlo desde mi ventana. Imaginaba que su simple alegría tal vez no era muy diferente de la mía.

5. El desplante

Dios, aburrido un poco de sí mismo, sobrellevando como podía el tedio del cielo, se animó por fin a llamar al diablo para distraerse un rato, pero este andaba tan ocupado que dejó timbrar el teléfono y no contestó.

6. El presagio

Jiménez de Quesada, que anda en busca del tesoro de El Dorado, duerme en un caserío al pie de los cerros y sueña. Anda en una ciudad

desconocida de torres altísimas y casas idénticas. Angustiado, recorre calles que parecen multiplicarse sin fin. Se detiene frente a una antigua estatua. Descubre que es él mismo sosteniendo un objeto que es al tiempo una cruz y una espada. Tendidos alrededor de la estatua, mendigando, están unos indios como los del caserío. Sus ropas son distintas, aunque reconoce la misma tristeza y hambre en su mirada. Un instante antes de que su mano pueda alcanzarlos, despierta.

EL ORIGEN DE LOS PÁJAROS

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 15

FLOR MYRIAM PEÑUELA
CAPACHO

Bogotá, 1959. Como ecopedagoga y artista visual, ha amado la literatura y las ciencias naturales. Desde estos territorios intenta comunicar y recrear su idea del mundo que habita, y que la habita. Ha dedicado su trayectoria a encontrarse con la poesía y la crónica, y ahora intenta hacer una gran búsqueda en la narrativa, por lo que está interesada en recorrer este camino por el resto de su vida. Es una mamá grande. Sus logros están representados en poesía, crónica, cuento, temas de arte, algunos artículos científicos y, por supuesto, en los temas ambientales, que son la pasión que envuelve todo lo que intenta ser hasta el día de hoy.

Como criaturas siderales, estos instrumentos de viento forjados en las herrerías del universo son cuerpos de trompeta entre las nubes. A ellas les roban trizas, hilachas y mechones; las rasgan con trozos cósmicos de sol, luna y estrellas. En los días tristes, las noches profundas, las mañanas lluviosas, los atardeceres cobrizos cargados de briznas plúmbicas y hasta en los amaneceres arcoíris, buscan el color para sus vestidos de fractales. En todos los rincones galácticos se dejan seducir por el sonido y reciben el regalo de la voz: cantos líricos, armonías, graznidos, ululatos, cacareos, gorjeos, gañidos y parloteos.

Es aquí, en estos rincones, donde se acunan sus ideas, sueños y secretos. Es aquí donde surgen, alados, rebosantes de energía infinita y el fragante aliento de Orión y Sagitario. Y cuando están listos, extienden sus alas y por los resquicios se cuelan en ligero vuelo. Algunos se posan en Andrómeda; otros, en la Vía Láctea. Se reparten las constelaciones, habitan el anchuroso universo de dioses para conspirar y aparearse. Gestan infidelidades que, entre exaltación y revuelo, devienen en promiscuidad y orgía. Experimentan a Eros, y con los poderes divinos que este les otorga, inspiran truenos, batallas y lienzos; paraísos estériles y vientres de hojarasca. Comienzan a descender hacia todos los umbrales; descienden hasta el limbo donde vive una estirpe oscurecida que embarcó hace tiempo un navío que no lleva a ningún lado. Son la vaguedad, el silencio, el faro de mil ojos, los custodios del no tiempo, los desterrados con alas rotas, los ángeles caídos, los sueños fallidos, las procrastinaciones, las sombras, las ideas errabundas, e ilusiones desgarradas.

De vuelo en vuelo, como caleidoscopios, estallan en los árboles, agitan las hojas haciendo nacer, entre las ramas, el mimetismo: amor y deseo bendecido. Con ellos bajan también, del infinito, dioses de todas las raleas para celebrar en los campos de verde vigor la irrupción de las aves que pueblan la tierra.

MEMORIAS ÍNTIMAS
MEMORIAS ÍNTIMAS
MEMORIAS ÍNTIMAS

NUESTRA RESISTENCIA VIVA EN LA MEMORIA

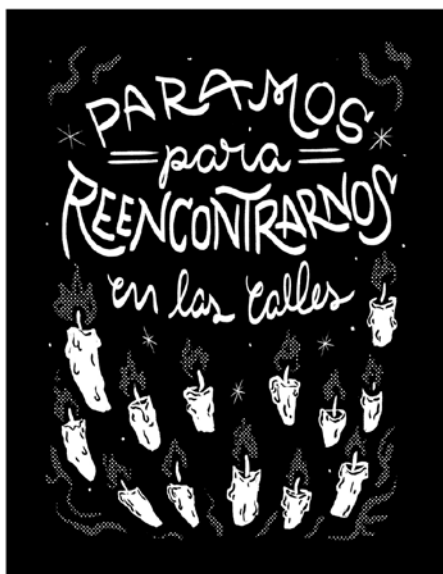
TALLER DISTRITAL DE NARRATIVA GRÁFICA

DIANA JURADO

Bogotá, 1987. Es artista, ilustradora y diseñadora interesada en contar historias mediante el dibujo. Ha centrado su trabajo en la ilustración, que ha plasmado en murales, carteles, libros, artículos y, sobre todo, en trabajos de narrativa visual. En el 2019 empezó a incursionar en la autopublicación de fanzines, entre los que figuran *Cuentos de la niña Tigre: Destino contagioso*, *Tropicalipsis* y *Al que le caiga el guante*, números 1 y 2.

NUESTRA RESISTENCIA **VIVA** en la MEMORIA

@nina-tigre-zines





LUCHA
LA QUE
FINTA
Y APPOYA
EL PARO



OBJETOS OPACOS

TALLER DISTRITAL DE POESÍA

MARCELA SEPÚLVEDA RUEDA

Bucaramanga, 1974. Es literata por la Universidad de los Andes y médica especialista en medicina del deporte. Actualmente es estudiante de la maestría de Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia.

Hay una foto de mi padre
en la mesa de centro
Está subido en un caballito de feria
de esos que traen aparejos y adornos
sombrero de charro para los niños
un ramo de flores para las niñas

A papá, contaba mi abuela,
le quedaba grande el sombrero
le tapaba los ojos

Intentaron acomodárselo
y repitieron la foto una y otra vez

Se empeñó
en mantener su ceguera
en ocultar la mirada
siempre.

NO ERA PESADA LA CASA

TALLER DISTRITAL DE POESÍA

SIMÓN CORTÉS BERNAL

Bogotá, 2002. Actualmente está cursando el pregrado de Literatura en la Universidad de los Andes. Es autor del blog "Abro Comillas" y escribe poesía desde hace cuatro años.

No era pesada la casa,
a pesar de todos los aparatos que había en ella.
No era pesada la casa,
a pesar de su encierro de ladrillos y sus dos pisos y sus habitantes.
No era pesada la casa,
tampoco muy amplia,
pero en ella cabían varios cumpleaños
y mis primeras cunas,
un peluche de Homero Simpson,
una beagle que mordía las patas de los sofás
y del comedor,
un balón de fútbol que me hizo cómplice de mi padre,
y el taconeo inconfundible de mamá.
No era pesada la casa,
para que se fuera con las lluvias y las brisas de la ciudad,
y volara entre los copetones que la visitaban
sin levantar sus cimientos del suelo.

LA DECISIÓN DEL CUIDADO

TALLER DISTRITAL DE CRÓNICA

ANDREA MOJICA

Bogotá, 1981. Psicoanalista y docente universitaria. Ha estado vinculada a diferentes talleres de escritura creativa impulsados por el Idartes, como el taller de poesía "Los impresentables" y espacios itinerantes de lectura de poesía en la ciudad. Con el colectivo Suma loque participó en la publicación de *De susurros a voces*, y periódicamente publica una columna sobre multiculturalidad en el portal virtual Quira Medios. Le apasiona la lectura y la escritura y se interesa por temas relacionados con la creación, lo femenino, el cine y la participación ciudadana. Se dedica a la consulta privada y la enseñanza del psicoanálisis.

*En este ocaso
fondaré mis palabras,
hasta que anochezca.*
Andreashid

Ya son trece años —me dice mi hermana, como quien resuelve un acertijo.

Trece años desde que mi mamá empezó con esto que nos tiene aquí, navegando la cotidianidad del cuidado de una persona de setenta y cuatro años con una enfermedad que le ha ido quitando la capacidad de valerse por sí misma. La enfermedad empezó silenciosa y poco a poco se volvió parte de nuestra vida hasta “tomarse la casa” por completo y determinar las pequeñas y grandes decisiones. Todos somos más o menos conscientes de que algún día nosotros o nuestros seres queridos pueden enfermar, pero pocas veces nos planteamos seriamente las implicaciones que tiene el ejercicio de cuidarnos o cuidar a otros en el camino. Esta historia, la que cuento aquí, en medio de una pandemia mundial y la crisis social, política y humana más fuerte que he vivido en este país, es una historia sobre el cuidado de nuestros padres y sus implicaciones.

Soy mujer, hija, psicoanalista y profesora. Tengo treinta y nueve años. Soy la mayor de dos hermanas, y he estado pegada a los libros, andando entre las nubes, desde chiquita. “Aterrice, hija, aterrice, ponga los pies en la tierra”, me decía mi mamá, y yo ni presentía que su enfermedad me iba a obligar a aterrizar a las malas en la realidad de una vida familiar que nunca me había planteado asumir. Aunque me había independizado tarde, como muchos de mi generación, me las había arreglado para mantenerme enfocada en el proyecto de una vida académica al que dediqué todo mi tiempo y esfuerzo. Estaba terminando mis estudios de maestría y empezaba a pensar en presentarme a una beca para hacer los estudios doctorales en el exterior, cuando todo comenzó. A pesar de trabajar casi dos tiempos completos y no disponer de vacaciones ni fines de semana para descansar, me

sentía en posesión de una forma de vida que consideraba satisfactoria. No era la hija modelo, pero de vez en cuando almorzaba con mi mamá entre semana y siempre la veía bien; aunque un poco cansada, nada fuera de lo normal. Tal vez por eso, porque uno cede a la fantasía infantil de que los papás son inmortales, no se me ocurrió que en algún momento tendría que ocuparme de ella o pensar en su salud. La imaginaba eternamente entaconada, yendo y viniendo del edificio de la calle décima con diecisiete en el que trabajó durante casi treinta años, recibéndome en la casa los fines de semana como lo hacía la abuela, pero la realidad se impuso sobre la imaginación: mi mamá tuvo que jubilarse, y como cada vez era más difícil dejarla sola, resultó más sencillo para las tres vivir juntas. Su memoria y su comportamiento comenzaron a fallar, cada día un poco más. Hoy en día depende totalmente de nosotras para su cuidado, y aunque sigue en pie, como el edificio de la décima en el que trabajaba, ahora está en ruinas. No tenemos claro cuánto tiempo más podamos cuidarla y nunca estaremos del todo seguras de si estamos haciendo bien las cosas. El temor a que una decisión nuestra pueda causarle algún daño nos mantiene en una zozobra constante.

* * *

Pero volvamos a cuando todo comenzó. Primero fue una molestia cuyos síntomas y origen no entendía bien, pese a los esfuerzos que mi hermana, por teléfono, hacía para explicarme. Luego de varios meses, a mi mamá le encontraron unas inflamaciones en las venas del esófago. La intervinieron, y los síntomas desaparecieron. Contado así, parece todo muy sencillo, pero de a poco entendimos que en el cuerpo humano las pequeñas cosas están relacionadas con las más grandes, especialmente a medida que pasan los años. Hoy entiendo que ese era el primer síntoma de la enfermedad que nos tiene hoy aquí, y que de haberlo comprendido mejor en aquel entonces, habríamos podido manejar mejor las cosas. Esas inflamaciones que aparecieron

como pepas de rosario incrustadas en el interior de la garganta de mamá se produjeron por un aumento de las toxinas en su cuerpo, y revelaban una falla del hígado, uno de los dos órganos que se encargan de depurar la sangre y liberarnos de sustancias contaminantes. Cuando a Marcita, como le decimos desde niñas, la operaron, ya le estaba fallando el hígado, pero nadie nos explicó nada.

Un par de años después le hicieron una ecografía, y en los resultados apareció el término *cirrosis*. Mi mamá me llamó llorando. Una compañera del trabajo le dijo que eso era gravísimo y que lo que tenía era cáncer de hígado, que se iba a morir. Por primera vez experimenté esa rabia loca que ahora se desata cada vez que alguien, con intención o sin ella, conocido o desconocido, lastima a mi mamá fortuitamente. Le dije que no le hiciera caso, que esa señora no tenía ni idea de lo que decía y que no se preocupara, que yo la iba a llevar al médico y que todo estaría bien. Pedimos cita al hepatólogo y por primera vez la acompañé al control, que ahora se repite como un ritual cada tres o seis meses.

* * *

—No se preocupe, mujer, lo que pasa es que, pues sí, hay una falla en el funcionamiento del hígado, pero en su caso ya está compensado.

—Doctor, ¿y por qué da eso? ¿Eso no le da a la gente alcohólica?

—A ver, mijita, ¿usted qué hace? ¿Qué es lo que más le gusta hacer?

—Doctor, a mí me encantan la música, los hombres y el trago.

—¿Y cada cuánto toma sus traguitos?

—Pues cuando se puede, doctor: cada quince días o los fines de semana.

—¿Y desde hace cuánto?

—Eso sí, desde los quince, doctor.

—Por eso, mijita: a una persona con obesidad, como usted, con un historial de años de tomar alcohol, así no sea mucho, le pasan esas cosas. Le toca cuidarse, mijita, toca cuidarse.

En ese momento mi mamá aún tenía la edad para ser candidata a un trasplante de hígado, pero de nuevo nadie nos dijo nada, y nosotras no teníamos idea de todas las complicaciones que un trasplante nos hubiera ahorrado. Salimos del consultorio pensando que todo sería cuestión de manejar la dieta y eliminar el trago para siempre. Nada más alejado de la verdad. El daño en la función hepática fue intoxicando su cerebro progresivamente, y además de deteriorar sus funciones cognitivas lentamente (su memoria, el dominio de las palabras, el control de sus emociones, la capacidad de planificar sus acciones), también le generó unos episodios cada vez más frecuentes de pérdida de varios grados de conciencia, en los que experimentaba mucho dolor, incapacidad de moverse por sí misma, incontinencia, confusión. Los episodios han llegado a repetirse hasta tres veces en un mes.

—Q'hubo, ¿qué pasó? Estoy en una reunión.

—No, que mi mamá se salió del apartamento. Un policía la encontró llegando a la Autopista y la llevó al CAI del barrio.

—¿Cómo así? ¿Pero qué pasó?

—No, no sé. Seguro la señora del aseo se demoró en llegar y mi mamá se asustó.

Menos mal tenía la pulserita que le mandamos a hacer. Por eso me llamaron.

—¿Y ahora? Yo tengo que trabajar...

—Fresca, la vecina ya fue por ella y ya está en la casa. Estaba en pijama y en chancletas.

—¡Qué susto! ¿Y cómo está?

—Un poquito asustada, pero bien.

—Aló, hola Marthica, ¿cómo estás?, ¿está todo bien?

—Mi niña, no te vayas a asustar. Encontré a tu mamá descalza juntando piedritas enfrente de la puerta del edificio. Ella está bien,

está conmigo, no te preocupes. Fui a ver qué pasaba en tu apartamento, porque la puerta estaba abierta, y encontré a la enfermera en el sofá como dormida...

—Pero Marthica, ¿cómo así?

—No te afanes, escúchame con calma. Yo le pedí el favor a un vecino de que me ayudara, porque al principio pensé que de pronto estaba desmayada, pero no, mi niña, está borracha.

—¡No me digas, Marthica! Pero cómo nos pasa eso...

—No te angusties, que tu mamá está bien. A mí lo que me da susto con esa señora... Yo dejé la puerta del apartamento ajustada y me traje a tu mamita aquí, para mi casa, pero no te angusties, no vaya a ser que te vengas como una loca y por ahí te pase algo...

—Marthica, muchas gracias. No te preocupes. Ya voy para allá, tranquila. Antes, qué pena ponerte tanto pereque...

—No, mi niña, con todo gusto. Tú sabes que yo quiero mucho a tu mamá. ¿No te ponen problema en el trabajo?

—No, Marthica. Yo cojo un taxi y en media hora estoy allá.

En el trabajo:

—¿Me das permiso de irme? Es que mi mamá sigue muy malita. Ya hablé con la enfermera, y nada que mejora. Voy para la casa a llamar a la ambulancia.

—¿Pero no te puedes quedar un ratico más? Es que este evento es importante para la Facultad.

—Yo sé, decano, pero es que tengo que irme. Ya vamos varios días así, y está empeorando.

—Bueno, vete, pero no pueden seguir así: tienen que tomar una decisión.

—Gracias, decano, yo sé, yo sé.

* * *

Desde hace días tengo un tic en el ojo. Nadie lo ve, pero durante varias horas estremece el párpado inferior de mi ojo izquierdo

hasta tensar todos los músculos de alrededor. Un dolor intenso, como una punzada, se va formando desde ahí hasta la parte superior de la cabeza, y se hace sólido. En el otro cuarto se escucha la voz de mi mamá.

—Mamita, ¿ya va a venir? Mamita, ¿me ayuda? ¿Cuándo viene mi mamá? ¿No me va a dar nada de comer? ¿Otra vez esas pastas?

Sus palabras caen sobre mí una tras otra sin pausa suficiente para darle tregua a este estado, convertido ya en una alteración generalizada desde la cual soy incapaz de tolerar cualquier cosa, por mínima que sea. A veces estallo y grito; otras, finjo que no escucho nada. No importa lo que haga. Al cabo de unos minutos me vuelve a llamar, a veces con más fuerza, y más allá de mi malestar, caigo en la realidad de que me necesita. Entonces me levanto, voy a su cuarto y la atiendo. Cuando me llama o se queja, mi dolor es desesperante, en especial si “se pone necia”, pero ese dolor también puede desaparecer de golpe, cuando ella se cae o pasa alguna eventualidad que la pone en riesgo, cuando todo mi mundo se reduce al detalle de esa pantufla, el pantalón o la cobija que estoy acomodando para que le quede bien, cuando termino de ayudarla en lo que necesita y ella me dice *Gracias, mamita*, y me da un beso.

Así se deben sentir las mamás con los hijos.

* * *

Voy al médico porque tengo varias cosas que atenderme, consciente de que no he hecho la tarea como se debe. En un golpe de suerte logro poner todas las citas en una misma mañana para organizar el tiempo. Debido a las dificultades de atención médica vividas con mamá, decidí afiliarme a un plan de medicina prepagada que me permite hacer este tipo de cosas. Primero voy al deportólogo. “Sigue sin bajar lo suficiente, estamos en las mismas. Son dos horas de ejercicio al día, no veinte minutos. ¿Y sí está durmiendo bien? Acuérdesse de que tiene que dormir las ocho horas, porque si no duerme bien, no

baja de peso. Tiene que enfocarse en esto si quiere mejorar su salud. No cargue tanto peso en esa maleta, que le hace mal para las hernias y la espalda”.

Luego la nutricionista: “No comas en la calle: tienes que preparar tus alimentos y los llevas en una loncherita. Desayuno, almuerzo, comida, siempre verduras y proteínas. ¿Qué tanto te demoras asando una pechuga y haciendo una ensalada? Hay que comer a horas y siempre a la misma hora”.

Sigue la internista: “¿Sí te estás tomando los medicamentos que te mandé? Estás muy acelerada, tienes que tranquilizarte. ¿Quieres terminar en una UCI? Cualquier persona con los antecedentes de tu mamá estaría más comprometida con su proceso. ¿Sí sabes que muchas de esas cosas son hereditarias?”.

Termino la jornada con la psiquiatra: “¿Cómo van esas migrañas? ¿Y el estado de ánimo? Tienes que sacar un tiempo para ti. Los cuidadores son los primeros que se enferman; tienes que cuidarte”.

No tengo tiempo para rumiar la frustración. Agarrada de cualquier baranda en el Transmilenio, con el cuerpo totalmente tenso para mantener el equilibrio y evitar que la otra gente me lleve por delante, reniego de lo que me dijeron y pienso en todas las cosas que tengo que hacer, el poco tiempo disponible y lo cansada que me siento. ¿O será que soy muy floja?

* * *

—Marcita, ¿y tú eres feliz?

—¡Pues claro!

—¿Y te gusta vivir con nosotras o te gustaría vivir en otra parte?

—Pues aquí, con ustedes. ¿No ve que yo las tuve y les compré este apartamento?

Ya son trece años. Una pequeña parte de la vida que se siente enorme, años que pasaron en un parpadeo y se han vivido como una crisis personal permanente. Los primeros tres, ahora lo sé, fueron una

especie de “negación”. Marcita parecía estar bien, pero ya su memoria y su orientación fallaban, se sentía inútil y abandonada, no se acomodaba del todo luego de la jubilación. Frente a eso, aunque ya se me hacían extrañas algunas cosas que escuchaba o veía, no hice nada concreto; tan concentrada estaba en mí y en mis eternos reclamos de hija, que apenas si pude poner atención.

La enfermedad golpeó primero y nos tomó por sorpresa un día, cuando mi hermana encontró a mi mamá inconsciente tirada en el piso. Ese fue el inicio del “desconcierto”: ir de hospitalización en hospitalización, entendiendo que mi mamá no se podía quedar sola y buscando opciones que nos permitieran cuidarla a ella y mantener un mínimo de funcionalidad para trabajar. No hubo mucho tiempo para pensar. Era un hacer permanente, resolver problemas, uno tras otro, mientras las voces de amigos o personas cercanas nos planteaban preguntas que no nos atrevíamos a hacernos nosotras mismas: “¿No será mejor llevarla a un geriátrico?”. “¿Qué van a hacer con ella?”. “¿Y hasta cuándo van a aguantar así?”. “¿Esta es la vida que quieren vivir?”. Esto último me lo pregunto yo todo el tiempo, sabiendo de antemano la respuesta.

Sanar mi relación con ella, plantearme el alcance de los esfuerzos que hizo para sacarnos adelante sola y poder aprovechar el tiempo que nos queda juntas me permitió reconocer en mí el deseo de cuidarla y asumir las consecuencias que tiene esta decisión en mi vida. La enfermedad va enseñando poco a poco desde la experiencia, y aunque la cotidianidad no está exenta de problemas y angustias (en especial porque cosas como planear o tomar decisiones se vuelven temas imposibles), no estamos en el mismo lugar en el que empezamos. También sabemos que el cuidado tiene sus límites. Hemos empezado a pensar con seriedad en la posibilidad de la muerte y en cómo serán las cosas cuando ella no esté.

¿Resignación? No creo. Miedo, culpa, rabia, desánimo, ternura, amor: todo el tiempo. La vida que soñé tener se ha transformado en la vida que tengo, en la que insisto como puedo sin renunciar a las cosas

que me apasionan, aprovechando la luz, la de ella y la mía, antes de que anochezca.

Dedicado a mi hermana y a las personas que hacen que todo esto sea posible.

ENCARCELADA

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 6

CAROLINA ZORRILLA QUIJANO

Bogotá, 1992. Trabajadora social y educadora. En su niñez, la curiosidad marcó su búsqueda literaria. Tenía afán de buscar otras historias y realidades. En su juventud aprendió a ser crítica, reflexiva y a emprender una búsqueda para darles voz a aquellos que no la tienen. Hoy, entre la pedagogía, la teoría social, las historias de vida y la escritura, concreta un sueño en el que escribe para conectar. Escribe inspirada en las historias de los otros, esas historias que se cuentan como parte de un proceso de curación y resiliencia.

Mis primeros años en la cárcel fueron dolorosos, horribles. Nunca hubiera sido capaz de contárselo a alguien hasta hoy, pero ya no puedo callarme más. Últimamente me siento mal. He estado dos veces en la enfermería durante esta semana; no puedo dormir, no puedo comer y he perdido varios kilos. Chema, mi amiga, me dijo que lo que me estaba pasando era que me estaba muriendo por dentro, y debía hablar y contar mi historia, que solo así podría salvarme de morir de tristeza.

Y sí, tengo demasiada carga encima, demasiadas historias sin contar, demasiados sueños sin cumplir. Por eso he decidido escribir la verdad. Esto que cuento no tiene ningún objetivo más que el de mi propia curación, aunque si alguien lo leyera, quisiera que supiera que la cárcel no es un espacio de reinserción: es un hueco cavado por diferentes poderes que, lejos de ayudarme, me ha sepultado.

Hace diez años entré por primera vez a la cárcel. Era una niña de dieciocho años que no conocía más que su barrio y el centro de la ciudad. Aunque había cometido un asesinato, no sabía muchas cosas de la vida, no entendía las lógicas de la cárcel, la lucha de poderes, y mucho menos las estrategias de supervivencia que tendría que usar. En medio de mi dolor, mi miedo y mi soledad, era una chica frágil y, claro, la fragilidad en la cárcel es la muerte.

Era el año 2008 cuando ingresé a la cárcel El Buen Pastor, en Bogotá. Lo primero que me llamó la atención fueron los distintos tipos de mujeres que había. No solo estaban las maternas que yo conocía, sino otras “razas”: las agobiadas de pelo largo y grandes ojeras; las más fuertes, que no creían en nada ni nadie, solo en ellas mismas, y estaban dispuestas a todo por sobrevivir (llevaban tatuajes y pelo corto), y las frágiles, como yo. Creo que nos distinguíamos por caminar mirando al suelo: no queríamos mirar a nadie a los ojos; queríamos ser invisibles, pero lamentablemente no lo éramos. Durante la primera semana me enteré de los grupos que existían: las “rachas”, las “pucas”,

y las “pelícanas”. Cada grupo tenía control de ciertas zonas y potestad sobre lo que ingresaba y lo que no, y también sobre quiénes podían estar por allí. La cárcel, además de tener rejas visibles, tiene rejas invisibles: ciertas zonas, personas y objetos son intocables. No necesité mucho tiempo para darme cuenta de que la cárcel era lo más parecido al infierno. Mi ingenuidad y mi fragilidad se hicieron evidentes desde el primer día. Era presa fácil, y quien lo supo aprovechar fue la líder de las rachas. Se hacía llamar la Patrona, una mujer imponente de pelo negro y largo, y algunas cirugías corporales; según se decía, era la exesposa de un capo. Ella vino a hablar conmigo directamente. De forma muy amable me ofreció su apoyo, me dijo que ella entendía que era difícil ser nueva y me ofreció un colchón (en la cárcel, un colchón es un gran lujo). Me dijo que a cambio de uno o dos favores “pequeños”, me podría defender y proteger. Sabía que no era buena idea aceptar sus ofrecimientos, pero en ese momento pensé que no tenía nada que perder. No tenía padre, no tenía madre, estaba sola, y al menos un colchón haría mi vida mejor. Accedí, y de inmediato me vi inmersa en uno de los peores momentos de mi vida. El primer favor, que en realidad tenía aspecto de orden, era que debía averiguar quién había dejado pasar celulares a su zona. Esto se entendía como un irrespeto a las normas de la cárcel, y quien lo hubiera hecho lo tenían que pagar. La Patrona necesitaba un nombre, y yo debía dárselo.

En ese momento no supe qué hacer. Tenía miedo y arrepentimiento de haber aceptado su ayuda. Nuevamente no me reconocía. Había perdido la poca libertad que me quedaba a cambio de un colchón, y mi sometimiento apenas comenzaba. Sabía que no había marcha atrás. Chema (quién en ese entonces era la única persona que me inspiraba confianza, por ser una señora de 72 años, que había matado a dos hombres que intentaron abusar de su nieta), me lo confirmó con sus palabras:

—Debes hacerlo. Aquí no hay forma de evadir ese tipo de favores.

Pasaron solo unas horas desde que la Patrona dio la orden, y yo no tenía más opción que cumplir. Los siguientes días intenté pasar

desapercibida. Procuraba observar detenidamente la zona para ver si encontraba alguna respuesta, algún nombre. Eso era todo lo que necesitaba, un nombre, pero no fue suficiente. Los días pasaban y la Patrona no me iba a esperar más. Recuerdo cuando me crucé con ella y con Lorena, su guardaespaldas, en el corredor, y me dio un ultimátum:

—O averiguas para esta noche quién fue la que ingresó el celular a mi zona, o te mato. Cinco días, solo cinco días me tomó entender las lógicas de la cárcel, la violencia del lenguaje, la ley de sobrevivencia, los grupos, la complicidad de las guardias, las miradas de odio, el dolor y el miedo de todas, y también lo que se debe hacer para vivir en este lugar. Ese día, el día en que pasó todo, yo sabía que debía cumplir con la orden, así que fui a pedir ayuda a Lorena. Desde mi primer día en la cárcel, sabía o sentía que ella había tenido algo de empatía conmigo porque hicimos pareja en un taller de manejo de emociones, y recuerdo que en medio de la actividad me dijo:

—Mamacita, usted no debería estar acá. Usted tiene cara de buena persona. No permita que este lugar la dañe.

Pero yo, yo ya estaba dañada. Fui a suplicarle ayuda. Recuerdo que me miró decepcionada y me dijo:

—Mami, usted ya se metió en esto: o mata o la matan. Tiene que buscar lo que la patrona le pide, y la única forma de buscar información aquí es con esto. —Me dio un cuchillo y un par de vidrios afilados—. Usted sabrá cómo usarlos y en qué momento —dijo antes de cerrar la puerta del baño.

Cuando Lorena me entregó el cuchillo y los vidrios, vinieron a mi mente los recuerdos de la noche, esa noche en que cambió mi vida. El cuchillo, la espalda de mi padre, el llanto de mi madre, el ladrido del perro, la ambulancia y la cárcel... Aquí estaba, y aquí tendría que sobrevivir, pensé. Si sobreviví a mi padre, sobreviviré a lo que sea. Así fue como ese mismo día llegué a la celda de Martina (se hacía llamar así porque le gustaban las novelas argentinas) buscando información. Ella sabía perfectamente quién era la culpable del ingreso del celular. Le pedí la información dos veces de buena manera.

Ella no dijo nada. Solo se rio de mí al notar mi inexperiencia. Decidí gritarle. Ya en ese momento tenía claro lo que tenía que hacer.

—O me dices quién fue o no sabes de lo que soy capaz.

Saqué el cuchillo y le apuñalé un brazo. Ella quedó impresionada; no se esperaba eso de mí. Tardó unos minutos en reponerse del asombro y se levantó para golpearme. En ese momento entraron a la celda Rosa y Milena. Ellas habían ido por orden de Lorena para ayudarme a encontrar la información. Rosa y Milena sujetaron a Martina y la golpearon.

—Péguele, marica, que ella tiene que soltar ese hijueputa nombre.

Lo hice. Golpeé a Martina, la empujé, la amenacé, la torturé... Ella dio el nombre. Después solo pensé que la vida nuevamente estaba jugando conmigo. Maté a mi padre, torturé a Martina, y ahora ya tenía el historial suficiente para pertenecer a este lugar.

CAPÍTULO 5

TALLER DISTRITAL DE NOVELA

DANIEL GARCÍA LEÓN

Bogotá, 1986. Cursó el programa de Estudios Literarios y la maestría en Literatura en la Pontificia Universidad Javeriana. Ha sido promotor de lectura, gestor cultural y docente universitario. Tiene una amplia experiencia en bibliotecas públicas y escolares, y un gran interés por la escritura creativa. Publicó el artículo "Sobre Nicanor Parra" en la revista universitaria *Gavia Palabras de Más* (2010), así como la ponencia "Del corazón de la escritura a la oralidad" en las Memorias del II Encuentro Distrital de Experiencias de Historia Oral (2017). Actualmente se encuentra escribiendo su primer novela.

Desde que el Tipo empezó a trabajar se dio cuenta de que las bibliotecas son más que libros apilados. Los adolescentes, por ejemplo, encuentran en la biblioteca un lugar perfecto para amarse. Es empalagoso y a la vez estúpido ver cómo van cogidos de la mano hacia el abismo, enamorados de la mentira que es el amor. Ahora mismo, mientras caminaba hacia la sección de referencia pensando en estas cosas, como en un acto de sincronización absoluta con el universo, apareció frente a él una parejita manoseándose con la excitación pueril propia de los castos y vírgenes. El Gordo Pedante y Penélope, que también iban pasando por ahí, se detuvieron junto a él. La parejita ni se dio por enterada de que fueron convertidos en objetos de estudio por el Gordo Pedante, que siempre tenía una teoría para todo.

—Esos adolescentes creen que se amarán eternamente, pero nada más alejado de la realidad —me explicó—: no es que no se amen realmente, sino que se prometen cosas materialmente imposibles de cumplir, aunque quisieran, porque tienen esa necesidad romántica, trágica e irónica de ser expuestos como los mejores seres, los más maduros, pero a la vez, los más infelices. Las niñas, aunque no todas, quieren un James Bond: hermoso por fuera, hábil, sexy, de buenos sentimientos, de esos que ponen los intereses del mundo sobre los de él y, sobre todo, detallista y de manos bonitas. Aquí tenemos uno de los problemas del amor juvenil —continúa teorizando el Gordo Pedante—: de dientes para fuera, lo que quieren es a este sujeto que dice ser enemigo de las rutinas (error común: las rutinas son el éxito de todas las relaciones amorosas), siempre innovador, detallista, preocupado por su pareja; que las saluden en las mañanas, les deseen las buenas noches, se fijen si cambiaron de corte o si se pusieron una blusa nueva y, sobre todo, con una frecuencia irregular (amañada de manera específica para aparentar sorpresa), que les dedique una canción o les lleve un pequeño regalo. De dientes para adentro es otra historia: ellas quieren al más bueno, de abdominales marcados, ojalá

jugador de algún deporte olímpico, como el microfútbol, y que además tenga plata, que es el verdadero éxtasis del amor.

El Gordo Pedante hizo un silencio para enfatizar sus palabras; la gran revelación del siglo nunca dicha, incluso superior a la del Residente:

—Yo sé que te gusta el pop-rock latino. Pero es que el reggaetón se te mete por los intestinos. —Se acarició la mandíbula como un intelectual y dijo—: Los adolescentes piensan que regalando un chocolate la van a enamorar. No, deberían probar con unas salchipapas; y no es porque sea gordo, es porque las salchipapas pertenecen al terreno de lo público, y allí, en lo social, es donde se construyen las relaciones adolescentes, nunca en la intimidad, porque la única intimidad que tienen los chinos es el sexo, y eso de privado no tiene nada. En cambio, el envanecimiento que produce marcar el territorio con un simple abrazo, o que la vieja que le cae mal a la señorita los vea besarse al calor de una salsita rosada, eso sí asegura el enamoramiento. Sépanlo de una vez: una relación al escondido quiere decir que usted es feo o lo tienen de parche. Ahora bien —agregó el Gordo Pedante—, los varones quieren una muchacha firme, fiel, de buenos valores familiares, comprensiva y liberada, capaz de empoderarse en su feminidad para que nadie le ponga límites. Eso, de dientes para afuera. Para dentro, la cosa se complica y tiene otro significado, porque lo que quieren firme es el cuerpo. Los valores les sirven para convertirla en un trofeo metido en una vitrina de cristal al que nadie pueda tocar, y, claro, eso de la liberación de la mujer los aterra: quieren que sea una ninfómana con ellos, pero solo con ellos, y de ser autónoma, ni hablar. Los varones quieren una mujer fiel, pero caliente, a la que los papás no la dejen salir de la casa para irse solos de fiesta a conquistar a otra, para luego pedir perdón y decir “voy a cambiar”.

Penélope, finalmente habló:

—Las mujeres no solo quieren salchipapas: también quieren buenos amantes, dadivosos, capaces de experimentar. Le admito que algunas sí somos interesadas, y es que claro, andar con un man arrancado

no cuadra mucho, que no tenga casa propia... Es más, que ni siquiera tenga para pagar la fiesta y el motel en la misma quincena. Bueno, pero en la adolescencia todos nos equivocamos. Si les contara con los feos que me metí... En fin, tampoco somos tan amigos para eso.

El Tipo la miró. Penélope tenía la razón (todo lo que sale de la boca de Penélope para él es una verdad). Quería aportar a la discusión algo inteligente, algo que se le quedara y la perturbara en la noche, algo que se le convirtiera en el último pensamiento antes de caer dormida, algo que germinara en sus sueños. Quería que sus palabras se convirtieran en un eco profundo que llegara a cada surco de su cerebro, que activara, por supuesto, su más húmeda pasión. Pero en vez de todo eso, dijo:

—¿Y el amor?

Hubo un minuto de silencio y todos se rieron de la pregunta. Todos menos él. Sintió cómo la sangre se le espesaba en las venas; el corazón le latía más rápido, lo podía escuchar. Quiso destrabar esa lenta agonía que suponía la estupidez, romperle la cara al Gordo Pedante (a Penélope, no: ella no tenía esa risita cínica de mierda). Sintió cómo los pelos de los brazos se le electrificaban y, de tanto ver *Dragon Ball*, creyó que se iba a convertir en un supersayayín; pero no, eso significaría perder el control, perder el trabajo y perder a Penélope. Precisamente esa es la reacción de un adolescente, un maldito adolescente con la libido desbordada, un macho que arregla todo a los golpes. Se fue antes de liberar todo su *ki* y se metió a la bodega a hacer orden.

Recordó a Amanda, su primer amor, para ser exactos, su primer amor correspondido. Intentó verla en su mente, y lo logró sin mucho esfuerzo. Se la había presentado la hermana de Alejo, su amigo. En esa época, el Tipo no era el Tipo: tenía nombre, edad y futuro. Estaba en octavo, se la pasaba en la casa de Alejo, aún no conocía el final de *Dragon Ball Z*, pero podía sospecharlo: siempre fue bueno prediciendo los finales. Por eso fue que, apenas vio entrar a Amanda con su jardinera de cuadros azules finamente dibujados sobre un mar gris de tela, sintió que se le fragmentaba el corazón. Esa fue la primera vez

en su adolescencia que su mirada se alojó directo en el rostro de una mujer. Generalmente era lo último que veía (arrancaba por el pecho o por la cintura, dependiendo de si venía o no de frente), y desde allí seguía subiendo hasta la boca.

Si yo pudiera meterme en el recuerdo del Tipo y modificarlo, pondría una canción de música sacra, algo así como Vivaldi en su *Dixit Dominus*, porque toda la gloria y presencia del altísimo creador cabía en ese momento en la cara de Amanda. Pero no, el Tipo no conocerá nunca esa canción. Lo que sonó en el fondo de su cabeza fue *Yo te amo*, de Chayanne. Durante los casi cinco minutos que duró la canción se le ocurrieron todas las frases cursis del mundo. Quería decirle que su presencia era un meteorito que había caído directamente en su corazón, irrigando fuego y dolor en cada uno de sus huesos, sembrando una semilla de ardiente enredadera sobre sus pulmones, impidiéndole respirar con naturalidad, nublando su juicio; que frente a su belleza, él era un jarrón de Ming a punto de quebrarse en mil pedazos. Quiso describirle con voz seductora cómo en ese instante él era la pieza suelta del rompecabezas, el pájaro que con un solo beso de ella volvería a encajar en el cielo del que fue arrancado, y se lo dijo, pero bajito:

—Hola.

Ella no alcanzó a oír los latidos de su corazón ni de su voz.

—¿Cómo?

—Hola...

Ella sonrió con cierta condescendencia y siguió su camino.

Alejo, que estaba presenciando la escena, lo miró y le dijo, sin que Amanda escuchara:

—Marica, usted sí en una güeva. Pero todo bien: ahora lo arreglamos. Más bien vamos a comer algo y después volvemos.

Toda la tarde la miró con disimulo. Le encantó su sonrisa, la manera de tomar el lápiz y de mirar al infinito como si estuviese resolviendo, no una tarea de matemáticas, sino el secreto del amor. Se fue sin despedirse. Ese lunes descubrió, justo antes de dormir, que

sus pensamientos se habían transformado, que ya no pensaba en la plata de la lotería o en aprobar todas las materias sin estudiar. No, ya no era posible. Desde esa noche sus pensamientos fueron todos sobre ella. Vivió varias noches de ansiedad hasta que Alejo, en un gesto de complicidad propia de los amigos, le dijo:

—Marica, mañana mi hermana va a llevar a Amanda a la casa. Van con unas amigas a celebrar el cumpleaños de Margarita. No la vaya a cagar. Yo veré. Se baña.

—Todo bien —dijo ocultando sus nervios.

El día de la fiesta de Margarita empacó en la maleta la loción que una tía le había regalado, se bañó con meticulosa calma, se peinó con el gel suficiente para que no le quedara ni un pelo fuera de lugar, y no jugó en el descanso. Se hicieron las presentaciones oficiales. Eran ocho: cuatro mujeres, tres hombres y él. Se hizo la vaca para el trago, porque en esa época, a los catorce años ya se era adulto para tomar. Alcanzó para ocho cervezas y un litro de Tequimon.

Los adolescentes esperan que las fiestas sean como en las películas: puro descontrol, cópula y rock and roll, pero la verdad siempre es diferente: de fondo sonaba un CD de Víctor Manuel y nadie bailaba, nadie tiraba; solo se hablaba trabadamente, como llenando una ficha técnica de una biblioteca o una encuesta: nombre, edad, lugar de residencia, estado sentimental, pasatiempos, música favorita y todas esas idioteces que conducen a callejones sin salida. En la puerta, el Tipo alcanzó a ver la cara de Alejo. Sabía que algo tramaba —era precoz, con experiencia, pernicioso—. Desde allí, Alejo desenfundó su voz más festiva y preguntó:

—¿Jugamos un juego?

—¿Cuál? —replicó Margarita.

En ese momento, de la parte de atrás del saco gris fue apareciendo una botella de Coca-Cola vacía. Todos sabían lo que se avecinaba. El problema era si las muchachas querían jugar, porque los hombres estaban dispuestos a todo. Pero ellas, estudiantes de un colegio católico, llenas de valores y pudor, no accederían así como así.

—¡De una! —dijo Margarita

Y como ella era la dueña de la fiesta, pues las demás le hicieron caso, se sentaron y comenzaron el ritual que evita todo el papeleo innecesario que supone conquistar a una mujer en la adolescencia:

—¿La verdad o se atreve?

No quería sonar inexperto, así que cuando le preguntaron si era virgen, mintió. Todos dijeron que no, con excepción de Alejo, incapaz de decir mentiras frente a su hermana. Poco de a poco se fueron acabando las verdades, así como el Tequimon, y empezaron los retos. Los trámites burocráticos se habían acabado.

Mi primer beso, se dice el Tipo, que aún está en la bodega, fue Margarita, y menos mal, porque lo que sucedió allí fue todo, menos un buen beso. Se dio cuenta de que uno no aprende a besar viendo televisión: la boca muy abierta, la lengua demasiado afuera. El primer beso más baboso y horrible de la historia. Con Amanda le tocó solo un pico, lo suficiente para hacer reaccionar su corazón, que no tuvo más remedio que emitir la orden inmediata de llenar todas las cavidades del cuerpo. Nadie lo notó. Lo ayudó el cubrirse con el saco del uniforme. Eran las seis, y él siempre llegaba a la casa a las seis. Todos se fueron; él, a pie, porque todo se le fue en trago. No le importaba: tenía la hermosa sensación de ser un hombre, un adulto. De fondo, en su cabeza sonaba *En el 2000*, de Natalia Lafourcade, y era feliz porque había besado a Amanda.

Al siguiente día fue a la papelería y compró un miniblock de hojas iris. Si iba a escribirle una carta, sería en el mejor papel que un estudiante pudiera comprar. Primero hizo el borrador, y luego lo pasó en limpio. No recuerda lo escrito, pero debía ser la carta más hermosa del mundo, porque hubo sangre y sudor en cada línea escrita. La quemó por los bordes para darle más romance y la enrolló cuidadosamente con un hilo de oro. Varios días le pagó las onces a Alejo para que sirviera de mensajero; hasta le pidió que la leyera. En ese momento no se lo dijo, pero pensaba que la carta consistía en un montón de eufemismos sexuales hechos con metáforas de cuentos de hadas. De

ahí lo que se vino fue todo un chantaje emocional. Sabía que lo tenía de las güevas, y él lo disimulaba con un aire de “me importa un culo”. Pero claro que sí le importaba que llegara la carta.

Ese jueves no había ocurrido nada en particular: madrugar a las 4:40 a. m., calentar un café con leche, comerse un pan, bañarse, salir corriendo detrás de la buseta, ver con disimulo la falda de la colegiala de pelo negro, bajarse de la buseta llena, revisar el bolsillo de la billetera, caminar con desidia hacia el colegio, hacerle ojos de perro angustiado al portero para evitar el retardo, entrar a clase de matemáticas, ver la calva del profesor Henry, saludar a los compadres en silencio, fingir prestar atención al álgebra, preguntarse por qué una ciencia tiene el nombre de un animal de la familia de las cebras, pensar en Amanda, no anotar nada en clase, hacer un dibujo sin forma, esperar el final de la clase. No había pasado absolutamente nada raro, salvo esa incomodidad entre las costillas y la eterna pregunta: ¿cómo es que la ausencia, siendo tan vacía, llena tanto el pecho?

Alejo lo miró, le pasó un pedacito de papel manchado con un bolígrafo azul en el que decía “le mandaron algo”. El peor momento para saberlo: la clase de religión. En ese salón habitaba una bella anciana a la que de cariño le decían Mumm-Ra, porque los antiguos espíritus del mal la habían dotado con la capacidad de infundir y congelar los corazones de sus estudiantes. Era una medusa gerontológica con toda la influencia para hacer que perdieran el año. Hubo pánico, de esos susticos agradables que hacen liberar un poquito de adrenalina.

—Suéltelo —le susurró a Alejo—. Parece que el señor y compañía quieren hacer una tarea sobre las bienaventuranzas... Es más, para dentro de ocho días me traen cada uno un ensayo cuyo título sea “Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados” —les dijo Mumm-Ra.

No lo vio claro en ese momento, pero ahora, a distancia de tiempo y lugar, sabe que esa tarea y el papelito estaban unidos a su destino. Dos mensajes diferentes, pero secretamente unidos por el universo. Los vendajes de la legendaria momia zombie (perdonen aquí la

redundancia) no lo asfixiaron como de costumbre: se sentía ligero, su mirada no lograba inmovilizarlo. Ahora tenía esperanza. Pensó que los monstruos pueden congelar todo, menos la esperanza. O al menos eso pensaba puerilmente en aquel tiempo, que la esperanza lo habría de mover toda la vida lejos de la eterna espera de la muerte, de la inmovilidad del destino clavando los días sobre su espalda como las puntillas de un ataúd.

AUTORRETRATO

RED DE TALLERES DE ESCRITURA- TALLER 14

**GRECYA HERRERA
JIMÉNEZ**

Bogotá, 1994. Las artes han sido musas que la han acompañado incansables en el camino. Entre cantos, danzas y formas, la confusión es inevitable, pero de tanto en tanto hay claridad. Se graduó de diseñadora industrial, aunque no le gusta la industria. Trabaja por el patrimonio cultural y las comunidades artesanales como educadora y gestora de proyectos artísticos y culturales. Los museos han sido su asilo y fuente principal de trabajo. Conversa tanto como puede, canta en la ducha, baila en milongas, dibuja en las madrugadas y escribe bajo las cobijas. Le incomodan las presentaciones, pero le gusta hablar: tiene historias.

Ni lo uno ni lo otro.

Creo que los sueños se hacen realidad, pero no de la manera en que uno espera. No soy música, ni escultora ni filósofa. Siempre quise usar gafas; ahora mi astigmatismo aumenta cada año. Hablo mucho, en realidad. Hablo mucho y escribo como hablo, luego agrego puntos y comas. Me duele la cabeza si duermo poco o si duermo demasiado. El ruido me aturde. Me duelen los hombros cuando tengo mucho trabajo, y el estómago si siento miedo. Me gusta el silencio. Odio las interrupciones. Soy terca, muy terca. Vivo más en mi cabeza que en otro lugar. No me pesa mi prudencia, pero me angustia ser imprecisa. La cuarentena no me ha dado ansiedad, ni ganas de viajar ni de fugarme. Esto lo escribí antes de octubre, mes horrible. Duré semanas preparando un cuento para una muestra universitaria de narración; no llegué. Puedo escuchar música durante horas. Aprendí a bailar tango. Pienso que en otro momento hubiese sido un gran plan de vida. Extraño bailar, las milongas, hablar con mis amigos. Abrí una cuenta de Instagram para mostrar mis ilustraciones, pero no me esfuerzo por ganar *likes*. Escribí por vez primera a los ocho años porque pensé que lo haría mejor que la niña que publicó unos poemas sosos en un libro que me regaló mi papá. No leo ni entiendo de poesía. Mi mamá me dijo que no estudiara artes porque de eso no se vive. Ella pasó media vida sacando adelante un almacén de ropa que quebró, un lavadero de autos que quebró, un emprendimiento de transporte que quebró, una papelería con el mismo final redundante. De niña fui oboísta, aunque quería ser cantante. Aprendí a cantar, pero me da miedo. Hace un año iba en un avión rumbo a La Guajira, hace un mes acaricié y me acariciaron, hace una semana perdí un pedazo de uña, hace un día no me baño, y hace una hora que estoy sentada frente a este texto. Quiero llegar a vieja, pero detesto los consejos. Atesoro lápices y marcadores poco comunes. Organizo mis chaquetas en escala cromática. Extraño a mis amigos más de lo que ellos a mí. Una profesora me dijo que sufría de *horror vacui*; por su tono intuí que era un insulto. Cuando viajo, no llevo un plan.

Me gustan las reuniones virtuales; solo he llegado tarde a una. Tengo mala ubicación espacial, no entiendo mapas y poco sé de geografía. Me duermo en charlas de *coaching*, *mindfulness* y en coloquios académicos. Me gusta ser sincera. Me distraigo fácilmente. No me gusta ser el centro de atención, pero tiendo a ser extrovertida. Cuando me dicen *Alejandra*, pienso que no es conmigo. Me distraigo fácilmente. Cuando me dicen *Alejandra*, pienso que no es conmigo. No me gusta ser el centro de atención, pero tiendo a ser extrovertida. Me gusta ser sincera. Me duermo en charlas de *coaching*, *mindfulness* y en coloquios académicos. Tengo mala ubicación espacial, no entiendo mapas y poco sé de geografía. Me gustan las reuniones virtuales, solo he llegado tarde a una. Cuando viajo no llevo un plan. Una profesora me dijo que sufría de *horror vacui*, por su tono intuí que era un insulto. Extraño a mis amigos más de lo que ellos a mí. Organizo mis chaquetas en escala cromática. Atesoro lápices y marcadores poco comunes. Quiero llegar a vieja, pero detesto los consejos. Hace un año iba en un avión rumbo a La Guajira, hace un mes acaricié y me acariciaron, hace una semana perdí un pedazo de uña, hace un día no me baño y hace una hora que estoy sentada frente a este texto. Aprendí a cantar, pero me da miedo. De niña fui oboísta, aunque quería ser cantante. Mi mamá me dijo que no estudiara artes porque de eso no se vive. Ella pasó media vida sacando adelante un almacén de ropa que quebró, un lavadero de autos que quebró, un emprendimiento de transporte que quebró, una papelería con el mismo final redundante. No leo ni entiendo de poesía. Escribí por vez primera a los ocho años porque pensé que lo haría mejor que la niña que publicó unos poemas sosos en un libro que me regaló mi papá. Abrí una cuenta de Instagram para mostrar mis ilustraciones, pero no me esfuerzo por ganar *likes*. Extraño bailar, las milongas, hablar con mis amigos. Aprendí a bailar tango. Pienso que en otro momento hubiese sido un gran plan de vida. Puedo escuchar música durante horas. Duré semanas preparando un cuento para una muestra universitaria de narración; no llegué. Esto lo escribí antes de octubre, mes horrible. La cuarentena no me ha dado

ansiedad, ni ganas de viajar, ni de fugarme. No me pesa mi prudencia, pero me angustia ser imprecisa. Vivo más en mi cabeza que en otro lugar. Odio las interrupciones. Me gusta el silencio. Me duelen los hombros cuando tengo mucho trabajo, y el estómago si siento miedo. El ruido me aturde. Me duele la cabeza si duermo poco o si duermo demasiado. Hablo mucho y escribo como hablo, luego agrego puntos y comas. Hablo mucho, en realidad. Siempre quise usar gafas, ahora mi astigmatismo aumenta cada año. No soy música, ni escultora ni filósofa. Creo que los sueños se hacen realidad, pero no de la manera en que uno espera.

Ni lo uno ni lo otro.

RIEGA

TALLER DISTRITAL DE POESÍA

JUAN DAVID LASERNA BOTERO

Bogotá, 1984. Estudió Cine y Televisión en la Universidad Nacional de Colombia, donde también hizo parte de la maestría en Escritura Creativa. Actualmente trabaja en la Biblioteca Nacional de Colombia.

¿Quién escogió nuestros lugares frente a la mesa
y cómo logró complacernos a todos?

La lluvia nunca necesitó de nubes,
venía directo de las estrellas a
amontonar charcos sobre la tierra agrietada.

Los ademanes del tiempo,
recuerdan mis ojos los lugares que ocuparas.

—¡Lluvia, riega también los patios,
adentro, riega la era cerca de la sala,
que está muy seca esa tierra!

Se desata la lluvia sin tiempo.

Las tejas ciegas y mudas las terrazas,
las plantas que están adentro morían ya doblegadas,
mientras el suelo, afuera, se refrescaba.

La lluvia se retira, no debe nada.

—¡Moja también adentro la tierra
resquebrajada, lluvia!
¡Lava los muros, las baldosas ajedrezadas!

Entre estallidos cae la lluvia,
ya con furia, y el tejado arrasa.

Los ademanes del tiempo,
te recuerdan mis ojos y se llenan de lágrimas.

UNPLUGGED DEL PELO

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 9

LINA DÍAZ

Bogotá, 1985. Es politóloga y comunicadora social en el día, y reportera de su natal Bogotá en la noche. Nadie como ella para recomendar restaurantes, bares de culto y música en diversos sitios de la ciudad. Es voyerista de las redes sociales (porque está en todas sin escribir una sola palabra), adicta a las comedias románticas y amante de las novelas norteamericanas y japonesas. Ha combinado su trabajo como asesora en temas de comunicación estratégica y manejo de crisis con su interés en la sexualidad y el feminismo como categorías de estudio. Actualmente escribe una serie de relatos cortos que redefinen el género *chick flick*, para hablar de las derrotas afectivas y la realidad sobre los finales absurdos y solitarios a través de una antiheroína del amor. Espera, en el 2021, que la reciban nuevamente en algún grupo de teatro.

Lado A

Y yo que poso de feminista cada tanto
heme aquí postrada con este macho peludo
que esconde detrás de su barba desordenada
la exigencia de un cuerpo femenino sin pelo.
¿Acaso no sabe que
el sigiloso y calculado acto de la depilación
transforma a la mamífera de terciopelo claro
en una reptiliana de sangre fría?

Lado B

Me descubro rabiosa
buscando los pelos en el desierto árido y bronceado
de ese cuerpo indescifrable,
binario y decidido.
Reivindico mi pelo,
pero reclamo su ausencia en el cuerpo del otro.
Liberada, soberana.
¡Hipócrita de la revolución!
Me aturde su masculina independencia
y su apoyo feminista a la rebelión.
¿No era yo la vanguardista?

CÓMO INCENDIAR UN BOSQUE

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 8

MAYERLI MARTÍNEZ PRADA

Bogotá, 1987. Literata por la Pontificia Universidad Javeriana y máster en Educación Artística por la Universidad Nacional. Amante de la lectura y la escritura, sus poemas se desplazan en un territorio que arde en cada palabra.

Día 1

Ya entiendo el silencio de las piedras,
y la paciencia que se necesita
para ver tantos amaneceres y no decir nada.
En esta quietud,
el aire es lo único que corre
entre los mundos de afuera
y los de adentro,
mis pulmones son lo único que se mueve,
y están rotos
desde hace siglos,
pulmones de piedra,
quieta, muda y desterrada,
siendo
en este bosque dorado-gris-pesado
que es la ciudad.

Día de fuegos

Prender un fuego con fuego
es un truco fácil.
Prender uno menos obvio y más intenso
se logra con la chispa
de la furia
tragada entera
y metida en el espacio negro
que hay entre los dientes y el
borde de las costillas.
Ahí todo se pierde (o eso crees).
Se puede encender un fuego con la rabia,
pero se necesita práctica; hay

que despertar antes la garganta
y humedecer el casajo que llevas por cuerpo.
Todavía falta la voz
y lamerse el borde de las costillas
para que la humedad las ablande
y las abra
y salgas.
Y después
ese cúmulo de gritos no lanzados,
de palabras hundidas en la piel,
tendrá su propia luminosidad
incendiaria.

Día del quiebre

Otra vez la rotura.
Esa misma
parte que siempre se rompe
que se abre, aunque nada la abra.
Te precipitas y la ceniza que eres
asciende,
para ser el aire que respiras.
Te respiras a ti misma,
ceniza vieja acumulada,
el polvo cansado de tus huesos.
Y sí, así es,
acéptalo.
Es lo que eres ahora mismo.
La dignidad hecha polvo
flota
para no intoxicarte,
humo negro

metiéndonos entre los pulmones ajenos.
Otra vez la rotura,
la tuya,
la de todas,
la del humo que somos todas,
intoxicando al mundo.

ENTRE LA CORDURA Y EL RUIDO

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 14

NATALIA QUINTERO
GAVIRIA

Bogotá, 1978. En septiembre de 2018, seis meses después de graduarse del programa de profesionalización del Ministerio de Cultura como licenciada en Teatro, veintiún años después de salir de la escuela de actuación, catorce de haber renunciado a un trabajo estable y cinco de haber creado su propia empresa, ingresó a un primer taller de escritura creativa. Durante dos años ha estado escribiendo, borrando, releendo y volviendo a escribir. Cada vez que pone *Natalia Quintero* en un texto nuevo, siente que pronto empezará a escribir la historia que tiene atravesada en la cabeza, la de su abuela y sus once hijos provenientes de una finca cafetera del Quindío, que llegaron a Bogotá una fría tarde de octubre de 1960.

Me produce angustia la gran cantidad de ruido que hay en el aeropuerto, me sudan las manos solo con traspasar la puerta de vidrio, me duele la sien izquierda y me pica la parte posterior de la cabeza. Camino con paso decidido hacia la salida internacional. Me dirijo al funcionario de inmigración haciendo un gran esfuerzo por concentrarme en lo que me pregunta. Avanzo. Me abro paso entre la gente. Veo a lo lejos la sala vip y siento que nunca voy a llegar hasta allá. ¿Es solo mi impresión, o la sala está más cerca de lo que pensé? Lo logro. Me ubico en uno de los asientos más alejados de la entrada. Busco en mi bolso unos tapones de oído individuales, desechables, sin cuerda, especiales para viajar. Mientras los busco anuncian por el altavoz que el vuelo está retrasado. Debería salir a las 6:00 p. m., y ahora dicen que saldrá a las 9:00. No lo puedo creer: ¿en cuánto tiempo estaré en mi casa? Espero que pronto. Después de todo lo que me tocó pasar para llegar hasta acá, me merezco un trago de whisky. El bar está solo. Será solo uno, para relajarme. En un par de horas estaré en casa y todo esto será parte del pasado. Lo repito una y otra vez como un mantra, hasta que de verdad me lo creo, al menos por un rato. Detesto venir a Bogotá. Estiro las piernas, busco mis tapones, pero no los encuentro. Quiero dormir un rato; sin embargo, me doy cuenta de que no es fácil. No encuentro mis tapones, el televisor está prendido con un volumen innecesario. ¡Mierda! ¡Qué bullicio! ¿Por qué no lo apagan? Total, nadie lo está viendo. Todos están pegados a sus celulares; eso lo sé por los ruidos de las notificaciones. Casi nadie tiene la decencia de poner su móvil en silencio o con sonidos bajos y cortos que no interrumpen la tranquilidad de los demás. Hay unos tan descarados que escuchan sus mensajes con altavoz, como si a alguien más le importara lo que les dicen. También están los conchudos que abren, descargan o ven videos, chistes y no sé cuántas estupideces más sin audífonos o manos libres. ¿No entienden lo fastidioso que resulta? Siento que una broca me taladra fuerte y sin tregua, destruyéndome el occipital sin piedad. Necesito mis tapones

y unas pastas para el dolor de cabeza, antes de que sea demasiado tarde. ¿Por qué no lo apagan? Respiro profundo, lanzo miradas inquisidoras, emito un decente *shhh*, pero poco parece importar. La gente se ríe, las maletas de ruedas sisean sobre el piso, la mujer con pinta de supermodelo escribe en un computador asesinando las teclas, una niña sorbe su bebida, los altavoces que anuncian los vuelos no paran. El revuelo de sonidos en el ambiente es desesperante, la gritería sigue, y las personas no lo notan. Una pareja de italianas se ríe durísimo, un gordo regordo camina de un lado a otro sin sentido, y cada paso que da va acompañado del tintineo de las llaves que lleva en el bolsillo. Un mocoso se balancea en una silla y nadie le dice nada; va y viene, va y viene, va y viene, va y viene, y con el balanceo también va y viene el chirrido. Siento como si de a poquito metieran una minicalabaza llena de arroz en mi oído y nunca dejaran de hacerla sonar; es como si siempre tuviera el tintineo entre el yunque y el oído medio. ¡Bravo! El culicagado se cae. ¡Bravo! Al menos se quedará quieto y será una molestia menos. Mentira. El escándalo es peor: la mamá grita, al monstruico no le pasó nada, pero empieza a llorar como si lo hubieran tirado desde un segundo piso. Se va a quedar sin pulmones si sigue berreando de esa manera. Que le echen agua fría o algo. Poco a poco se va calmando, y yo también. Cuando pienso que pasó el peligro, el pequeño engendro empieza a patear la poltrona en la que estoy sentada. ¿En serio? ¿No puede patear a otro que le fastidie menos? No quisiera pasar por grosera, pero de la mejor manera le diría a la mamá que su bendición, esa, que no estuvo buscando pero que la vida le regaló para que fuera mejor persona y tuviera algo por lo que luchar y levantarse todos los días, esa, que la ha hecho verse más fea, más vieja y más amargada, esa, que debe ser una criatura enferma y retrasada por el modo en que se mueve, seguramente concebida en una noche de excesos sin límites quién sabe con quién, esa, una masa de carne con extremidades que la naturaleza tuvo a bien concederle un megáfono como voz, jode por veinte, es irrespetuosa, fastidiosa y molesta. Quiero decirle que la

controle o la amarre o le de agua de manzana o de lechuga pa' que se duerma y no joda más. ¿Dónde mierda están mis tapones de oídos?

Tapones para los oídos hay de varios materiales: silicona, espuma, cera suave, polímero. También se encuentran desechables y reutilizables. Lo mejor de esta industria es que se pueden mandar a hacer a la medida. A mí los que más me gustan son los de elastómero termoplástico sin silicona, un tipo de polímero que permite la flexibilidad y elasticidad de la pieza. Son fantásticos: aíslan el ruido casi en un cien por ciento. ¡Gracias al cielo! Los encontré.

—La misofonía es un síndrome de sensibilidad selectiva al sonido. Para esto no hay cura, solo está el ensayo y error —dijo mi terapeuta. Parece que llevo 25 años en la fase del error.

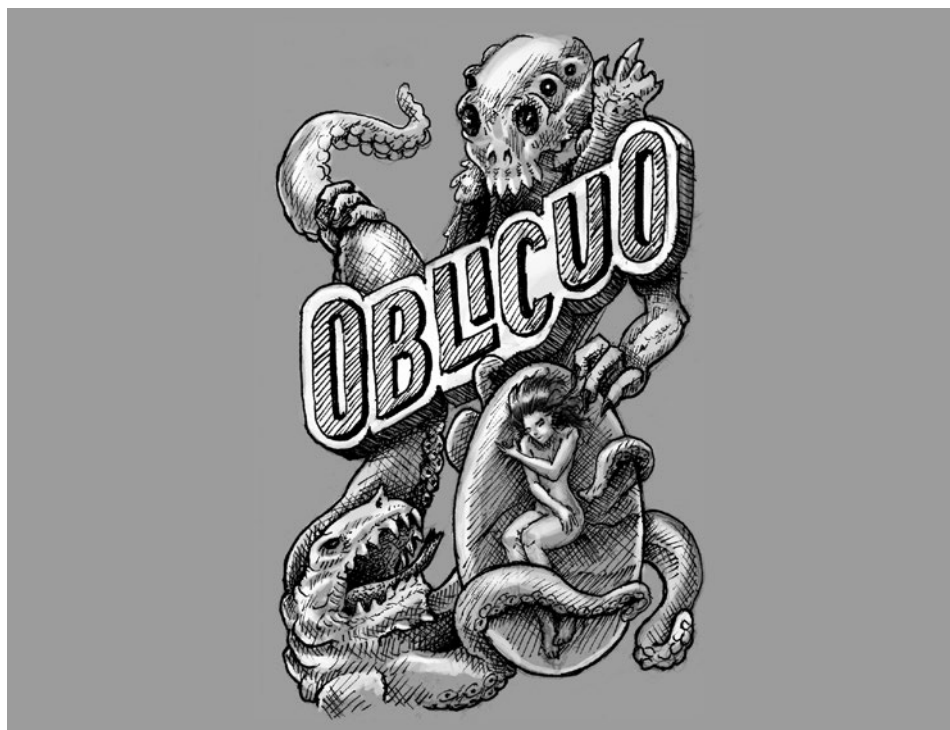
PERDIDOS EN
LA CASA DEL HORROR
LA CASA DEL HORROR
LA CASA DEL HORROR

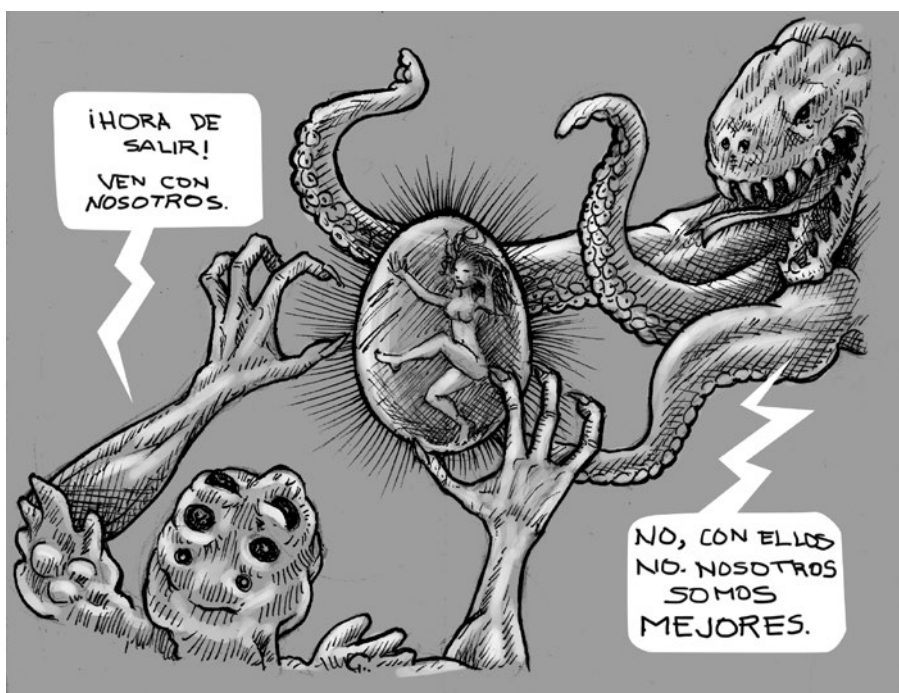
OBLICUO

TALLER DISTRITAL DE NARRATIVA GRÁFICA

GERMÁN IGNACIO BELLO

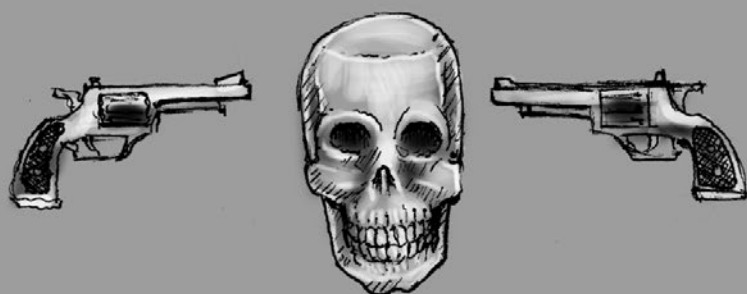
Bogotá, 1979. Es diseñador gráfico egresado de Ce-Art. Los últimos dieciséis años se ha desempeñado como diseñador, editorial e ilustrador *freelance* para Cangrejo Editores. Está interesado en utilizar sus conocimientos para incursionar en los terrenos de la literatura infantil y juvenil, y la novela gráfica.











LLEVE EN LA JIMÉNEZ CON QUINTA

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 12

EDUARDO ALIRIO MOJICA NAVA

Cúcuta, 1979. Estudió Ingeniería Electrónica en la Universidad Industrial de Santander, en Bucaramanga. Luego se trasladó a Bogotá para cursar sus estudios de posgrado. Doctorado por la Escuela de Minas de Nantes, Francia, en Matemáticas Aplicadas, con una tesis sobre dinámicas no lineales. Actualmente es profesor en la Universidad Nacional de Colombia. Ha publicado varios artículos en revistas, todos de índole científica.

Otra vez empezó a llover en el apartamento. Empieza en la cocina y termina en la habitación. Corremos a poner baldes para evitar que se empape toda la alfombra. Ya es la segunda vez este mes.

Desde que la flaca y yo nos pasamos a vivir acá, a La Candelaria, tuvimos la sensación de que algo no andaba bien: ruidos extraños se oían por las noches. El apartamento es bien antiguo, patrimonio histórico de la humanidad; le pongo unos ochenta años o más. Las paredes y los pisos están cubiertos de madera, y una alfombra a su vez cubre el piso.

Al principio, para calmar a la flaca, a quien todo le da miedo, le decía que los cambios de temperatura eran la razón de los ruidos. Con el tiempo me dejó de creer: era evidente que algo pasaba. Se volvió costumbre que no me podía dormir hasta que ella se durmiera primero. Nuestra habitación era muy oscura, quedaba en la parte de atrás, al lado del baño, luego de un pasillo estrecho que conectaba con la sala, y si apagábamos la luz, era como estar con los ojos cerrados.

Los ruidos siempre tienen una secuencia similar: unos pasos que vienen lentos por el pasillo, se detienen justo frente a la puerta de la habitación o del baño, pasan varios minutos y luego, en la sala, se vuelven más presurosos. Nunca entran a la habitación.

Las primeras veces corría a mirar, abría la puerta y caminaba hasta la sala. Nunca había nadie.

Un día, en la noche, a los pasos se les sumaron unos gritos en el apartamento de arriba. Era la voz de un hombre joven. Después de un rato se detuvieron. La misma escena se repitió varias veces en las semanas siguientes. Como todos los apartamentos del edificio son iguales, podíamos ubicar con facilidad su posición. Primero gritaba en la cocina, luego se movía hacia la sala y volvía a gritar. Parecía que le hablaba a la mamá, le pedía explicaciones, pero nunca escuchamos a la mamá responder. Finalmente terminaba en el baño, donde lloraba y gemía intensamente.

Luego vino la primera inundación. Ya estábamos en cama, y como no se veía nada, pensé que era un ruido nuevo. Pero se puso más intenso el goteo y me tuve que levantar. Cuando encendí la luz ya había un charco y parecía que llovía adentro. Nos quedamos un par de minutos en completo silencio viendo el agua caer. La flaca me miraba con rabia en los ojos y señalaba el techo.

—El demente de arriba dejó alguna llave abierta y se le inundó el apartamento. Tendremos que subir y hablar con él.

Menos mal que la flaca, que tanto miedo le tiene a la oscuridad, no les tiene miedo a los vecinos dementes. Subió las escaleras con decisión y timbró con fuerza. Yo, cagado del miedo en mi pijama de cuadros, esperaba en las escaleras, abajo, justo para ver hacia la puerta sin ser visto. Tenía el palo del recogedor escondido en la espalda por si acaso. La flaca volvió a timbrar, esta vez por un tiempo más largo. Finalmente, la puerta se abrió despacio. El vecino estaba mojado de pies a cabeza, pero eso no parecía importunarlos. Con calma, como si no pasara nada, le preguntó que qué quería. La flaca, con los ojos abiertos de la indignación, le dijo que se nos había pasado el agua; que estaba lloviendo en el piso de abajo.

—Ya cerré la llave, justo estaba secando la alfombra del piso —dijo el vecino, mirándola fijamente. Pidió disculpas como quien no quiere la cosa y cerró la puerta de sopetón.

Hoy en la tarde conocí a la vecina de al lado, una vieja que aparenta cien años. Subía un par de bolsas de mercado lentamente y paraba cada tres escalones. Le ayudé a subir las compras mientras ella me averiguaba la vida. Le conté de los gritos y las inundadas, a lo que ella respondió con la boca abierta, como quien no puede creer algo.

—¿No conoce la historia del vecino de arriba?

—No, vecina. Lo hemos visto pocas veces y siempre para discutir por lo del agua —le contesté preocupado.

—Venga le cuento. Antes de que ustedes se pasaran a vivir acá, Pedro vivía con la mamá, doña Ligia, la más querida del edificio. Qué mala vida le dio ese muchacho: se la pasaba drogado y borracho,

siempre metido con esas fufurufas de la veintidós. A veces se perdía dos o tres días, mientras la pobre Ligia lo lloraba a mares. En una de sus escapadas vino a comer algo; Ligia le suplicó que no se fuera, pero Pedro estaba ido: empezó a gritarle a la mamá por toda la casa, mientras ella se alejaba para que no la agrediera. Finalmente, Pedro se fue. Cuando Pedro llegó, en la madrugada de ese mismo día, hizo tanto ruido que me despertó —continuó la vecina—, estaba tan drogado que no podía abrir la puerta. Subí y le ayudé a abrir. Lo primero que encontramos fue el piso lleno de agua. Pedro entró llamando a la mamá mientras yo me quedé paralizada en la entrada. Un frío me recorrió la espalda. Primero fue a la cocina y no la encontró. Caminaba lento por el apartamento, llamando a Ligia cada vez más duro. Finalmente fue al baño, abrió la puerta y se quedó ahí parado. Desde donde yo estaba no podía ver mucho, pero pude ver cómo se tiró al piso a vomitar. Parece ser que Ligia decidió darse un baño, resbaló, y al caer se golpeó en la cabeza con el borde de la tina, perdió el sentido mientras el agua se desbordaba durante toda la noche. Después me enteré de que Ligia no murió por el golpe, sino ahogada.

Esta noche me toca subir a mí. La flaca no para de llorar. Quizás el vecino me deje entrar y hasta le ayude a secar la alfombra.

LA DESOLACIÓN

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 12

CAROL JULIANA
MÉNDEZ ARISTIZÁBAL

Bogotá, 1998. Es literata. Profesional en Estudios Literarios por la Fundación Universidad Autónoma de Colombia, institución donde también cursó un diplomado en Edición Digital y Corrección de Estilo. Se desempeña como editora, una profesión que requiere pasión, compromiso, disciplina y, por supuesto, habilidades gramaticales excelentes. Creadora de contenidos digitales en @eslabiliofila, una cuenta que saca provecho a las nuevas tecnologías de la información y comunicación para promover la lectura; este espacio ha incentivado su gusto por la investigación y su creatividad. Hace poco decidió explorar el mundo de la escritura y descubrió que el terror es un género fascinante; autoras como las hermanas Brontë, Mariana Enríquez y Mónica Ojeda son su inspiración.

Y de su parte se levantarán las tropas, profanarán el santuario-fortaleza, abolirán el sacrificio perpetuo y establecerán la abominación de la desolación.

Daniel 11:31

Sarai yacía sobre la cama de sus padres. Cada noche delineaba las facciones de su madre muerta en las manchas que la humedad había dejado en el techo. Los lugares tienen memoria, se dijo a sí misma en un intento por convencerse de que no la había olvidado, pero el recuerdo tembló y se dispó como la niebla ante los primeros rayos del sol. Fue entonces cuando las manchas del techo dejaron de ser un espejo de reminiscencias, se deformaron y le mostraron caras sin ojos, narices ni labios. Sarai mantuvo la mirada fija en ellas y sintió cómo le sudaban las sienes, la espalda, los senos y ese lugar oculto entre sus muslos que apenas reconocía en la ducha entre su vello espeso. Una fuerza animal le rodeó el cuello y le oprimió el pecho mientras le hincaba los colmillos y destrozaba su interior. Una vez más, su cuerpo le había dejado de pertenecer. Su sangre se mezcló con la simiente de la bestia, de Abraham, su hermano mellizo. Ya no eran dos, sino una sola carne.

El rito se repetía cada miércoles, con excepción de los siete días del mes en que los flujos de Sarai eran impuros. Así lo acordaron ella y Abraham hace quince años, cuando sus progenitores fallecieron y les heredaron La Desolación (un terreno de veinte hectáreas, perdido en algún punto entre Gachancipá y Guatavita, parcelado de tal manera que los cultivos ocultan la casa, y un bosque de robles, los cultivos). Este es el paraíso que el matrimonio Castro creó tras huir de la corrupción del espíritu durante la década de los veinte. Esperaban mellizos y deseaban criarlos lejos de Bogotá, donde pensaban que tendría lugar el fin de los tiempos. Sin embargo, en el cumpleaños dieciocho de sus

hijos, la pareja comenzó a languidecer. Una molestia constante, que les calaba los huesos, los postró en la cama. Pronto perdieron grasa corporal y sus músculos se atrofiaron. Aunque con cierto desagrado, Sarai fue siempre la responsable de cambiar de posición los cuerpos de sus padres. Cuando no lo hacía, ya fuera por falta de tiempo, ocupada como vivía en las labores del hogar, pústulas crecían en la piel de esos cadáveres vivientes abriendo escaras inmundas que segregaban un pus ambarino y pegajoso. Sarai se veía obligada a desinfectarlas, una a una, salpicando sobre ellas jengibre molido. Gemidos de dolor se oían en la habitación, sucumbían al chocar contra las paredes y caían al suelo formando el eco de la aflicción, que aún hoy pervive en su mente. Ella nunca había presenciado tanto sufrimiento, y no lo entendía, por qué Dios castigaba de tal manera a personas que le habían sido tan devotas. Cuando le hizo esta pregunta a Abraham, él le respondió que los designios de Dios eran perfectos e inescrutables; ella, aunque inconforme, calló y asintió.

Abraham era el mayor. Nació un par de minutos antes que Sarai. Pese a ello, nunca tuvieron una relación íntima. En cuanto pudo serle útil a su padre, Abraham empezó a levantarse de madrugada para limpiar de maleza la tierra, airearla, abonarla y sembrarla; para arrear el ganado, ordeñar las vacas y recolectar los huevos del gallinero; para levantar cercas y reparar los desperfectos de la casa; para hacer de La Desolación el paraíso perdido con el que soñaban sus padres. Con el transcurso de los años, se fue convirtiendo en una versión más joven y fuerte, más severa y fanática, del patriarca de la familia.

La noche en que sus padres murieron, Abraham permaneció inmutable. Con serenidad, oyó los quejidos de sus padres, que se prolongaron durante horas, y obligó a su hermana a sentarse junto a él solo para observarlos. De vez en cuando, Sarai lo miraba horrorizada.

—La muerte es ineludible. Ahora estarán en un lugar mejor.

A la mañana siguiente, Abraham cavó un hoyo en el suelo (más allá de los cultivos y pozos), y los enterró.

A pesar de la pérdida, la rutina se cernió sobre La Desolación y sobre los mellizos como la sombra de un fantasma que, de alguna manera, les proveía seguridad. Un día, antes de que cayera la noche, Abraham se dispuso a leer en voz alta la Santa Biblia. En esta ocasión, la palabra de Dios fue pronunciada con tal solemnidad que Sarai, sentada, se estremeció. Ante ella apareció el futuro ineludible.

—Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. —Abraham hizo una pausa para aclarar su garganta—. ¿Tienes alguna idea de lo que significa esto que acabo de leer, Sarai?

Sarai negó con la cabeza, más por concederle a su hermano el placer de la explicación que por ignorancia. A Sarai siempre se le había prohibido leer las Escrituras Sagradas; leer, escribir, calcular... en su familia todo eso había estado siempre vetado para las mujeres. No obstante, en cuanto se quedaban solas, su madre le concedía una hora de lectura a cambio de humildad, respeto y obediencia hacia su padre y hermano.

—Aquí ya somos señores de la tierra y los animales. Nuestro padre y yo nos hemos encargado de que sea así. Ahora que papá y mamá no están, es deber mío y tuyo asumir la responsabilidad que nos atañe como hombre y mujer, como esposo y esposa: multiplicarnos, según lo indican los designios de Dios.

Sarai entendió con exactitud cuáles eran las intenciones de Abraham. La noche siguiente, tras la lectura acostumbrada, y mientras él fumaba tabaco, ella tendió sábanas limpias en la cama y se recostó a la espera de quien, al menos por esa noche, sería su marido. Allí, suspendida en el tiempo, Sarai sintió que todo en la habitación se elevaba y se movía con prisa a su alrededor. Cuando Abraham entró al cuarto, vio la figura límpida de Sarai y se abalanzó sobre ella, despojándose de la ropa. Sarai jamás había visto la desnudez de su hermano, y esta no sería la primera vez, así que fijó la mirada en el techo. Fue entonces cuando

Abraham la agarró de la cadera para acercarla a él, tomó con firmeza sus muslos y la abrió de piernas para embestirla como el animal que era. Sarai ahogó un grito de dolor. La había mordido el pecado.

El sacrificio de Sarai se vio recompensado muy pronto; anidaba en su vientre una criatura que no paraba de crecer, pero, a diferencia de otras mujeres primerizas, lucía pálida, quebradiza y cansada. Aun así, y con dificultad, Sarai seguía cumpliendo con sus tareas. Cada semana la joven hacía una expedición breve hacia un arroyo que atravesaba la propiedad, para lavar la ropa. Allí conseguía sentir paz, e incluso ya en el quinto mes de embarazo, cuando apenas podía ponerse en pie, no dejó de ir.

Arrodillada, con el agua bañando sus piernas y la transpiración abriéndose paso entre los surcos de su espalda, Sarai estaba refregando las camisas de Abraham cuando un espasmo la paralizó. La corriente del agua se tiñó de rojo escarlata. Recargada sobre un costado soltó un alarido gutural que llegó a oídos de Abraham. Sarai se abrazó a su estómago. Las contracciones se hacían cada vez más frecuentes e insoportables, y entonces sobrevino el silencio. Cuando Abraham la encontró, vio a una mujer encogida que resguardaba en su falda el cadáver de un ser de cabeza desproporcionada y con garras en lugar de manos y pies, cubierto de sangre y un líquido aceitoso. Sarai se desmayó.

Abraham envolvió a su hijo con una manta, tomó rumbo al lugar en el que había enterrado a sus padres y cavó un hoyo en el que dejó con cuidado a la criatura.

El mismo accidente continuó ocurriendo. El pequeño cementerio familiar se fue convirtiendo con el tiempo en una fosa común para los neonatos que se apilaban, unos sobre otros: cuerpos sin brazos ni piernas; cuerpos de cráneos enormes y hundidos, a veces con las cuencas vacías y otras con dientes; cuerpos que exponían sus órganos aún sin desarrollar; cuerpos, cuerpos, cuerpos... Sin importar a qué cuidados se sometieran, los bebés nacían muertos y monstruosos. Pese a ello, Abraham no se detenía. Estaba decidido a tener

descendencia. Cada nuevo aborto hacía crecer dentro de él un odio hacia su hermana, que se extendía como el moho.

Un día, Abraham sacó su miembro, ya flácido, de Sarai, y se fue a acostar, dándole la espalda en la cama contigua.

—¿Crees que esta ocasión será diferente? —preguntó Sarai.

—Sí. —le respondió Abraham con frialdad.

—¿Por qué? —dijo Sarai, quien envolvió su cuerpo desnudo en una sábana y se incorporó.

—Porque lo sé —le contestó Abraham, quien irritado se dio vuelta y la miró con severidad—. Aunque es bueno para el hombre no tocar a una mujer, pues las obras de la carne son inmoralidad, impureza y sensualidad, cada hombre tiene a su propia mujer y cada mujer tiene a su propio marido. Que el marido cumpla su deber para con su mujer e, igualmente, la mujer lo cumpla con el marido. Tú eres mi mujer.

—Pero tal vez... ¿Y si esto es un castigo divino? ¿Y si Dios no quiere que yo sea tu mujer o que tú seas mi marido? ¿Y si está enojado con nosotros?

Abraham se levantó, la abofeteó con tanta fuerza que un hilo de sangre emergió de su nariz. Esa noche, Sarai se quedó dormida entre lágrimas.

Sarai volvió a quedar embarazada y nada ocurrió hasta llegado el octavo mes de gestación. Los mellizos se permitieron celebrar, pero pronto la incertidumbre los embargó. Si hay algo peor que abortar atrocidades, es que alguna de ellas viva. Abraham se convenció a sí mismo de que este bebé sería el milagro esperado, mientras que Sarai, incrédula, estaba convencida de que había engendrado el mal, alguna especie de animal rastrero que abriría las raíces del mundo para infectarlas con perversidad y pena.

Los pensamientos de Sarai se manifestaron como una premonición. En las tierras altas de las cordilleras, una llovizna muy fina y persistente regó la tierra y poco a poco se convirtió en una lluvia que se hizo cada vez más recia y violenta; que removió la tierra y desenterró el pasado en La Desolación. Algunos huesos y pedazos de carne aún

en descomposición emergieron de las tumbas y de ellas emanó un olor hediondo que pronto atrajo a todo tipo de alimañas. Las moscas y sus larvas, las larvas, especialmente ellas, se convirtieron en el verdadero problema de Sarai y Abraham, pues no satisfechas con los desperdicios, se alimentaron de los cultivos. Lo poco que logró sobrevivir fue arrasado semanas después por una helada que sorprendió a los mellizos durante la madrugada. Sin cosecha, Abraham pasaba el día limpiando el terreno, mientras Sarai, con una panza enorme, le ayudaba cuidando los animales, pero un día las gallinas comenzaron a ser cazadas por aves de rapiña; las vacas, sin alimento, se quedaron en los huesos, apenas si producían leche, y se convirtieron en las hueveras de las moscas.

El feto que crecía en las entrañas de Sarai volvió a abrir un espacio de duda y angustia en su corazón. A lo lejos, el sonido de las bocinas de los camiones se multiplicó. En la estufa crepitaban los rescoldos de la leña exhalando un perfume aromático que se mezclaba con la brisa de la madrugada. Abraham estaba sentado a la mesa engullendo avena remojada en la leche desabrida de la última vaca que había sobrevivido a la devastación. Estaba en trance, él, a quien ni siquiera la más grande de las catástrofes lo alteraba. Sarai lo miró resguardada por el ruido de esa civilización que cada vez parecía estar más cerca de ellos. ¿Cómo me deshago de este bebé? Ni el hambre, ni las horas de pie, ni el exceso de trabajo o los golpes autoinfligidos la habían librado de él. ¿Cómo me deshago de Abraham? Se imaginaba escondiendo un cuchillo bajo la almohada. En cuanto emitiera el último gemido de placer sobre ella, lo acuchillaría. Sabiéndose presa de sus pensamientos, sacudió la cabeza y se santiguó.

—¿Por qué nos sucede esto, Abraham? ¿Por qué Dios nos está castigando así? —preguntó.

—Todo mal que Dios arroja sobre nosotros, sus hijos, tiene una justificación que escapa a nuestro entendimiento —respondió sereno.

—¿Qué podría justificar la tormenta, las plagas...?

—¡El bebé que llevas dentro! —la interrumpió—. ¿No lo entiendes? El bebé, nuestro bebé, es el nuevo Mesías. Para esto nos estaban

preparando nuestros padres: para darle vida a quien nos salvará de la decadencia.

Sarai guardó silencio, atónita y convencida de que Abraham había enloquecido.

Ese mismo día, antes del ocaso, Sarai percibió una molestia en la zona inferior del abdomen que al principio fue leve e irregular, pero que, en cuestión de horas, se volvió más fuerte y rítmica. Aunque temerosa, en parte por la posibilidad de perder al bebé, en parte por la fatalidad de tenerlo, sabía a qué se estaba enfrentando. Entró a la habitación principal y caminó en dirección al mueble donde guardaba los trapos limpios, que luego dispuso en orden sobre la mesita de noche. Después salió hacia los pozos para recolectar agua. A medida que jalaba de la cuerda para atraer hacia ella la jofaina, un aroma metálico penetró su nariz causándole náuseas. De repente, Sarai dio un paso hacia atrás y dejó caer la jofaina a sus pies. El agua era una sustancia purpúrea y con grumos. Miró a su alrededor y se percató de que esa misma sustancia empezaba a manar del suelo. Sarai corrió, pero en cuanto logró vislumbrar la casa y a Abraham en el pórtico, sintió al bebé moviéndose con brusquedad, encajándose en su pelvis. Sarai se dobló y cayó de rodillas. Rompió la fuente. En seguida el líquido amniótico se le escurrió tibio entre las piernas.

Sobre la cama, las contracciones se repitieron a intervalos cada vez más cortos. Esta vez Abraham estaba con ella atendiendo el parto. Sarai empezó a sentir la necesidad de pujar, a la vez que los músculos de la espalda se le anudaban. La vagina se expandió para abrirle paso a la cabeza del bebé, que estaba cubierta por abundante cabello oscuro y una fina capa de grasa. Antes de que Abraham pudiera verle los ojos, Sarai gimió, lloró y se revolcó de dolor. Sentía uñas y dientes afilados que la desgarraban. Abraham recibió al pequeño; era un varón. Intentó detener la hemorragia de su hermana, pero ya era demasiado tarde. Mientras expiraba, Sarai le pidió a Dios que la llevara lejos, pero en La Desolación hacía tiempos que Dios estaba muerto. En el cielo, un gavián alzó vuelo dejando una estela con su batir furioso de alas.

SOLO SON NIÑOS

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 3

YULIANA ECHEVERRI
PINEDA

Sogamoso, 1996. Es tutora, traductora, violinista y continuista. Hija de Yuri Echeverri y Yolanda Pineda, oriundos de Armenia (Quindío) y Bogotá. Estudió Lenguas Modernas en Bogotá. A mitad de carrera comenzó a interesarle la literatura. Un taller de escritura la motivó a crear, junto con otros estudiantes y un tutor, la primera revista de la carrera, llamada *Voices*. Terminados sus estudios, trabajó en Estados Unidos y en un crucero. De vuelta en el país, participó como voluntaria en los festivales de cortometrajes Bogoshorts y Feciso. También participó en un programa de cine que duró seis meses, auspiciado por el Ministerio de Cultura. Desde entonces se desempeña en el cargo de continuista. Actualmente es tutora de inglés de forma virtual.

Ulises Menken está jodido. Sentado, en el centro del sofá, con las manos en la cabeza, solloza sin parar. Su pijama de seda blanca, alguna vez limpia y almidonada, ahora está sucia y manchada. Parpadea con fuerza, hace un gesto de fastidio, le siguen rodando las lágrimas. Observa una pequeña pistola dorada calibre 22 en el centro de la mesa de café. La toma y la acuna en sus agrietadas manos, la acaricia tocando cada detalle, lenta y cuidadosamente.

Tres semanas antes

—¿Amanda?

—¡Aquí!

—¿Steven?

—¡Presente!

—¿Tom?

Ulises retira la mirada de la hoja de asistencia.

—Tom?

Ve a los jóvenes, sudados y expectantes, distribuidos en el pulido piso de madera.

—Cinco, seis, siete, ocho... —dice Ulises y añade—: ¿Dónde están Tom, Enrique y Morris?

Al fondo del estudio ve una mano levantada y meneándose.

—¿Sí, Laura?

—Señor Menken —dice Laura y se retuerce la parte inferior de la camiseta antes de acercarse corriendo—. Tommy, Kike y Morris no vienen hoy.

—¿Y eso?

Ulises se lleva una mano a la cintura. Tiene puestos unos pantalones cortos.

—Ni idea... De pronto les gusta más estar en las maquinitas que bailando —le dice y lo mira mientras se encoge de hombros.

Laura se voltea para regresar a su lugar. Él la agarra del brazo.
—¿A dónde van a jugar? —pregunta en voz baja.
—Hmm... Eso queda al fondo de la pizzería de don José —le contesta y le sonríe. Le faltan dos dientes.
—¿Don José?
—Es en el Bronx, señor Menken.
Ulises la suelta y la ve correr de vuelta a su lugar.

Dos horas después

Ulises sale a la avenida Washington. Toma con prisa un taxi hasta la estación de metro Jefferson St; veintidós minutos después sale de la estación Service Road y agarra un taxi hasta la estación de Bridge Bus Terminal. Según el papelito gastado con letras saltando aquí y allá, debe tomar el bus 171. Traga saliva y fuerza la vista tratando de entender la parada final. “Son unos diez minutos más o menos”, le dijo Laura. Se baja con el corazón a tope en la estación Lafayette. Se pasa la lengua por los labios resecaos, ve a personas vestidas con *jeans*, camisetas y tenis. Se siente extraño; él, en cambio, lleva una camisa de seda roja abotonada hasta el cuello, pantalones negros, un cinturón de charol anchísimo y zapatos plateados de tacón. Avanza sobre colillas de cigarrillo y restos de porros aplastados, escucha susurros y siente miradas a su paso, pero las evita.

Con el papelito lleno de sudor en la mano llega frente a la pizzería de don José, que se alza entre escandalosas luces azules y rojas. Mira a través de la ventana. Detrás del mostrador arañado ve a un hombre rechoncho con la cara llena de cicatrices lanzando una masa al aire y varios adolescentes sentados frente a él mordisqueando rebanadas de pizza.

En la parte de atrás ve a Morris charlando con alguien al lado de una máquina de Pinball y dos cabezas asomándose por los asientos.

Ulises abre con fuerza la puerta y entra. Suena una pequeña campana. El lugar huele a cigarrillo y salsa marinara; hay hip-hop a todo volumen.

—Sí, hermano... el pendejo ese estuvo a nada de que lo cogiera a patadas. Se cree dueño de la máquina de Pinball —dice Morris.

En una mesa, Tom, alto, delgado y moreno, está sentado en silencio jugando con una gorra de los Knicks de Nueva York, y a su lado está Kike, gordo, calvo y del color de la nuez.

—Ojalá ese hijo de... —dice Morris, y de pronto se atraganta.

—¿Qué? ¿Qué, hombre? —dice Kike riéndose y golpeando la mesa—. Hable. ¿Qué son esos ojos de terror?

Morris les hace señas con los ojos para que miren detrás de ellos.

Minutos después...

Los cuatro están sentados a la mesa.

—...y me tuve que ganar la vida por mi cuenta. No tenía a nadie ayudándome, como lo estoy haciendo ahora por ustedes —dice Ulises en tono bajo—. El próximo sábado los quiero en clase a las dos en punto. ¿Queda claro?

—Sí, señor —dicen los tres chicos.

Por un rato, los cuatro se quedan callados.

—¿Ha estado antes en el Bronx, señor Menken? —pregunta Tom.

Ulises ríe tímidamente y le da una palmadita en el hombro al chico.

—¿Se me nota?

—De milagro no le robaron todo eso que lleva puesto —se ríe Enrique.

Ulises sonríe y pide una pizza suprema sin anchoas y otra ronda de gaseosa.

Al terminar, los chicos se ofrecen a ir en metro con él a Manhattan. Primer, segundo y tercer transbordo. Suben al último vagón. Solo hay un pasajero al fondo. Un hombre oculto detrás de un periódico. Ulises y los chicos se sientan en el otro extremo y siguen charlando.

—¿Nos hemos perdido de mucho las últimas tres clases? —pregunta Morris mientras se acomodan en el asiento.

—Más o menos. Estamos aprendiendo la coreografía de Dionne Warwick con *Toe, Toe, Heel, Heel*.

—Detesto esa canción. Es muy cursi —dice Morris.

—Cálmese. Si él quiere que la bailemos, de una —Tom hace un puchero—. No quiero que me echen de la clase.

—Así se habla —dice Ulises y de nuevo se quedan en silencio.

Morris mira fijamente al hombre que ahora tiene el periódico sobre las piernas. Es hispano, tiene el pelo negro, un bigote grueso y lleva puestos *jeans*, botas de combate y una camiseta esqueleto con un toro impreso que se ve particularmente furioso entre sus poderosos bíceps.

—Kike... —dice Morris.

—¿Qué pasa, bro?

—¿No es ese tipo el Toro Ramírez, el que mató a su hermano?

A Ulises la confusión le hace palpar el corazón.

Una oscura nube de ira se dibuja sobre la cara de Kike. Se pone de pie. Morris y Tom lo siguen.

Ulises no puede moverse ni emitir sonido.

—Bro, ¿no eres el Toro Ramírez, el tipo que se la pasa con los Locos de la Novena? —pregunta Kike deslizando la mano en el bolsillo trasero y sacando un cuchillo.

—No... —dice Ulises tan bajo que nadie lo oye.

—¿Y eso a ustedes que les...? —dice el hombre poniendo el periódico a un lado.

Ulises sigue inmóvil, con las piernas como un pudín, como si su cuerpo hubiera sufrido un corto circuito.

Kike clava en el pecho del hombre el cuchillo. Ulises finalmente logra pararse. El hombre se desploma; regurgita sangre y se atraganta. Los chicos miran el cuerpo con ojos vacíos, vacíos y fríos, y Ulises llora.

El tren se detiene. Ulises deja el vagón y corre. Los chicos lo persiguen. Llega a su apartamento y se encierra. Cuatro cerrojos y dos sillas bloqueando la puerta.

Cómplice de asesinato. Miedo. Alucinación. Pesadillas.

Ulises está enfrente de la pizzería de don José con el pijama manchado y los pies descalzos. Camino de la estación se cortó el pie izquierdo con un fragmento de vidrio. Lleva una pistola escondida en el bolsillo. Los tres chicos están en el mismo lugar de hace tres semanas, comiendo pizza y riéndose. Al cruzar la puerta suena la campanita. Varios clientes miran con disgusto al hombre. No retira su mirada de Kike. Se acerca a la mesa.

—¿Está bien, señor Menken? Se ve un asco —dice Kike, que traga saliva y lo mira fijamente.

—Usted mató a ese hombre, al del toro en la camiseta —dice Ulises secamente.

Tom y Morris se asustan y callan.

—No sé de qué mierdas habla, bro. No conozco a ningún Toro. Además, solo tengo doce años —dice riéndose.

—Se tiene que entregar a la policía. Lo apuñaló en el metro —insiste Ulises.

—Este viejo enloqueció pensando que maté a alguien. Yo más bien iría a bañarme, porque huele a...

Ulises saca la pistola y le apunta. Kike deja de reír.

—¡Tiene una pistola! —grita una mujer.

Las mesas se vuelcan, los clientes huyen, las gaseosas caen. Tom y Morris se largan.

—¡No es un juego, niño! —grita Ulises con lágrimas en los ojos—. ¡Lo apuñaló! ¡Lo vi, Tom lo vio... Morris también!

Ulises le dispara en la cabeza.

* * *

—Se le acusa de intento de asesinato, señor —informa el policía tirando de los brazos de Ulises hasta esposarlo.

LOS PERFILES PEREGRINOS

RED DE TALLERES DE ESCRITURA-TALLER 3

LUCIEN
AVELLANEDA

Bucaramanga, 1999. Su nombre real es Vanessa Avellaneda Quiñones. Hija de padre boyacense y madre santandereana, vive en Bogotá desde 2017, donde es estudiante de Psicología en la Universidad de los Andes. En la misma universidad cursó varios semestres de la carrera de Física. Empezó a escribir ficción y poesía en la infancia, actividad que cultiva con mayor disciplina desde hace cuatro años. Dedicla la mayor parte de su tiempo a leer cualquier cosa que caiga en sus manos, si bien tiene preferencia por obras de Roberto Juarroz, Pedro Lemebel, Mariana Enríquez y Marvel Moreno. Concibe la escritura como espacio para ser, para denunciar y para construir otros mundos posibles. Tiene interés en temas de género, diversidades sexuales y transfeminismo. Le apasiona viajar, conocer otras culturas y otras formas de vivir.

*¿No habrá un maricón en
alguna esquina
desequilibrando el futuro de su
hombre nuevo?
(...)
¿Tiene miedo de que se homo-
sexualice la vida?*

Pedro Lemebel

El doctor Chacón tosió. Una bola tibia quedó estancada entre sus dedos. Se había tapado la boca con la mano para retener los trozos de sí mismo que desde hacía muchos años se le escapaban. Volvió a toser. Esta vez alcanzó a tomar la toalla y puso la boca en el espacio libre que aún quedaba. Antes de volver a toser, observó y olió el trozo. El desgranado de su garganta adolorida guardaba aún la esencia de la cena de hace tres semanas: conejo asado al horno con guarnición de papas. Aún tenía el color de la ensalada de rúgula. Delicia. Las toallas, pero es especial esta, la guardó en el clóset para después enmarcarla y protegerla con un vidrio. Las toallas las clasificaba según la fecha y la calidad de las manchas. Las bolas, una vez expulsadas y después de revisar sus estándares de calidad, las comprimía. Siempre quedaban suaves como la plastilina. De tanto manipularlas había aprendido a darles las formas que quería, pintaba con ellas y luego las ponía a secar al sol.

—Doctor Chacón —le dijo Blanquita, la secretaria, interrumpiéndole el ritual—, ya llegó Franco. Se ve muy alterado. Me pidió preguntarle si la sesión de hoy puede ser de dos horas.

El doctor Chacón dejó la toalla en una zona de su escritorio donde caía el sol, y abrió la puerta. Franco se levantó con fuerza del sillón agrietado en el que había estado pesadamente sumergido. El sillón le había servido para contener los movimientos frenéticos de las piernas,

pero no el de las manos. Tenía los nudillos enrojecidos y contusiones en la cara.

—Franco, sigue adelante. Cuéntame —dijo esbozando una sonrisa mientras el muchacho entraba al consultorio.

Blanquita tragó saliva y se sostuvo con firmeza de la pared más cercana al percatarse de lo que anunciaba la mirada del doctor Chacón.

Nicolás respiró profundamente al cerrar la puerta. Franco se sentó en otro sillón menos agrietado y de nuevo trató de controlar los movimientos frenéticos de sus piernas, pero esta vez no pudo.

—Mi hermano terminó en el hospital. Esta vez no pude parar, doc. —dijo—. Yo creía que estaba solo y me puse a ver patinaje artístico, ya sabe. Me serví varios de mezcal para celebrar, y cuando me di cuenta, ya estaba gritándoles *dale-que-te-como-perra* a todos los patinadores. Él salió de su cuarto, se burló. Intentó defenderse, pero no pude parar. Los vecinos llamaron a los guardaespaldas de mi padre. Ellos me trajeron.

El doctor Chacón sacó una de las toallas que había enmarcado y que mostraba eficacia siempre. Fue la primera que hizo. La había dejado por error cerca de la ventana, y cuando la vio con detenimiento de nuevo, se quedó pasmado frente a ese rostro que parecía una silueta pintada por Caravaggio. Era la expresión de asombro de un hombre de rasgos simétricos, pero parecía completamente perturbado. Desde esa primera toalla había mejorado su técnica y manejo del material primario, tanto que nadie hubiera podido decir que no parecía óleo. Óleo sobre toalla. Cuando Franco la vio, los movimientos frenéticos de sus piernas se apaciguaron, y sus ojos, como afectados por tanta belleza, se llenaron de lágrimas. Franco era una musculoca. Musculosa por donde se la mirara, loca mariquita linda floripondia, sensible al arte en igual medida. La exposición al retrato duró unos pocos minutos: un dios parecido a uno de los patinadores artísticos de la mañana.

—No puedes verlos ni tocarlos, o tu familia te va a dejar en la calle y nadie te va a querer ayudar por maricón —le dijo el doctor Chacón.

Franco asintió obediente con la cabeza, se paró del sillón y se arrodilló con agilidad a sus pies. Con un dejo de desprecio, el doctor Chacón lo apartó empujándolo suavemente con una pierna. Franco había estado a punto de tocarle los zapatos con los labios.

—Blanca, acompaña a Franco a la salida.

La vida iba bien para Franco después del tratamiento. Estaba a mitad de la carrera universitaria, tenía libre acceso al dinero de sus padres, bebía lo que se le antojaba, cambiaba de mujer cada semana, seguía entrenando artes marciales mixtas. Pero cuando estaba solo, se le descolocaba el pensamiento y se descubría a sí mismo pensando en sus patinadores y sus cuerpos templados y duros. En esos momentos de debilidad, Franco organizaba fiestas y se metía con todas las que le pusieran atención para distraer su pensamiento.

Una de esas veces, aprovechando que sus padres y su hermano estaban fuera de la ciudad negociando con un nuevo socio de la multinacional de la que eran dueños, organizó una fiesta de fin de semana con puente incluido para darle al mezcal, al tequila, al ron, al vodka y a todas las mezclas posibles que suavizan la garganta, aflojan el cerebro y levantan a todos los muertos. La fiesta, según lo que planeaba, iba a empezar el jueves y a acabarse el martes en la madrugada.

Llegaron más personas de las que él hubiera podido imaginar. Había amigos de los amigos de sus amigos, y con el paso de las horas, hombres y mujeres entraban, salían y destrozaban la casa de tres pisos, jardín extenso, piscina y cuarto de juegos con billar y mesa de ping-pong. Recién conocidos que ni habían tenido tiempo de aprenderse los nombres, se besaban, se tocaban, seguían los impulsos desatados por el alcohol. Había parejas, tríos, cuartetos... El número de personas dependía del espacio, y la ligereza de ropa variaba según la temperatura de los cuerpos.

El sábado en la tarde, Franco estaba un poco cansado. Había dejado a un par de mujeres en la sala de la casa y se había ido al baño a lavarse la cara y a darle descanso a su vejiga. En el espejo se dio cuenta de que sus ojeras habían cambiado de tono: tenían un

color amarillo mortecino. Qué desarreglada estoy; cómo se me ocurre andar así, pensó. Fue al cuarto por su maquillaje y se encontró con un par de cuerpos masculinos de perfiles armoniosos, como delineados por un creador de divinidades, que le llamaron la atención. Comenzó a sentir que algo dentro de él se aflojaba. Ellos lo miraron de arriba abajo y se miraron, susurraron un par de insinuaciones y rieron por lo bajo. Franco se lanzó hacia ellos, tocó sus rostros, lloró de la emoción y luego los tomó por el cuello, los besó y se estremeció. Sus cuerpos estaban igual de firmes que los de los patinadores, y sus labios eran quizás lo más suaves que había probado. Más suaves que los de las mujeres que había probado. Sintió levedad en los dedos al recorrerles el cuello, los brazos, el cuerpo; percibió sus aromas, dibujó al detalle sus siluetas, sus perfiles, sus miradas, y a medida que lo iba haciendo, se dio cuenta de que los rostros que había tocado eran los mismos que aquel que le mostró el doctor Chacón. Pasadas las horas se fueron sumando otros. Parecían llegar atraídos por un olor sobrenatural que se sentía a cuerdas de distancia. Todos los mariconcitos que el doctor Chacón había intentado curar. Una confusión de manos sobre las pieles, la voracidad que toca la tierra prometida, que se sumerge y saborea el agua. El cuarto se les fue haciendo pequeño, y con las horas, la deshidratación por el alcohol, por el exceso de movimiento, por el intercambio de besos, los dejó rendidos. Descansaron y comieron. Y entre la fascinación, el asombro y el éxtasis de la vida que se estaban perdiendo, se les pasó el sábado y el domingo.

Llegó el lunes. En los descansos, mientras algunos dormían y otros comían, hablaban entre ellos. Uno salió con la idea de recuperar los rostros de las toallas enmarcadas de Chacón. Todos los que estaban despiertos estuvieron de acuerdo. Designaron al que tuvo la idea, y este salió acompañado de dos de los más fuertes para que ayudaran a cargar los cuadros. A esa altura de la fiesta, la casa de Franco se había vaciado de mujeres y llenado de hombres.

Los designados volvieron a la casa de Franco con todas las toallas enmarcadas que encontraron en el consultorio de Chacón. Cada

uno llevaba una pila alta de toallas con sus marcos, y, a falta de manos, obligaron a Chacón a venir con ellos cargando varias. Llegaron al cuarto de nuevo. Franco palideció cuando lo vio, pero sobre todo cuando encontró su cara entre la pila de cuadros. No podía soportar la presencia de Chacón. Se abalanzó sobre él y lo golpeó. Chacón recibió los golpes con desdén, hasta que el último puñetazo lo desmayó. Los demás, confundidos por la presencia de Chacón, por lo que acababa hacer Franco y por la cantidad y el esplendor de los cuadros, se quedaron quietos. Franco tomó su cuadro, partió el marco, sacó la toalla apestosa y se la restregó en la cara a Chacón. Los trozos amarillentos de materia se desprendieron y, con el calor y sudor del cuerpo de Chacón, la toalla se le fue pegando al cuerpo. Franco partió otros cuadros, y los demás le ayudaron a poner el resto de toallas sobre su cuerpo. No quedó un espacio libre. Entre todos trasladaron a la momia viviente al jardín. La rociaron con aceite de cocina, le subieron a la música. Franco prendió un fósforo. Era la última noche de la fiesta y se pertenecía por completo.

**BOGOTÁ
CUENTA**

Este libro que usted tiene en sus manos es el resultado de los deseos de los participantes de los talleres de la Red de Escrituras Creativas y de los Talleres Distritales, personas que establecieron un diálogo doble: con la literatura y con el grupo del que hicieron parte, y con el que formaron una comunidad de inter-cambios nobles y transformadores.

Esta antología, más que una simple recolección de textos, constituye un diálogo vital, prueba del poder que tienen las palabras para vincular a los seres humanos en su camino de imaginar y crear.

ISBN: 978-628-7531-20-8



9

**INVENTANDO
CASCAS**